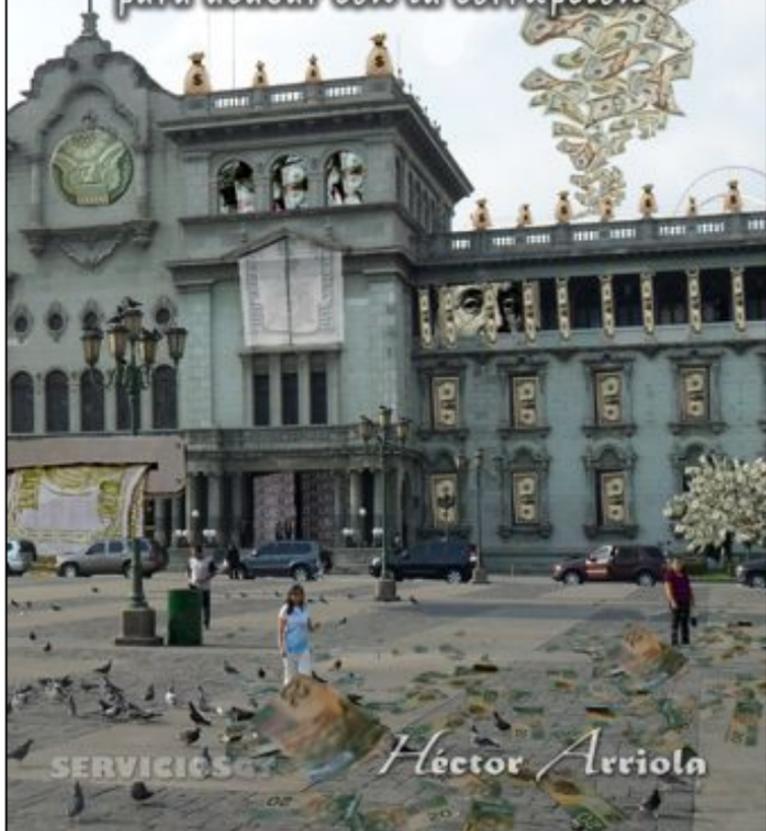


PROBIDAD

La más macabra de las estrategias
para acabar con la corrupción



SERVICIOS

Héctor Arriola

PROBIDAD

Quando en un país se han rebasado los límites de la tolerancia hacia la impunidad, pueden crearse métodos de castigo que van más allá de todo lo propuesto por su sistema de justicia.

El nuevo Presidente de Guatemala tiene una estrategia para acabar con el saqueo de las Arcas Nacionales. Sólo compartirá los detalles con una persona... porque lo que va a ocurrir a la sombra de su gobierno... podría sacudir los cimientos de la sociedad.

Héctor Arriola, escritor guatemalteco residente en Guatemala, es también autor de las novelas *"Cuando abras los ojos"*, *"6 semanas de ilusiones"* y *"Hombres Valientes"*.

Con su primera obra *"Marcados"*, obtuvo el Tercer lugar en el **Premio Guatemalteco de Novela** a los 21 años de edad.

SERVICIOSGT
www.serviciosgt.com

PROBIDAD

Héctor Arriola

Primera Edición: julio del 2012.

Copyright, © 2012 por Héctor Arriola

Impreso en *Los Estados Unidos* / Printed in USA por CreateSpace®

Editada y publicada por ServiciosGT: www.serviciosgt.com

Contacto: libros@serviciosgt.com

Fotografía de portada: Sofía Marisol Arriola Batres

Diseño de portada y contraportada: serviciosGt

ISBN: 144144033X • **ISBN-13/EAN-13:** 978-1441440334

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin autorización escrita del autor. Reservados todos los derechos. De conformidad con la ley (Artículo 274 del Código Penal), no está permitida la reproducción parcial o total de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por registro u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.



facebook.com/libros.guatemaltecos

CAPÍTULO I

Rodrigo Dávila estaba totalmente enfocado en el monitor de su computador, analizaba los resultados de la búsqueda de *Google* que recién realizara; otros dos monitores, igual de modernos, eran ciegos y opacos testigos de la gran concentración que realizaba el único ser humano presente en la habitación, tan llena de muestras variadas de tecnología moderna.

A pesar de su concentración, y desde su elegante apartamento ubicado en el segundo de los cuatro niveles de su condominio, pudo percatarse del inusual movimiento de automóviles de alto cilindraje que abrían y cerraban puertas frente a su edificio.

Decidido a acercarse a la ventana de la habitación, para comprender totalmente lo que sucedía, echó una última mirada a los resultados que había obtenido a su pregunta: *¿cuáles son las palabras más buscadas en Google el día de hoy?* Era una información sumamente importante para su principal actividad económica. Los términos no tienen grandes variaciones de un día para otro, pero, por razones a veces comprensibles y otras sin ningún motivo obvio, los millones de usuarios que acuden diariamente al buscador de *Google*, van modificando dichos resultados, cada dos o tres días, y el mismo motor de búsqueda los clasifica según su frecuencia de aparición.

Basado en tales términos, y gracias a la gran facilidad que *amazon.com* proporcionaba a través de su *Kindle Store*, Rodrigo, y miles de otras personas emprendedoras alrededor del mundo, se gana el pan de cada día a través del comercio electrónico –de una manera que, a lo sumo, bordea la deshonestidad.

Con cautela corrió la gruesa cortina negra de la ventana y se sorprendió de lo que vio.

A ambos lados de la arboleda que separa las dos vías del Boulevard de la zona 14 vio, estacionados, al menos siete *SUVs* de color oscuro y fuertemente polarizadas, así como dos *pickups* del ejército con intimidante armamento y varios hombres con inequívoco aspecto de guardaespaldas, catorce contó enseguida, que se movilizaban con cierta coordinación.

De inmediato supo lo que estaba sucediendo. En Guatemala sólo hay dos personas que podrían exhibir tal demostración de fortaleza en las calles: el Presidente de la República y el Presidente Electo. Y, aunque no se le ocurría una razón, entendió que éste último había decidido hacerle una visita. Así que, mientras se dirigía hacia un computador y accionaba equipos ocultos de grabación de audio y video, se concentró al máximo, decidido a adivinar la razón por la que la persona que dentro de diez días ocuparía el cargo más importante del país, había decidido prestarle esa atención.

Se sentó frente a una de las computadoras de aspecto más obsoleto, movió el *mouse* y la pantalla se activó, permitiendo ver las imágenes de cuatro cámaras de vigilancia; una de ellas mostrando los vehículos y el movimiento del exterior. Con el *cursor* tomó control de ésa cámara e hizo un *zoom* hacia un hombre que descendió de uno de los vehículos: justo a quien pensó que vería. Rápidamente apagó todos los monitores, colocó una manta blanca sobre una mesa, en la que había estado trabajando, horas antes, con algunos aparatos electrónicos poco comunes y encendió las luces superiores de la habitación, que hacía a la vez de sala, estudio, taller y bar. Verificó visualmente que el ambiente de su “hogar” fuera apropiado, tanto como puede llegar a estar el apartamento de un soltero de veintiocho años de edad, para recibir al próximo Presidente de ese estancado y pequeño país centroamericano.

Antes de acercarse a apagar la alarma, y poder abrir la puerta, a la que sin duda el equipo de avanzada no tardaría en tocar, concluyó que el ambiente era apropiado para recibir la visita del padre de quien en vida fuera, durante muchos años, su mejor amigo. Rápidamente se dirigió hacia la silla donde había estado sentado y abrió la gaveta del inmenso escritorio de madera. Tomó su *Beretta M9* y se aseguró que estuviese lista para ser disparada, y volvió a colocarla adentro.

Como estaba vestido con una playera blanca y un *short* azul, tomó un jeans descolorido que descansaba sobre una repisa de madera, y pocos segundos después, escuchó tres golpes secos en la puerta. Se dirigió a abrirla, completando su indumentaria con un par de cómodas pantuflas negras.

CAPÍTULO II

—¡Don Lázaro! Tanto tiempo... —fue lo único que se le ocurrió decir al encontrarse frente al mismísimo presidente electo y su pequeña hija de diez años, sabiendo que era una violación de la seguridad básica de un mandatario el abrir de esta manera una habitación, a pesar de que pudo ver a dos miembros de su seguridad a una distancia prudencial.

—Que tal —saludo el futuro mandatario, haciendo poco esfuerzo por ocultar la sonrisa que, mientras ingresaba y Rodrigo cerraba la puerta, espontáneamente le brotó al darse cuenta de lo ingenuo que había sido al creer que a Rodrigo Dávila le iba a impresionar el hecho de que lo hubiesen elegido como el próximo presidente del país. Instintiva e instantáneamente supo que, si había tenido la esperanza de que le iba a resultar fácil convencer a Rodrigo, podía olvidarse de ello.

—¡Hola Rodri...! —chilló la niña, a la vez que se le echaba entre los brazos para saludarlo con gran cariño.

—Hola, mi amor... ¡Qué grande estás! —le respondió con gran ternura, sin poder evitarlo. Y mientras la niña corría hacia las ventanas del condominio y se concentraba en el exterior, se dirigió al padre:— Supongo que unas felicitaciones están en orden —se obligó a decir, mientras su visitante recorría con la mirada los equipos de computación dándole la espalda.

Una apenas perceptible risa fue la única respuesta del presidente, quien se desenvolvía con mucha confianza ante su ex-subalterno.

Terminó de recorrer toda la habitación, con la mirada, y se apoyó en la parte posterior del mayor de los cuatro sofás. Lo miro con cariño.

—¿Cómo has estado?

—Bastante tranquilo —le dijo, mientras reducía a la mitad la distancia que los separaba.

–Sí, eso me han contado.

–¿Ah sí? No me imaginaba que mi vida, tan privada como lo ha sido estos últimos meses, pudiera tener algún interés para el gobierno –le dijo Rodrigo en tono desafiante.

Y es que Rodrigo sabía perfectamente que, si el licenciado Lázaro Barrientos le decía que “le habían contado”, era definitivamente porque él quería saber, y ante su solicitud, el aparato investigativo del Ministerio de Gobernación se había puesto en marcha y lo había convertido a él en el blanco de una investigación. ¿Qué tan profunda había sido esta? Eso era algo que le gustaría determinar.

–Creo que uno nunca deja de interesarse en los amigos..

–Bueno, me siento halagado, pero ¿no cree licenciado, que una llamadita telefónica para saludarme hubiese sido más apropiada?

–Bueno, no sabía cómo podrías tomarlo. Después de todo, cuando renunciaste del Ministerio, no nos despedimos en muy buenos términos –le dijo el licenciado Barrientos, mientras se dirigía a uno de los dos sofás individuales, queriendo aclarar que quería, al menos como una de las intenciones de su visita, tratar de poner paz en la relación que ambos habían sostenido, de tan diversas maneras, durante tantos años.

–¿Le puedo ofrecer algo de beber? –le dijo convencido de que ésa extraña visita, podría no ser tan corta como había asumido inicialmente.

–Me encantaría un café.

Rodrigo recorrió los cinco metros que lo separaban de su cafetera, la cual afortunadamente no hacía mucho había producido tres tazas originalmente destinadas a facilitarle el mantenerse alerta durante las etapas más tediosas de la atención de su negocio *online*. Decidió iniciar una charla

de cortesía mientras terminaba de prepararle la tasa de café a su visitante:

—¿Y aún tiene a Luis González coordinándole su seguridad?

—¿Por qué, tienes alguna observación que hacernos?

—Bueno —empezó Rodrigo, intentando no ofender a nadie—, el haberle dejado entrar solo y sin antes haber explorado el lugar... pues no es algo que yo le recomendaría repetir con mucha frecuencia en el futuro, licenciado... especialmente en las ocasiones en que Sofi le acompañe.

—Pues ésa es una de las razones por las que te visito —dijo echándole una rápida mirada a su hija, para quienes ellos prácticamente no existían ya que ahora se encontraba totalmente concentrada en dominar, con el control remoto del *Wii*, el vehículo de *Mario Bros* con el que competía en el inmenso televisor de pantalla plana.

La niña activo todo con tanta facilidad, que Rodrigo adivinó que en su casa debía tener un sistema de entretenimiento similar, y no dejó de sorprenderse con qué facilidad los niños de hoy llegan a dominar los más modernos y sofisticados sistemas de computación.

—Ya estoy retirado de todo eso, usted ya lo sabe...

—Pero no extrañas el mundo real, Rodrigo?

—¿El mundo real? —repitió sin poder evitar reírse.

—Sí. ¿No te cansas de estar inventando libros electrónicos que tan poco valor intrínseco tienen? Ya sé que no te va mal... Tres mil o cuatro mil dólares al mes... Pero casi sólo salís de tu apartamento para ir al Supermercado, o a visitar a tu familia...

De pronto Rodrigo se puso serio. Se olvidó de la tasa de café que preparaba y mirándolo fijamente, quiso saber:

—¿Por qué ahora le interesa tanto lo que yo haga o deje de hacer?

El presidente tomó, poco a poco, un aire de seriedad. Y, después de unos segundos, le dio su respuesta:

–Tu país te necesita.

Fue muy difícil para Rodrigo no perder el control. No podía creer cómo podía alguien decirle eso, sabiendo todo lo que había ya perdido por su patria. También evitó reírse.

–Yo, lo único que quiero... es que me dejen en paz.

–Sólo sería un sacrificio de cuatro años. Por Guatemala.

–Con todo respeto, Don Lázaro, yo sólo quiero estar tranquilo. Casi di mi vida por Guatemala. Fácilmente pude haber sido yo, en vez de su hijo, el que muriera ése día.

»Y aun así, me mantuve arriesgando mi vida un año más... por Guatemala...

–E hiciste un gran papel. Pero ya pasó otro año...

–Sólo por curiosidad... –le dijo después de unos breves segundos– ¿En qué quisiera que le ayudara? ¿Qué papel podría yo desempeñar? –preguntó en tono por demás sarcástico.

–El vice-ministerio de Gobernación, a cargo de la seguridad del Estado –le dijo sin vacilar.

–¿Quiere que funja como uno de los tres vice-ministros de Gobernación? –repitió sin cambiar de tono, obviamente nada impresionado–. ¿Y a quién tiene en mente como ministro?

–Darío Molina. Lo conoces bien.

–Lo conozco demasiado bien –respondió dando a entender que desaprobaba esa elección–. ¿No es el mismo que me dijo que yo era un idiota por proponer dejar de pelear con los narcotraficantes y concentrarnos en los extorsionadores?

–En ese entonces él sólo seguía mi forma de ver las cosas.

–¿Y ahora, Don Lázaro? ¿Ahora implementará algunas de las políticas que yo le propuse y que en “ése

entonces” me dijo que no podía poner en acción porque “sólo” era Ministro de Gobernación? ¿Está ahora dispuesto a declarar una guerra abierta contra las pandillas... y accionar con reglas y estrategias de guerra?

La respuesta tardó en llegar más de lo que a Rodrigo le hubiese gustado, de tal modo que, cuando llegó, realmente ya no necesitaba escucharla.

–Podríamos poner en peligro la ayuda internacional si dejásemos de dar una imagen clara de lucha contra el narcotráfico.

Así que a éso regresaba todo, concluyó Rodrigo en silencio, demasiado inteligente para no ofender a ese hombre tan peligroso. Eran los codiciados dólares de los gringos los que continuarían dictando nuestras políticas internas: seguiríamos las estrategias delineadas por un país que no se atreve a castigar, con severidad y decisión, la causa principal de esta locura mundial llamada narcoterrorismo: el consumo de la droga.

En vez de repetirle esa realidad, prefirió sentarse en uno de los sofás, para crear un ambiente más relajado a la vez que le decía:

–Don Lázaro, ninguna de sus políticas, o buenas intenciones, va a prosperar si los mareros no empiezan a temer a las instituciones de defensa. La parte jurídica está peor, y requerirá más de sus cuatro años de gobierno el enderezarla, pero la guerra a los pandilleros puede tener efectos positivos en el país el mismo día que usted llegue al poder.

Don Lázaro Barrientos sonrió, evidenciando que no estaba ofendido por las críticas de su otrora Jefe de Seguridad personal, y quien se había desempeñado como Asesor después de la muerte de su hijo Ramón: su mejor amigo. Papel que desempeñó hasta que la frustración de no haber hallado eco a sus radicales ideas, le hizo perder la paciencia.

En ese momento Don Lázaro decidió, no con poca satisfacción, que era hora de pasar a la Fase II de su misión: la razón real de su visita, que continuaba desarrollándose según había anticipado.

Mientras tanto, su única hija permanecía totalmente cautivada por el video-juego, completamente ajena a la conversación que mantenían los dos adultos.

Don Lázaro se sentó en un sofá, junto a él. Lentamente encendió un cigarrillo, el quinto de ese temprano día, y después de expulsar la primera bocanada de humo, le dijo:

–Necesito que apagues todos los instrumentos de grabación que tengás dentro del apartamento.

Rodrigo vaciló un momento, intentando decidir cómo debía reaccionar.

–Por favor. Sé que no será necesario que metamos nuestros aparatos de detección antes de que continuemos con nuestra conversación, ¿verdad?

CAPÍTULO III

Rodrigo se puso de pie, sintiéndose frustrado al percatarse que Don Lázaro lo conocía tan bien. Se sentó frente a la computadora de monitoreo y después de un par de *clicks*, todas las cámaras de su sistema de vigilancia quedaron inactivas.

Regresó a su sillón. Regresó a su sillón y permaneció en silencio, evidenciando, con claridad, su decisión de no volver a hablar hasta tener más información. Después de unos instantes, empezó a armar el rompecabezas con las piezas que fue obteniendo del, hasta hace un par de meses, Ministro de Gobernación:

—Aunque con tu actitud y acciones intentas convencerme de que Guatemala ha dejado de importarte, tus palabras me transmiten lo contrario.

—No, Don Lázaro. Usted debería saber que no dudaría en poner en juego mi vida si Guatemala estuviese en medio de una batalla, con probabilidades de ganarla.

—“Simplemente me cansé de tratar de convencer a otros de mi punto de vista. Y me frustré al darme cuenta que nadie, con influencia suficiente en las políticas, demostraba la menor intención de modificar la situación.

—¿Ni siquiera yo, Rodrigo?

—Usted y yo siempre hemos visto las cosas muy diferentes.

—Hoy vengo convencido que coincidiremos en algo, porque tengo un plan que sólo otra mente tan poco ortodoxa como la tuya podría haber concebido.

—Eso sonó casi como un halago —dijo Rodrigo, a quien obviamente se le acababa de despertar la curiosidad.

Don Lázaro se sentó al borde del sofá y, bajando la voz, movió su siguiente pieza en el tablero:

—Si existiera la posibilidad que intervinieras en una misión secreta, una que ningún Congreso o analista político

de ningún país del mundo se atrevería siquiera a considerar... y los resultados tuviesen el potencial de influir de manera positiva en el futuro de Guatemala... ¿le darías un año de tu vida a nuestro país sabiendo que, además del beneficio para tu patria, no tendrías que volver a preocuparte por dinero durante el resto de tu vida? ¿Lo harías?

–Depende... –logró decir después de diez segundos de análisis y consideraciones internas– ¿Implicaría realizar acciones prohibidas por la ley?

–Casi todos los días...

–Entonces definitivamente estoy interesado –respondió genuinamente.

–Entonces escúchame unos minutos. Necesito que no te vaya a quedar la menor duda acerca de los motivos y circunstancias que obligan al nacimiento de esta operación.

Mentalmente, Rodrigo se dijo que no podía olvidar que estaba a punto de escuchar el alegato de una de las personas con más habilidad lingüística que había conocido; alguien capaz de rodear a cualquier hecho de las palabras más apropiadas, con la intención de que otros lo vieran bajo la luz de su confianza y lo interpretaran del modo exacto que él pretendía. Habiendo recordado éso, se sintió preparado para escuchar el razonamiento de un político que, recientemente, había sido capaz de convencer a más de dos millones de personas de darle sus votos, en dos ocasiones, haciéndolos olvidar el pequeño detalle de que la inseguridad y la delincuencia se había incrementado de manera exponencial durante los cuatro años en que ocupó el cargo en el que, supuestamente, debería haber conseguido que ocurriese exactamente lo contrario. Sin embargo, sus innumerables apariciones en televisión lo volvieron lo suficientemente popular como para que, una nación entera, se olvidara de que la razón por la que lo veían tanto, era porque no estaba haciendo bien su trabajo.

–Hace algunos meses hicimos un cálculo de cuántos millones de dólares, malos guatemaltecos, impunemente, han saqueado de las Arcas Nacionales en los últimos cinco gobiernos... –Rodrigo escuchaba muy atento, se acomodó en su sillón dispuesto a continuar oyendo.

Don Lázaro colocó, sin haberla probado, la tasa de café sobre la mesita central.

–¿Tienes idea del monto? –dijo retando al joven.

–Si tuviera que adivinar, diría que más de quinientos millones de dólares...

–La cifra supera los mil doscientos millones. Suficiente para darle salud y educación gratuita a todos los guatemaltecos durante muchos años...

–¿Tanto así?

–Sin temor a parecer exagerado. Pero éso no es lo peor. ¿Sabes qué porcentaje de posibilidades tenemos de recuperar, algún día, aunque sea la tercera parte de éso?

–Sin temor a equivocarme, diría que “cero”.

–Así es... Guatemala nunca va a recuperar absolutamente nada.

Don Lázaro Barrientos ejecutó una muy bien calculada pausa, convencido de la importancia de la siguiente frase de su mini-discurso:

–... a menos que vos hagás algo.

Los dos hombres coincidieron en una pausa natural de aproximadamente medio minuto, tiempo que Rodrigo necesitaba para digerir lo que se le presentaba y tratar de que todo tomara sentido; después de ése tiempo, creyó que había resuelto el rompecabezas.

–¿Lo que me propone es que, de alguna manera, les quitemos a esas personas, por medio de algún engaño o estafa, la mayor parte de su dinero?

–No “*de su dinero*”, del dinero *de Guatemala*.

–¿Es eso lo que quiere que haga?

–Eso... –y luego añadió, con un tono de broma:– y que los matés.

Y como una *broma* lo hubiese tomado Rodrigo, si Don Lázaro hubiese tan siquiera movido una comisura de sus labios; por lo que después de unos segundos de tensión, Rodrigo concluyó:

–No está bromeando, ¿verdad?

–No esta vez.

Don Lázaro volvió lentamente a su lugar, intencionalmente concediéndole a Rodrigo suficiente tiempo para comprender todo lo que le estaba proponiendo.

Después de quizá dos minutos, que Don Lázaro aprovechó para terminar de ingerir el exclusivo café de exportación que le habían servido y que estaba preparada exactamente como le gustaba beberlo, Rodrigo regresó parsimoniosamente a sentarse frente a él. Lo miró fijamente unos instantes, sin hacer el menor esfuerzo por aparentar seriedad. Creyendo haber comprendido un plan que le parecía tener mucho sentido, quiso saber:

–¿De cuántos blancos estamos hablando?

–Hay veintisiete personas en nuestra lista; incluyendo una primera dama, viuda.

–¿Qué tan al día está la “inteligencia” sobre sus situaciones actuales?

–Apropiada y continuamente actualizándose. Es importante aclararte que, por diversas razones, los primeros ocho de la lista son los que deben ejecutarse antes de pasar al número nueve. Y empezando con el nueve, ya quedará a tu criterio si continúas o no.

–¿Cuántas personas están enteradas de esta operación?

–Sólo nosotros dos?

–¿Y qué posibilidades cree que hay de que lo mantengamos así?

–Yo creo que es lo que debemos hacer.

–Ok –dijo Rodrigo, asintiendo meditabundo y con una expresión de que cada vez le parecía más realizable la misión.

–¿Algo más?

–¿Apoyo?

–Sí, pero nadie sabrá a quién están ayudando ni porqué.

–¿Equipo?

–Nada. Tendrás que adquirir todo, sin despertar sospechas, de los fondos operativos.

–Hábleme de esos fondos.

–Yo creo que cincuenta mil dólares mensuales, depositados en una cuenta bajo un nombre falso a la que tendrás acceso mediante una tarjeta de débito, serán suficientes. Eso deberá cubrir todos los gastos operativos y dejarte algo para que no te afecte alejarte de tu negocio de estafas en Internet.

–Necesitaría acceso a bases de datos confidenciales.

–Por supuesto.

–¿Acceso al sistema bancario?

–No estoy seguro, tendré que averiguar.

–¿Aduanas?

–No hay problema.

En este punto la conversación llegó a una pausa, que Rodrigo necesitó para terminar de ordenar sus pensamientos.

–Sólo para estar seguro: el plan es engañar a esas personas, estafarlas de alguna manera... quitarles la mayor cantidad de dinero posible... ¿y después matarlos...?

–Esa última parte es muy importante, aunque los detalles operacionales los dejo a tu discreción. Pero es la que evitará que gente de mi gobierno tenga la tentación de tomar dinero que no es de ellos. En realidad considero que no es tan importante recuperar el dinero como el sentar un precedente para el futuro.

—¿Qué? —preguntó Rodrigo sonriendo— ¿Vamos a dejar alguna especie de nota o algo así?

—No será necesario. Al principio nadie sospechará nada, pero después de tres o cuatro operaciones... los más listos empezarán a atar cabos. Y empezarán a entender el mensaje: el robo del patrimonio nacional no será tolerado.

De alguna manera todo le sonaba sumamente irreal. Por eso se sintió obligado a preguntar:

—¿Y usted no va a robar, Don Lázaro?

El Presidente Electo le respondió sonriendo:

— Escúchame, Rodrigo. Tú sabes muy bien que no nos iba mal con nuestras empresas: cuando hace 10 años se nos presentó la oportunidad de hacer algo bueno por Guatemala, ni yo ni Ramón dudamos en abandonar nuestros negocios para dedicarnos, en cuerpo y alma, al Ministerio de Gobernación.

»Y si mis motivos no hubiesen sido verdaderamente nobles, después de que mi hijo ofrendó la vida por su patria, te juro que hubiese abandonado todo lo que hubiera estado relacionado, de cualquier forma, con su muerte. Pero, al contrario, poco a poco me fui sintiendo más motivado a luchar porque su muerte no hubiese sido en vano. Y hoy que mi Dios me ha dado el chance de ocupar el puesto más importante del Gobierno, estoy decidido a aprovechar cada oportunidad, para mejorar las condiciones y evitar, a toda costa, que oportunistas sin conciencia se hagan ricos de forma fraudulenta, hundiendo cada día más al país.

»¿Que si yo sueño también con ser rico? Por supuesto. Pero no lo haré durante mi gobierno. Mi tiempo en el poder lo quiero aprovechar para crear un país que facilite las condiciones para que cualquier soñador con conciencia, pueda esforzarse y triunfar en medio de una lucha justa y productiva; y sé que, si lo logro, después podré levantar cualquier empresa que me proponga. Y además quiero un

nuevo inicio con mi apellido, y el de mis principales colaboradores, limpio y libre de acusaciones de corrupción.

Don Lázaro hizo una pausa preocupándose de que un exceso en su discurso pudiese llegar a tener un efecto contrario al que se proponía.

–Guau... –le dijo Rodrigo sin poder evitarlo– Lástima que no vino un par de meses antes, le juro que hubiera votado por usted.

Don Lázaro se echó a reír.

–Sé que no fuiste a votar en ninguna de las dos rondas... así que estoy tranquilo. Pero en serio –le dijo realmente recuperando la postura–, ¿qué pensás?

–Parece tener poca confianza en su gente.

–No confío, totalmente, en nadie. En vos confío mucho; por éso te quisiera en el Ministerio de Gobernación, o incluso coordinando mi seguridad y la de mi familia. E intentaría convencerte de éso si no creyera que lo que harás por Guatemala, a través de esta misión, tendrá mucha más importancia a largo plazo.

–¿Por qué yo? –le preguntó Rodrigo, intentando que Don Lázaro le revelara todo lo que había en su cabeza.

–Porque te tengo confianza, porque sé que podés tener éxito... Y porque sé que no te estoy pidiendo nada que no hayás hecho antes.

Esta vez Rodrigo no pudo ocultar su incomodidad, al sentirse arrinconado, por primera vez durante la conversación: así que tenía algo contra él. Don Lázaro sonrió ampliamente al percatarse del eficaz efecto de sus palabras. Decidió mostrar todos sus naipes:

–Dos hechos: uno, todas las personas involucradas en la muerte de Ramón, fueron ya asesinadas... las cuatro; y dos, sé de hecho que, a pesar de tu renuncia, continuaste aprovechando tus privilegios para acceder a las actualizaciones de las investigaciones de los casos de alto impacto realizadas por el Ministerio de Gobernación y el

Ministerio Público... usando el password de Ramón. Y no volviste a hacerlo después de la última de esas muertes... lo cual agradezco mucho.

Rodrigo no podía creerlo: ¡Don Lázaro sabía que él había asesinado a esas personas! Intentó cambiar el tema:

–No entiendo de qué me habla –negó, y pronto huyó del tema:– ¿Y qué saco yo de todo esto?

–¿Además de la satisfacción del servicio a la patria, querés decir?

Rodrigo asintió, deseando que la reunión terminase. Y éso fue exactamente lo que Don Lázaro decidió hacer, ya que, antes de responder, llamó a su hija por medio de señas. La pequeña corrió a sentarse sobre el brazo del sofá en el que descansaba su padre y se mantuvo atenta y respetuosa durante el resto de la conversación.

–Cinco por ciento de todo lo que recuperes... Que, según mis cálculos... si te va mal, dudo que, y sólo con los primeros cinco nombres de la lista... no creo que sea menos de treinta y cinco millones de quetzales.

Rodrigo estaba impresionado e intentó no mostrarlo:

–¿Y el otro noventa y cinco por ciento?

–Se hará una triangulación con cuentas en el exterior para que entre a la SAT en forma de impuestos y multas extraordinarias.

–¿Setecientos millones de quetzales?

–Con los primeros cinco nombres de la lista –le aclaró Don Lázaro–. Mucho más si te animás a continuar.

–¿Puede decirme ésos primeros cinco nombres?

–Los conocerás cuando aceptes hacerlo.

–Necesito pensarlo.

–Por supuesto que necesitas hacerlo –le respondió Don Lázaro.

Se puso de pie y su hija le imitó. Le ofreció la mano al joven mientras le decía:

–Te agradeceré una visita a Casa Presidencial durante los primeros quince días después de la toma de posesión, para que me informes de tu decisión. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –concluyó Rodrigo, soltando la mano del Presidente y dándole toda su atención a la pequeña:– Adiós, linda. Qué gusto volver a verte.

–Adiós Rodri –le respondió abrazándolo y dando un beso en la mejilla a quien, en otros tiempos, quiso tanto como a un tío.

La pequeña se apresuró a alcanzar a su padre, quien ya abandonaba el apartamento. Un miembro de la seguridad cerró la puerta detrás de ellos y Rodrigo volvió a dejarse caer sobre el sofá, incapaz de liberarse de esa sensación de irrealismo que le envolvía: ¿verdaderamente acaba de suceder lo que le parecía que había ocurrido?

Necesitó ponerse rápidamente de pie, asomarse a la ventana que daba a la calle y ver partir a la impresionante comitiva que lo había visitado, para estar seguro que, realmente, no estaba soñando: el próximo Presidente de Guatemala le acababa de ofrecer una fortuna a cambio de robarle, a varios ex-funcionarios de Gobierno, cantidades astronómicas de dinero antes de quitarles la vida.

CAPÍTULO IV

Los siguientes siete días le dedicó menos de la tercera parte del tiempo que usualmente invertía en su negocio online; su “estafa por internet”, como lo había calificado Don Lázaro.

Rodrigo sabía que su actividad no era ilegal en absoluto, pero tampoco era algo de lo que algún día pudiese llegar a sentirse orgulloso. Pero sí se alegraba de haber descubierto la posibilidad de hacer dinero de esa manera, pero era poco lo que realmente aportaba a la sociedad.

Su actividad consistía en descubrir cuáles eran los términos que más estaban siendo buscados en la red. *Google* le proporcionaba esa respuesta fácilmente. Después de ello, invertía algunas horas en crear algunos títulos de libros que pudiesen reflejar esa inquietud mundial por algún tema, especialmente en los Estados Unidos, y, después de eso, accedía a alguno de los Sitios Web especializados en ofrecer trabajos remunerados a escritores *freelance* y encargaba por tres, cinco o a veces diez dólares, que le escribieran un libro de unas cinco mil palabras que él pudiera convertir a formato *ebook* y poner a la venta en la *Kindle Store* por unos tres o cinco dólares.

El secreto de su negocio consistía en que los términos que había hallado continuaban buscándose con exagerada frecuencia durante los próximos días, algunas veces semanas, y su libro saldría en posiciones privilegiadas, ya que había jugado con algunos de esos *keywords* para crear el título o el subtítulo de su *ebook* en inglés.

A él no le cobraban nada por tener su libro, firmado con un homónimo, a la venta y, por cada unidad que la gente descargaba a su *Kindle*, él recibía entre uno o dos dólares estadounidenses, depositados en una cuenta *Neteller* con disponibilidad inmediata del dinero, por medio de una tarjeta de crédito/débito internacional.

Las primeras semanas tuvo poco éxito pero, con el tiempo, los ahora cientos de *ebooks* que había producido se estaban traduciendo en una cantidad variable entre dos mil y cuatro mil dólares mensuales. Un ingreso sumamente decoroso para una actividad tan sencilla.

Se había comprometido personalmente a leer todo el material que pusiera a la venta, pero pocas veces tuvo que desechar alguno de los trabajos que compraba y encargar que se los rehiciesen. Varias habían sido las ocasiones en que había recibido textos plagiados, totalmente o en parte, e inmediatamente que los identificaba los reportó a los Sitios Web de donde los había obtenido.

Le gustaba convencerse de que en verdad las personas que compraban sus *ebooks* recibían lo que valía el libro y no se sintieran estafados por información carente completamente de valor —o para que no lo reportaran o le dieran críticas negativas en la *Kindle Store*, lo cual podría perjudicar sus ingresos. Afortunadamente era muy tentador para los dueños de un lector de libros *Kindle*, después de efectuar búsquedas en *Google* o *Amazon.com*, sobre temas que les interesaran, el saber que, con un *click*, podían iniciar una descarga que les permitiría leer un *ebook* en pocos segundos por una cantidad de dinero casi despreciable. La clave del negocio consistía en que ahora eran millones las personas que conformaban su posible mercado objetivo.

Ese día encargó cuatro textos más que tuviesen que ver con las *keywords* *hushiers*, *march madness* y *sex abuse*. En unos diez días recibiría los textos y los procesaría hasta que tuvieran el aspecto de un *ebook* lo más formal y profesional posible.

Y ese había sido su mecanismo de creación de ingresos económicos durante el más reciente año de su vida. Sabía que era algo que quizá no duraría muchos meses más, pero estaba preparado para sacarle el máximo provecho posible.

Además siempre estaba atento acerca de las nuevas tendencias de generar dinero *online*. Odiaba la idea de tener un jefe o de, alguna vez, tener que presentarse a una oficina para trabajar *de ocho a cinco*, así que no desechaba las ideas que recogía en las redes sociales, por muy absurdas que inicialmente le pareciesen.

Ese tipo de ingreso le permitía vivir sumamente cómodo y básicamente sin ninguna preocupación. Eso explicaba su mal humor cuando se daba cuenta de la forma en que Don Lázaro Barrientos, próximo presidente constitucional de su país, había llegado a sacudirle su mundo con una propuesta tan lógica y tentadora.

No estaba seguro de cuándo había dejado de importarle lo que ocurría en la arena política de su país. Sí leía un par de periódicos diarios pero, de alguna manera, habían dejado de preocuparle los acontecimientos del circo que representaban los hombres y mujeres que habían decidido hacer del oficio gubernamental su medio de vida.

Analizó la propuesta de Don Lázaro y se asombró al darse cuenta que, por más que se esforzaba, parecía algo muy bien planeado. Le impresionaba el hecho de que algo que parecía tan obvio, no hubiese sido intentado anteriormente en algún lugar del mundo. Ciertamente lo sabía porque no conocía de ningún país en el mundo en donde los ex-funcionarios hubiesen sido sistemáticamente asesinados después de abandonar el ejercicio del poder.

La única razón que hallaba es que le parecía algo que ningún presidente intentaría hacer durante el ejercicio del poder, porque sabía que éso automáticamente le convertiría en un blanco más, después de su mandato, si es que intentaba enriquecerse de la misma manera que a quienes decidiera perseguir.

Y más le sorprendía el hecho de darse cuenta que Don Lázaro parecía estar haciéndolo con buenas intenciones. Le costaba creerlo pero, por más que le daba vueltas para verlo desde todos los ángulos posibles, no podía más que admirar lo que el Presidente Electo de su país deseaba hacer.

Procedió a realizar una investigación muy profunda acerca de la historia de los gobiernos en Guatemala, y revisó y cuadró con los datos oficiales del gobierno, todas las acusaciones de robo y estafa que se habían hecho contra los gobernantes que entregaron el poder en el pasado.

De ser ciertas, aunque sea la mitad de las acusaciones, Guatemala había perdido la oportunidad de utilizar miles de millones de dólares que, aparentemente, habían desaparecido de los presupuestos nacionales sin jamás haber sido invertidos en obras de beneficio público.

Presidentes, ministros, gerentes de la S.A.T. y del Banco de Guatemala, directores de hospitales... en casi todos los gobiernos de las últimas décadas, habían sido acusados, de manera informal, por sus sucesores y casi nunca se habían materializado acusaciones formales ni mucho menos investigaciones serias; a pesar de lo cual, muchos de ellos habían rápidamente cambiado su dirección de residencia a países que no apoyan la extradición ni se interesan en ayudar a países que poca importancia tienen para ellos.

Por supuesto que aceptaba el hecho de que la recuperación, de parte de esa fortuna, era algo que tenía que realizarse clandestinamente; era obvio que sería necesario violar una gran cantidad de leyes nacionales e internacionales. Pero lo que debía importar era el efecto que éso tendría en el futuro de Guatemala. Si después de completar su misión toda persona, que a partir de entonces, supiera que el robar dinero podría incluso costarle la vida, sin lugar a dudas lo pensarían con más detenimiento, sin

importar la facilidad con que pudiese llegar a consumir su fechoría.

Y si eso significaba que Guatemala tendría más recursos con los cuales intentar realizar obras por el bien común, pues entonces le parecía que cualquier riesgo que pudiera tomarse, para crear el impacto deseado, sin lugar a dudas valdría la pena.

Llegó el momento entonces en que sólo le quedaba preguntarse si él era realmente la persona más apropiada para llevarlo a cabo. Analizó la situación, los riesgos, las operaciones que serían necesarias e intentó determinar si era capaz de ejecutarlas con éxito.

Sabía muy bien que sí era capaz de hacer todo lo que era necesario realizar. En el pasado, incluso mucho antes de involucrarse con las agencias gubernamentales, había segado la vida de tres personas en dos incidentes aislados.

CAPÍTULO V

La primera vez que mató a una persona había acontecido cuando recién cumplió los diecisiete años. Su padre le había enseñado a manejar las armas desde los diez años de edad y a los catorce recibió su primera pistola. En su casa siempre hubo armas de fuego y todos sabían en dónde estaban, y también, más importante aun, cómo utilizarlas.

Nunca recibió autorización de sus padres para sacar las armas de su casa, pero eventualmente lo hacía. Y cuando su padre lo pescó en un par de ocasiones, quedó tranquilo con la explicación de su hijo.

En una ocasión tomó la decisión de portar un arma porque acompañaría a su novia Karla a visitar a una amiga a *El Gallito*, la zona más importante del país para el tráfico de drogas. Se despidieron de la amiga de Karla y se marcharon en su *Toyota Láncer* rojo del año. Solamente tuvieron precaución de conducir con todos los vidrios abajo y con mucha lentitud. Karla se puso nerviosa cuando notó que Rodrigo llevaba la pistola junto a la palanca del freno de mano, pero, cuando finalizaron su visita, se sintió más segura por eso mismo. Antes de que se dieran cuenta, habían abandonado *El Gallito* y fue evidente la manera más tranquila con que fueron capaces de respirar. Rodrigo colocó la pistola dentro de la cartuchera bajo su chumpa.

De modo que nada hubiera parecido más fuera de lugar, que el arma que un hombre barbado y desalineado colocó a través de la ventana y directamente apuntando a la sien de Karla. Rodrigo se paralizó un par de segundos, vacilando al decidir si sacar o la suya y fue suficiente tiempo para que otro hombre le apuntara a él desde afuera de la otra ventana.

—¡Vamos a llevarnos el carro, hijo de puta! ¡Afuera!

En ese preciso instante Rodrigo decidió que no utilizaría su pistola. Había visualizado previamente esa situación docenas de veces y sabía que lo más inteligente era no ofrecer resistencia y permitirles tomar su automóvil o cualquier posesión que desearan arrebatárle; tenía seguro contra robos. Sabía que nada podía valer la pena como para arriesgar su vida y mucho menos intentar oponerse a dos pistolas en manos de dos hombres posiblemente bajo influencia de alguna droga.

Salió por la puerta, que ya habían abierto, con las manos en alto, y se dejó arrastrar las últimas pulgadas, ya que obviamente era parte de la rutina que ellos tenían planeada: utilizar la fuerza para intimidar a sus víctimas.

El segundo hombre inmediatamente hizo presión con su pistola sobre el tórax de Rodrigo, quien no se inmutó ante tal demostración de salvajismo.

—No hay problema; no me opondré. Pueden llevarse el carro —les dijo en la voz más tranquilizante que pudo fingir. Miró hacia el otro lado del vehículo, esperando que Karla saliese, pero el otro hombre no le abrió la puerta.

Lo vio introducir la mano y quitar el seguro de la puerta trasera. Y, mientras entraba al vehículo y le apuntaba a él, le dijo:

—Tu novia se va con nosotros. Pero en la esquina la vamos a soltar.

Inmediatamente el terror se apoderó de él. Instintivamente supo que no harían eso. Sabía que se la llevaban para violarla y posiblemente matarla. Quizá ellos no lo habían planeado de esa manera, pero Karla lucía sumamente atractiva esa tarde. El primitivo instinto de los delincuentes se había activado. Dio un par de pasos hacia atrás, sin bajar las manos, atento al instante correcto para llevar su mano hacia su cartuchera, sacar su arma en un movimiento y vaciar la mitad de las balas en cada uno de esos desgraciados.

El momento apropiado llegó un par de segundos después, cuando el segundo hombre metió el revólver entre su abdomen y el pantalón y procedió a cerrar la puerta mientras se dejaba caer en el asiento del piloto. Rodrigo se alejó un metro del vehículo y vio que el hombre de atrás, sin dejar de apuntar en su dirección, iniciaba una serie de movimientos con el fin de cerrar su portezuela.

Todo sucedió en menos de tres segundos. Los hombres no tuvieron oportunidad de reaccionar. La pistola salió como un rayo y Rodrigo disparó una vez sobre la cabeza del piloto, quien instantáneamente cayó hacia adelante después de que su cabeza latigueara hacia atrás por la fuerza del impacto. Cuando el delincuente de atrás empezó a girar su cabeza hacia él, ya tenía dentro de su tórax la primera de las tres balas que lo atravesarían. Rodrigo lo vio estrellarse contra la ventana de la puerta trasera derecha sabiendo que no sobreviviría ni podría accionar su arma y, en forma refleja, volvió a apuntar al primer herido y le disparó dos veces más en la espalda.

Miró a Karla, quien estaba paralizada por el terror y la sorpresa. Rodrigo vio en todas direcciones, con la intención de descubrir algún cómplice que pudiese intentar defender o vengar a sus compañeros, pero sólo vio gente corriendo y autos saliendo en todas direcciones a toda velocidad.

Antes de abrirle la puerta y sacar del vehículo a su novia, abrió el baúl del auto, tomó una bolsa de plástico anaranjada, en donde llevaba un par de zapatos de fútbol, y la vació. Guardó su revólver en ella, le hizo un nudo y antes de llegar a la puerta de Karla se puso de rodillas y lanzó la bolsa en el tragante frente al que estaba estacionado el automóvil.

Tomó a su novia de la mano y se alejaron unos diez metros del carro. Ella lo abrazó temblando y así esperaron a los primeros policías que llegaron.

Su versión fue sencilla: unos delincuentes intentaron robar su vehículo pero un desconocido, que pasaba por el lugar, conduciendo un vehículo tipo agrícola negro, les disparó sin descender y luego se alejó a toda prisa ante la mirada estupefacta de los dos jóvenes. Nadie puso en duda su historia. Registraron el auto y a él y, al no encontrar nada, se convencieron de la existencia de un duro *samaritano* y todos sintieron lástima por la forma en que esos dos jóvenes habían desperdiciado su futuro. Tres días después, a medianoche, regresó con el hijo de Don Lázaro y otro amigo en común a recuperar su pistola. Se la entregó a su padre, quien comprendió y aprobó lo que había sucedido y le dijo que no se preocupara ni del carro ni del arma: vendería el auto y desaparecería la pistola. Nunca volvieron a hablar del asunto. Lo que más lamentaba, después de todos los años que habían transcurrido, era que su relación con Karla se vio contaminada por la mentira compartida, y, después de dos meses, dejaron de verse y nunca más volvió a saber nada de ella.

La otra vida con la que había acabado, fue la de un sacerdote que abusó sexualmente de uno de sus sobrinos. Aprovechándose de las horas que pasaba bajo su cuidado, en las instalaciones de la Iglesia, ése “servidor de Dios” había utilizado la confianza y el poder que tenía sobre el niño y lo utilizó para saciar su apetito pedófilo, obligándole, además de dejarse penetrar, a realizarse sexo oral al menos en tres ocasiones.

Las autoridades se hicieron de oídos sordos ante la denuncia de los padres, a quienes el niño finalmente tuvo que confesar lo que le había sucedido, al no poder justificar más su resistencia a continuar colaborando con la Iglesia, como lo había estado haciendo.

Los padres encararon al sacerdote, junto al niño, y éste les confesó su “pecado”. Les rogó por su perdón ya que no había sido lo suficientemente fuerte para resistir “las

tentaciones del demonio”. En el Ministerio Público les dijeron que ellos no podían hacer nada al respecto porque ningún Juez se atrevería a iniciar un proceso contra alguien a quien la Sociedad consideraba tan fuera del alcance de las leyes terrenales.

Rodrigo se disfrazó de indigente y lo esperó, una noche, junto a la entrada de su residencia. No le dio tiempo a bajar del auto. Le vació el arma a través del *windshield* y, cuando empezó a correr, alejándose del lugar, iba convencido de que ese criminal estaba muerto y, más allá de toda duda, debería estar ya empezando a freírse en el infierno.

Y si las primeras dos muertes le causaron pesadillas y le quitaron el apetito durante casi dos semanas, se sorprendió al darse cuenta de que nada así le ocurrió en esa ocasión: esa misma noche pudo salir a celebrar con sus amigos y comió y bebió como si no hubiera mañana.

Así que sabía que no tendría problema poniendo una bala en el cráneo de cualquier ex-presidente, o ex-funcionario, que no hubiese tenido reparo en enriquecerse con el dinero de un pueblo altamente necesitado, abusando de la autoridad y responsabilidad que en él habían depositado sus electores directa o indirectamente.

Lo que le preocupaba era no tener la habilidad necesaria para realizar la tarea sin ser descubierto ni herir a nadie más en el intento.

Por otra parte, no podía engañarse, quizá la más importante motivación para involucrarse sería la recompensa económica que podría llegar a conseguir para él mismo. Su futuro estaría asegurado aunque fuese sólo con dos millones de dólares. Pero, como le había explicado Don Lázaro, podrían llegar a crecer tanto como para alcanzar más de doce millones, si estaba interesado en perseguir esa meta.

Ya no tendría que continuar cinco o seis horas diarias sentado frente a su computador para ganar treinta o cuarenta mil dólares anuales. Un par de años, trabajando en la recuperación del dinero, le permitirían vivir como una persona acaudalada por el resto de su vida. Podría incluso cambiar de residencia e irse del país, a un lugar que le permitiera disfrutar de la vida con mucha mayor tranquilidad.

Y es que no era para menos: estaría poniendo en peligro su vida misma e incurriría en riesgos e ilegalidades que podrían llevarlo a la cárcel durante muchos años. Y, a pesar que sabía que en su patria más del noventa y cinco por ciento de los crímenes nunca son castigados, ése era un riesgo que no correría jamás, a no ser que la recompensa fuese lo suficientemente grande.

Finalmente, después de mucho análisis, concluyó que tenía el entrenamiento, la experiencia, la valentía, la justificación y la motivación suficiente para hacerlo.

Le envió un correo electrónico a la cuenta personal de Don Lázaro, confirmándole que lo visitaría durante la tercera semana de su mandato pero que tenía algunas condiciones de su parte.

CAPÍTULO VI

El Palacio Nacional de Guatemala es quizá la estructura de menos de 50 metros de altura más impresionante del país. Durante varias generaciones albergó a los mandatarios de turno por un período aproximado de cuatro años. Constituye un intimidador fuerte de una manzana de superficie y dos altísimos niveles de altura; hermosamente decorado, cuyas verdes y engrosadas paredes dicen, inequívocamente, que el Presidente de la República no saldrá de allí hasta que lo desee, lo que en muchos casos ha excedido el límite de tiempo impuesto por la constitución y han sido varios quienes solamente como cadáveres han podido ser evacuados de su turno al mando del país.

Sin embargo, desde que al presidente Álvaro Arzú se le ocurrió que dicho edificio no estaba a la altura del Presidente del país más grande, moderno e importante de Centro América, ninguno de sus sucesores volvió a establecer allí las principales oficinas de su gobierno. En su lugar, la Casa Presidencial, en comparación más modesta y mucho menos impresionante, pasó de ser conocido como el lugar donde residen los mandatarios, al sitio desde donde se dictan las políticas del momento y se dirige el destino del país. Fue entonces necesario, a partir de entonces, alquilar lujosas mansiones para que la familia oficial durmiera por las noches y descansara los fines de semana.

Don Lázaro Barrientos decidió simplificarse la vida en ese sentido. Y ordenó a los miembros de su gabinete ocupar las mismas oficinas y escritorios que los que habían utilizado, durante los anteriores cuatro años, los miembros del gobierno saliente aunque pertenecían a un distinto partido político. De modo que llegado el 15 de enero, el último día programado para los procedimientos y protocolos de “transición”, y el mismo día que Don Lázaro

Barrientos se convirtió en el presidente del país, los nuevos funcionarios se quedaron a cargo de las oficinas después de despedir cortésmente a quienes regresaban de nuevo a la vida civil.

El día que Rodrigo llegó a Casa Presidencial, prefirió dejar su vehículo en un estacionamiento público para ir tomando precauciones extremas. No era la primera vez que estaba allí. Fueron muchas las reuniones que había sostenido, hasta altas horas de la madrugada, con el *staff* de seguridad del Presidente y la jefatura del Ministerio de Gobernación, al cual perteneció. Sin embargo no le fue sencillo llegar hasta la puerta del salón presidencial, lo cual le sorprendió positivamente. Pero, después de identificarse tres veces, se encontró contemplando la sólida puerta de madera que lo separaba de la persona en quienes millones de guatemaltecos habían depositado su esperanza, para que condujera al país de una manera que les permitiera desarrollarse en un ambiente que les posibilitara dar lo mejor de ellos mismos sin tener que preocuparse de los delincuentes o competidores desleales. Era una gran responsabilidad la que había aceptado Don Lázaro, y Rodrigo deseó que de verdad se la tomara en serio y respondiera a esos anhelos, dando lo mejor de él durante los siguientes cuatro años.

Jacky, la asistente de Don Lázaro, lo saludó afectuosamente, recordándole perfectamente del tiempo en que ambos servían al actual presidente. Le invitó a que tomara asiento y eso hizo, dejándose caer sobre el más pequeño de los cómodos sillones de cuero negro que rodeaban la amplia sala de espera. No había nadie más esperando. No pudo evitar sonreír al darse cuenta de que la expresión de la asistente le decía que no era la indumentaria apropiada para visitar al Presidente, pero no le importó. De su guardarropa seleccionó el mejor *jeans* que tenía, una camisa *polo*, quizá demasiado llamativa, y el par de zapatos

deportivos que más formales le parecieron. Una chumpa casual para protegerse de las bajas temperaturas que habían estado teniendo en los pasados días y se rasuró para que su rostro se viera tan bien como el corte de cabello que la tarde anterior se había tomado la molestia de hacerse. Se estaba preguntando qué más podía haber hecho para lucir mejor, cuando unos gritos del otro lado de la puerta lo sacaron de sus pensamientos.

Miró a la asistente, quien apenas se inmutó, como si ese escándalo fuera cosa de todos los días. Rodrigo intentó reconocer algunas de las palabras pero no pudo. Sin duda la puerta era de un grosor considerable; lo suficiente para que ninguna bala pudiese atravesarla.

Espero unos cinco minutos, durante los cuales el volumen de las voces del interior se alzó un par de veces más, y de repente la puerta se abrió. Don Lázaro la estaba sosteniendo y pudo escucharlo pronunciar la parte final de la conversación entre los dos hombres, que evidentemente estaban alterados por el intercambio de gritos:

—Y le repito que no se preocupe por ese tipo de decisiones, suficientes responsabilidades tiene para mantenerse entretenido.

El otro hombre era Sebastián Cárdenas, el vicepresidente de Guatemala. Rodrigo lo había conocido cuando trabajaba para el gobierno. Siempre la pareció un buen hombre pero, de no haber sido por los millones de dólares que poseía de sus negocios e inversiones, dudaba que Don Lázaro lo hubiera elegido como su compañero de fórmula.

Sin esperar respuesta, el presidente cerró la puerta y Don Sebastián, unos quince años mayor que Don Lázaro, quedó afuera, sintiéndose un poco aturdido. Sin duda, a sus sesenta y cinco años, ese tipo de emociones se estaban convirtiendo en esfuerzos demasiado grandes para su edad. Después de un par de segundos giró en redondo y

rápidamente se fijó en Rodrigo. Su blanco y robusto rostro estaba encendido en las mejillas y una leve huella de sudor cubría su frente; sin embargo, de inmediato dio muestras de reconocerlo y se acercó hacia él sin vacilación y mostrando una insinuación de sonrisa en su rostro. Rodrigo se puso de pie inmediatamente para recibirlo con la mano abierta.

–Don Sebastián, cuánto gusto de saludarlo.

–Igualmente, Rodrigo. Gracias. Tanto tiempo... ¿Y qué te trae por acá?

–Este... –titubeó sin saber cómo responder– La posibilidad de realizar un proyecto con la colaboración de la presidencia. Pero aún nada en firme.

–Bueno, si llega a consolidarse, y puedo serte de ayuda... será un gusto. Y si a veces el presidente se vuelve insoportable y necesitás una válvula de escape, nada me dará más gusto. La verdad es que creo que voy a tener más tiempo libre entre mis manos de lo que había imaginado. Así que buena suerte y mucho gusto en verte.

Volvieron a estrecharse las manos y Rodrigo se despidió en forma cortés. Volvió a tomar asiento mientras veía a Don Sebastián Cárdenas, en su costosísimo y elegante traje azul oscuro, abandonar la recepción. Transcurrieron quizá cinco minutos más, antes de que la asistente respondiera el teléfono y le dijera que el Presidente lo vería en ese momento.

Atravesó la puerta que Jacky había abierto para él y, mientras se dirigía al escritorio donde estaba el Presidente, semi-oculto detrás de los dos gigantes monitores de su computadora, escuchó cómo se cerraba la misma detrás de él, quedando ambos en completa privacidad.

–Qué tal, Rodrigo. Me alegra mucho de verte.

El joven simplemente le saludó con un gesto de asentimiento y tomó asiento, sin ser invitado, frente al inmenso escritorio que hacía juego con la amplia habitación de tono corinto que estaba tapizada desde el piso hasta el

techo con una gruesa felpa oscura. Muchos libros llenaban las inmensas librerías de las paredes. Detrás del Presidente, un inmenso mapa de Guatemala le servía de fondo. El mandatario abrió una gaveta y después de ofrecerle un cigarrillo despreciado a Rodrigo, encendió uno y lo fumó durante todo el transcurso de la reunión. A lo largo de toda su estancia en la oficina presidencial, Rodrigo, de la manera más imperceptible que pudo, recorrió todas las paredes de la oficina en busca de cámaras de vigilancia ocultas; no identificó ninguna, adivinando que al presidente le gustaba la privacidad absoluta para discutir cualquier tema que deseara, sintiéndose libre de hacer allí lo que se le viniera en gana.

—Me alegra que estés acá. Puedo entender entonces que estamos de acuerdo, ¿verdad?

—En principio, sí. Si puede aclararme satisfactoriamente algunas dudas y condiciones que deseo que tratemos, creo sinceramente que su proyecto puede ser realizado y que yo soy la persona apropiada para llevarlo a cabo.

—Por supuesto que lo eres. Conoces muy bien el manejo del gobierno, has tratado con muchos de los personajes claves de mi equipo, tienes el entrenamiento, la inteligencia, y ahora... los recursos necesarios.

—Hablando de recursos... me preocupa la inteligencia. A qué clase de bases de datos tendré libre acceso.

—A todas.

—¿Policía, ejército, guardia presidencial, ministerio público, ministerio de gobernación, SAIA, SAE, Maycom...?

—No hay problema —y mientras garabateaba algo en un papel, añadió:— este es tu *password*, podrás acceder desde cualquier computadora con conexión a Internet, a través del Ministerio de Gobernación.

—¿Acceso al sistema bancario?

–No por medio mío –respondió el Presidente sonriendo–, pero apostaría a que hallarás la forma de hacerlo.

–Ahora algunas condiciones...

–Soy todo oídos.

–Sus funcionarios. Me preocupa que no se asusten lo suficiente.

–¿Qué podríamos hacer al respecto?

–Amenazarlos directamente.

Después de pensarlo unos segundos, le dijo a Rodrigo:

–Amenázalos pero no tan directamente. Me parece bien y confío en tu buen juicio.

Rodrigo asintió demostrando que estaba de acuerdo.

–¿Cree usted que resistirá la tentación de realizar los mismos actos que las personas a quienes vamos a perseguir?

Sólo obtuvo una amplia sonrisa como respuesta.

–¿Usted sabe que yo lo perseguiría a usted también... si llega a traicionar al país, verdad? O a mí.

–Nunca lo he dudado. ¿Pero qué sentido tendría arriesgarte a ti y a mí en una operación... si mi verdadera intención fuera también tomar por asalto las arcas nacionales? Te garantizo que no robaré nada y vigilaré de cerca a todos los que tengan acceso a dinero y posibilidades de hurtarlo.

–Necesitaré algunos documentos oficiales, no quiero andar por allí con falsificaciones de mala calidad.

–Pablo Albizuris te ayudará con todo lo que necesites: licencias, documentos oficiales de investigación, pasaportes, permisos de portación de armas, quizá hasta algunas visas internacionales. Por supuesto, sin saber para qué es. Pero ya lo conocés muy bien. Él no hace preguntas. Está de más decirte que negaremos cualquier relación con tu persona, misión o acciones, ¿verdad?

–Por supuesto. Sé que así debe ser.

–En esta hoja –le dijo mientras le pasaba el papel en donde acababa de escribir– está el número de cuenta del banco en el extranjero que utilizaremos para triangular el dinero de regreso al Estado. Sé que sabés cómo funcionan. Va también la clave de acceso, que no tiene ninguna vinculación oficial.

Rodrigo pensó unos segundos más y decidió que todo estaba claro y cualquier prolongación de la conversación eran segundos desperdiciados. Se puso de pie y estrechó la mano del Presidente, viéndolo directamente a los ojos, intentando decidir si lo que veía del otro lado de su mirada era tan real como el humo que salía por su boca.

Asintió, dio la media vuelta y abandonó la habitación, que ya empezaba a oler demasiado a tabaco.

CAPÍTULO VII

Habían transcurrido ya dos meses desde la reunión con el presidente y aún le parecía surreal el hecho de estar remando un pequeño *kayak* de plástico negro, que hacía juego con su indumentaria de buceador, mientras cubría los últimos 1000 metros del Río Dulce, los cuales lo separaban de la mansión que el ex-presidente de Guatemala, Rómulo López Campollo, tenía en una de las zonas más exclusivas del Lago de Izabal en la costa Atlántica del país.

Una semana antes de la reunión con el Presidente, había empezado a pasar dos horas diarias haciendo ejercicios, ya que se dio cuenta que esa misión le exigiría estar en la mejor condición física de su vida.

Y mientras continuaba acercándose a la mansión, en medio de la más completa oscuridad, se benefició de la fuerza que había logrado añadir a los músculos de todo su cuerpo. Una vez más, palpó con rapidez la pistola que llevaba en la cartuchera ajustada a su pecho y casi de inmediato retomó el remo con que acortaba la distancia al primer objetivo de su misión. Intentó concentrarse pero su mente voló de nuevo a los momentos que recién acababa de vivir en el extranjero.

Quince días antes había regresado de una visita a la ciudad de México D.F., de dos semanas de duración, que utilizó para espiar al ex-gerente del Banco de Guatemala, el licenciado Pablo Ardón. En ese lapso decidió que, debido a que el ex-funcionario vivía en un moderno edificio de apartamentos que contaba con una buena vigilancia, la mejor forma de tener acceso a él, y a su hogar, era entablar una amistad con su hija, o incluso seducirla, y que fuera ella quien se lo presentara.

El ex-gerente estaba exiliado voluntariamente del país y se dedicaba a dar clases en una universidad del Distrito Federal, a la cual acudía todos los días, aprovechando un aventón que le daban dos colegas que lo recogían todas las mañanas frente a su apartamento; de modo que no le pareció viable acercarse a él en ese momento. Como tampoco por la noche, cuando los mismos compañeros lo dejaban frente al mismo edificio.

Por lo tanto se enfocó en la hija, aparentemente la única familiar que vivía con él. Según averiguó en Internet, su esposa había fallecido de cáncer estomacal casi tres años antes y su única hija le acompañó al vecino país cuando el ex-ministro recibió acusaciones por el gobierno predecesor, que era la misma administración en la cual Rodrigo había servido.

Lo que ideó, después de estudiarlos y seguirlos unos días, fue contactar a la joven en la galería de arte en donde trabajaba y poco a poco ganarse su confianza, de modo tal que, eventualmente, ella misma le invitase a su hogar y terminara presentándole a su progenitor, facilitándole, de esa manera, el acceso a los documentos o archivos electrónicos que le permitiesen recuperar el dinero que ese hombre le había robado a su país.

Y dos días antes de regresar a Guatemala dio el primer paso de esta parte de la operación. Acudió a la galería y se las ingenió para que la joven le asesorara en la compra de algunos cuadros que, fingió, necesitaba para decorar una de las casas, que acababa de adquirir, para uno de sus clientes de su negocio de Bienes Raíces.

La jovencita no sospechó nada, y él, con gran tacto y galantería, pronto se ganó su confianza, especialmente al darse cuenta de que era un compatriota.

—Mi cliente tiene raíces mexicanas, y desea adornar su nueva casa con unos diez mil o quince mil dólares de arte... —y, para animarla a colaborar con él, añadió:— ni él ni yo

sabemos mucho de arte, de lo único que él está seguro es de que quiere ver reflejadas sus raíces en sus paredes y yo que necesito ayuda para no quedarle mal.

–Entiendo. Con mucho gusto te puedo dar mis consejos. ¿Alguna vez te ha hablado de algo en específico que admire o extrañe de México?

–Pues...básicamente podría decirte que le encantan los mariachis y el fútbol.

Eso hizo reír a la joven.

–Bueno, no sé si podamos encontrar algo de fútbol... pero tenemos varios artistas que se especializan en plasmar uno o más mariachis dentro de sus cuadros. A lo mejor alguno te parezca apropiado.

–Pues me encantaría darles una miradita.

–Claro. Si me acompañas al segundo nivel...

–Vamos. Gracias. ¿Cuál es tu nombre?

–Jessica. Jessica Ardón, a tus órdenes.

–Yo soy Rogelio Mendoza, para servirte.

–¿Y cuál es el nombre de tu cliente en Guate?

–Pues... –empezó a decir pensando de prisa– no es que quiera parecerte maleducado, o desconfiado, pero es mi costumbre no revelar nada acerca de las personas que me confían sus inversiones... Disculpa.

–No, no –le respondió sinceramente, mientras llegaban al segundo nivel de los tres que formaban una de las galerías de arte más grande del país–. Comprendo perfectamente y me parece apropiado.

Pronto Rodrigo vio desfilar, frente a él, veinte o veinticinco cuadros de diferente tamaño. Todos con algo del tema mariachi dentro de las pinturas. Sus precios oscilaban entre quinientos y tres mil dólares estadounidenses. Rodrigo había planeado comprar unos diez mil dólares de mercancía, para ganarse completamente su confianza, y decidió continuar con su plan, aunque a veces tuvo la sensación de que no necesitaría nada para

poder empezar una relación más personal con Jessica. Finalmente, antes de despedirse, le confesó que regresaba a Guatemala, pero que más tarde, ese mismo mes, regresaría ya con un panorama más claro de lo que “su cliente” pensaba de lo que él había visto y fotografiado con su celular durante esa tarde.

Se despidieron con un beso en la mejilla y Rodrigo pensó que era una lástima lo que esa joven viviría dentro de pocos días, porque realmente le había simpatizado mucho. Sin embargo cada quien vive la vida que elige y debe enfrentarse a las consecuencias, y el padre había tomado decisiones que inevitablemente le impactarían negativamente; la buena vida que se estaban dando, a costillas de los guatemaltecos, pronto iba a ser sacudida violentamente.

Por fin estuvo a unos ciento cincuenta metros de la mansión del ex-presidente López Campollo, cuya estructura y periferia conocía muy bien ya que había estado anclado frente a ella durante tres días consecutivos, a bordo de tres yates distintos, utilizando incluso equipo de visión nocturna, fijándose en todo detalle posible. Tiró el ancla, se puso las pataletas y la mascarilla con el *snorkel* e intentando hacer el menor ruido posible, se lanzó al agua.

A pesar de la hora, y mientras era prácticamente arrastrado por el ingenioso aparato *Explorer X* de propulsión subacuática del que se sujetaba, la temperatura le pareció bastante agradable. Eran casi las tres de la madrugada y el ruido era casi total. El equipo humano de la seguridad del ex-presidente, compuesto por dos guardaespaldas cada turno de ocho horas, se habían retirado, igual que las noches anteriores, un poco después de la 1:30 de la madrugada, apagando las luces, confiados

en que la otra parte del equipo les avisaría si algo fuera de lo normal ocurriese.

Esa otra parte del equipo no era humana. Rodrigo sabía que encontraría a dos pastores alemanes caminando libremente en los jardines que daban a la playa. Su plan era nadar hasta el muelle, donde guardaban los botes, y allí darles la comida con somnífero a los animales y mientras éste hacía el efecto deseado, nadar hasta la parte de la playa que más cerca estaba de la residencia. Una vez adentro, esperaba lograr acceso a los equipos de computación de la casa.

Los perros ladraron durante algunos segundos, cuando percibieron que algo se acercaba al muelle, pero callaron casi instantáneamente al recibir en sus fauces el delicioso alimento adulterado. Rodrigo permaneció inmóvil dos minutos más e inmediatamente después de lanzarles otros dos bocados, y asegurarse que ambos ingerían al menos uno, con gran lentitud empezó a alejarse para volver a nadar hacia su punto de entrada.

Diez minutos transcurrieron antes de que pudiera confirmar, por medio de su aparato de visión nocturna, que, a cuarenta metros de distancia, los dos perros guardianes dormían plácidamente. Pronto se encontró de pie y terminando de quitarse las pataletas y la careta. Realizó entonces la maniobra que, esperaba, sería la más dificultosa de la noche: colocar un traje de buceo encima del que ya tenía humedecido, para no dejar rastros de agua dentro de la casa. Sólo cuando hubo concluido, empezó su lento avance hacia la residencia, alejada unos treinta metros del agua.

Se dirigió directamente a la puerta de la cocina, y se dio cuenta que tuvo razón al calcular que sería la que menor resistencia le ofrecería. En unos treinta segundos la había violado y ninguna alarma se activó, justo como sabía que sucedería, porque había visto a la esposa de López

Campollo salir de la casa dos veces después de que se activaran las alarmas.

Ya con los guantes desechables de hule puestos, entró a la casa; el aparato de visión nocturna le facilitó el camino. Sin hacer prácticamente ningún ruido, y en medio de una oscuridad total, ya que había elegido un día de luna nueva, localizó la habitación en donde dormía el hombre junto a su cónyuge, ambos empezando su octava década de vida, y, después de colocarse su mascarilla anti-gas Wilson tipo Cosmo, procedió a dejar abierto, en la mesita de noche del ex-presidente, un frasco de *éter* que se encargaría de darles una noche de descanso profundo, algo poco usual para dos ancianos como ellos.

Rodrigo tuvo la paciencia de esperar, viéndolos desde el marco de la puerta del dormitorio, durante diez largos minutos, tiempo que le dio la certeza de que podría cerrar la puerta y encender los equipos de computación que había ubicado durante su ingreso. Con un manto negro, cubrió los monitores de la computadora de escritorio y posteriormente la portátil, que descubrió en una de las gavetas del escritorio de madera, que pudo abrir tras unos cinco minutos de operación, y les introdujo el *Super Flash Drive*, un dispositivo USB que él mismo había diseñado y construido, y que era capaz de clonar cualquier computadora si se introducía antes de que fuesen encendidas.

Tras asegurarse, viendo debajo del lienzo negro, que ambas habían encendido y el *Super Flash Drive* cambiaba el color de su luz de rojo a verde, procedió a apagarlas, sabiendo que cualquier secreto que contuvieran las mismas podría ser descubierto al introducir el dispositivo *USB* en su computadora de escritorio, que tenía instalado un software que había recibido en uno de los dos cursos que siguió con el Servicio Secreto de los Estados Unidos y que, después, él y un conocido experto en sistemas habían

mejorado y modificado para que les permitiese disponer de algunas funciones adicionales que podrían parecer no muy legales.

Mientras la clonación de esos dos discos duros finalizaba, Rodrigo registró las habitaciones que más probabilidades tenían de ocultar algún papel o aparato informático que contuviesen información útil. Con sus gafas de protección de visión nocturna revisó debajo de la cama, en las mesitas de noche, las gavetas de los escritorios y de todos los amueblados que encontró. Ninguna cerradura fue rival digno de sus habilidades de cerrajero, pero nada de lo que encontró le pareció interesante o sospechoso.

Verificó incluso debajo de la almohada, el colchón y la cama, que el ex-militar no guardase algún arma con la cual protegerse. Revisó su mesita de noche para determinar si el hombre tomaba algún somnífero que pudiese dificultar su misión; no encontró nada.

No fue sino hasta que revisó los armarios con ropa que su corazón se aceleró. Reconoció una caja fuerte electrónica *SentrySafe* modelo *OA5848* de la cual, de inmediato, recordó cómo violar su seguridad. Extrajo y encendió un aparato que había conservado de su tiempo laboral en el Ministerio de Gobernación y desarmó el teclado digital, que se iluminó después de que conectara los dos cables que salían de su compacto aparato de espionaje; pronto ambos teclados estuvieron sincronizados. Con una luz especial intentó identificar las cuatro teclas que tenían la mayor cantidad de huellas digitales, lo que le diría los cuatro dígitos que utilizaba el ex mandatario para ingresar su clave, pero sólo reconoció tres, el seis, el uno y el cuatro; de modo que digitó esos tres números en su aparato y presionó la tecla con que empezaría a generar miles de códigos de cuatro dígitos, hasta que la caja fuerte reconociera el *password*, que abriría sus secretos a quien

esperaba ansioso del otro lado de la puerta de casi diez centímetros de grosor. En lo que éso sucedía, continuó recorriendo la casa en busca de algún otro escondite, aunque internamente sabía que difícilmente alguien pensaría que necesitaría de algo más si ya contaba con esa caja de seguridad. Cuando regresó a ella, quince minutos después, ya estaba abierta. Se sintió casi eufórico cuando reconoció un computador portátil y de inmediato le conectó el *Super Flash Drive*, antes de encenderla, y empezó a copiar lo que allí se encontraba. Aparte de unos Bonos al Portador, contó unos veinticinco mil dólares en efectivo. Pronto se dio cuenta que el proceso de clonación había terminado y se alegró porque el éter que emanaba de las camas, situadas a pocos pasos de distancia, estaba empezando a afectarle. Apagó la *Notebook*, retiró su aparato *USB* y dejó la caja fuerte tal como la había encontrado.

Diez minutos después de retirar el frasco de éter de la habitación, y abandonar la casa sin dejar ningún rastro de su incursión, ya estaba de nuevo remando en dirección al yate que había dejado anclado a un poco más de un kilómetro de distancia. En poco más de treinta minutos empezaría a amanecer. Los perros empezaban a moverse pero no podrían empezar a caminar hasta después de otro buen rato. Habían sido casi tres horas de continua tensión y cuando estuvo preparado para meterse de nuevo al agua, y dejar que su *seascooter* lo arrastrase hacia su *kayak*, se sentía totalmente exhausto.

CAPÍTULO VIII

Rodrigo resistió la tentación de revisar los archivos que sustrajo de la computadora del ex presidente López Campollo. Por tanto tiempo que demoró el *download*, sabía que había clonado muchos *gigabytes* pero ignoraba de qué clase de contenido se trataba. Había estado tentado de incluir en la programación del *Super Flash Drive* un filtro para que se ignoraran los archivos de sonido y video, pero finalmente eligió clonar los discos duros de forma idéntica al original.

Hacía doce horas que había regresado de *Izabal* y aparentemente su misión había sido llevada a cabo con todo el cuidado necesario. El día siguiente de su incursión ancló el tercer yate que alquiló durante su estancia, casi todo el día, frente a la mansión del ex presidente; y estuvo observando casi doce horas; no percibió absolutamente nada fuera de lo normal. El ex-presidente y su esposa salieron a caminar a media mañana y a media tarde, como parecía ser su costumbre, y no hubo ninguna modificación al sistema de seguridad. Lo cual le alegró mucho, porque una vez que lograra identificar exactamente cómo y en dónde tenía guardada su fortuna, debería regresar y concluir con esa parte de la misión.

Ahora ya se sentía lo suficientemente descansado para sumergirse dentro de los millones de unos y ceros que descansaban en la memoria *USB* a la que tantas y tantas horas de trabajo le había dedicado desde hacía ya tantas semanas.

Cuando introdujo su dispositivo dentro de la computadora *Windows* que tenía preparada para ese fin, vio con alegría cómo el *software* de la *PC* reconocía perfectamente al *Super Flash Drive* y procedía a desplegar en su monitor las ventanas que le permitirían analizar e ir descartando uno por uno los archivos que podrían contener

la información que le serviría para rastrear el dinero que había sido robado ya hacía tantos años.

Decidió concentrarse inicialmente en la computadora que aparentemente López Campollo más valoraba, la que encontró escondida dentro de la caja fuerte. La seleccionó del menú de Discos Duros que se le desplegó y se concentró en ella. En pocos minutos estaba totalmente decepcionado; básicamente se trataba de un computador en donde no había otra cosa que pornografía hispanoamericana. Cinco películas en total; ningún archivo oculto.

CAPÍTULO IX

Le tomó tres días identificar el *password* que el ex-presidente utilizaba para su cuenta de *Hotmail*, lo cual le alegró muchísimo porque, después de casi ocho horas de analizar los discos duros clonados, no había encontrado absolutamente nada que pudiese orientarle acerca del dinero robado.

Encontró un archivo *.txt* con algunas palabras tipo *password* en un documento sin ninguna importancia aparente. Entendió que debían ser muy antiguas, por las fechas de creación y modificación, pero allí fue donde encontró dos cuentas de correo electrónico que parecían valer oro. Los *password* no funcionaron pero, dos días después, logró deducir una palabra que había sido utilizada muchas veces de manera independiente. Sin embargo, igual que había hecho con los *password* anteriores, debería comprobar si aún estaban activas, pero desde una computadora con conexión a internet desde donde no importaría que algún día realizaran un rastreo en caso de que alguien sospechase de un acceso ilegal y no autorizado a las mismas.

Condujo su *Mitsubishi Eclipse* blanco hasta un centro comercial de bajo perfil ubicado en la zona 5. Se estacionó en un apartado remoto, donde sabía que estaba fuera de cualquier vigilancia de vídeo y, con su rostro oculto por una gorra y unos grandes lentes oscuros, caminó cuidando de no dejarse grabar por ningún sistema de monitoreo. Entró en un café internet de mucha sencillez, solicitó una máquina por treinta minutos, dio un nombre falso y pagó en efectivo.

Se sentó frente al computador y ¡bingo! Logró entrar a la cuenta de correo electrónico del ex-presidente López Campollo. Poco a poco fue analizando los correos recibidos y enviados, husmeó dentro de todas las carpetas

personales que habían sido creadas y finalmente, en la papelera de reciclaje, encontró un correo tipo *spam* que provenía del sitio web del *Swiss National Bank*, escribió el correo electrónico e intentó, sin ningún éxito, con el mismo password de *Hotmail* y algunas variaciones lógicas.

Podría estar frente a lo que necesitaba. Antes de alertar al sistema de protección de sus intenciones, intentó informar, utilizando un nombre de correo electrónico ficticio pero real, que había olvidado/perdido su *password*, pero el software le informó que, por razones de seguridad, la única forma de recuperar acceso a su cuenta era comunicarse por teléfono para que una persona se encargara de verificar su identidad. De modo que pensó que había llegado a un callejón sin salida. Pero quizá no necesitaría nada más. Ahora conocía la cuenta de correo que la entidad bancaria tenía registrada, sabía cuál era el sitio web y sólo le faltaba poner una pistola en la cabeza del ex-presidente para poder ingresar a la cuenta secreta e iniciar la transferencia de dinero de vuelta a las arcas de su país.

Sin embargo eso debería de esperar un poco más. Tenía un boleto de avión para dentro de dos días con destino a México D.F., para avanzar un poco más en su relación con Jessica, la hija de la persona cuya firma aparecía en los dos billetes de veinte quetzales que llevaba en su billetera, el ex-gerente del Banco de Guatemala, el Licenciado Pablo Ardón.

CAPÍTULO X

El Britania Pedregal es uno de los clubs más modernos y conocidos del Distrito Federal; sin tener una apariencia de gran lujo, era lo suficientemente exclusivo para impresionar positivamente a la joven. Rodrigo llegó más de dos horas antes de lo que había acordado con Jessica, ya que le había dicho que era socio del club y que le gustaba mucho. La verdad es que nunca había puesto un pie allí, pero logró que le autorizaran un pase de un día y llevar un invitado; como quería asegurarse de que iba a gozar de los mismos privilegios que un socio normal, durante esas veinticuatro horas, había aceptado pagar un poco más de quinientos dólares para disfrutar de ese Domingo.

Durante esos momentos previos a la llegada de la chica, recorrió todas las instalaciones del club y se familiarizó con el sistema de alquiler de equipo, canchas y cuál es la mecánica para utilizarlas, además dónde quedaban todos los servicios adicionales como gimnasio, *spa*, masajes, clínica, servicios sanitarios, cafetería, vestidores y piscina.

El día anterior había llegado a la Galería de Arte de manera muy puntual y después de dos horas de amena charla, había decidido adquirir ocho pinturas de variados diseños y acordó que se los enviaran a su hotel en una de las zonas más exclusivas de la ciudad.

Durante su conversación, Rodrigo pudo captar un dejo de tristeza en la bella muchacha y con mucho tacto fue capaz de obtener casi una confesión de su estado sentimental. Inicialmente sólo le confirmó que la muerte de su madre, hacía poco más de un año, aún la tenía muy triste. Y después de una media hora de conversar sobre temas muy variados, Jessica le reveló que recién acababa

de tener una ruptura amorosa que le estaba aún doliendo mucho.

Al final de la tarde, Rodrigo sacó los veinte mil dólares en efectivo y la invitó a su club de tenis al día siguiente. Después de sólo unos pocos segundos de vacilación, la joven aceptó cuando él la convenció diciéndole que estaba seguro que un poco de distracción le haría mucho bien.

Cuando Jessica llegó al club, él ya era capaz de desenvolverse como cualquiera de los más veteranos miembros del mismo; lo cuál era muy bueno porque le había dicho a Jessica que, desde hacía más de cinco, años viajaba cada uno o dos meses a México en visitas de negocios.

Como habían acordado, ella le llamó a su celular cuando estuvo dentro del estacionamiento y él salió a esperarla a la recepción. Rodrigo se impresionó de su belleza. Él apenas le llevaba un par de centímetros de altura y el viento hacía que su larga cabellera, casi rojiza, ondulara graciosamente sobre su esbelto cuerpo. Había llegado vestida lista para jugar: *shorts*, blusa blanca y tenis rosados. De su hombro colgaba una mochila deportiva blanca de regular tamaño. Cuando lo vio, se retiró los lentes oscuros y le sonrió con gran amabilidad, contenta de verlo. Se saludaron como si estuvieran en su país, con un beso al aire mientras se tocaban las mejillas derechas.

–Me alegro que hayas venido –le saludó.

–Gracias por la invitación. Lo pensé mucho y creo que tienes razón, necesito distraerme un poco.

Entraron juntos a la recepción y él la llevó hasta el escritorio de ingreso. Le pidieron sus datos personales y le extendieron un *carpet* temporal para que pudiera utilizarlo como si fuera socia. Después se dirigieron hasta el área de las canchas y de inmediato pudieron ingresar a una de las que estaban disponibles.

Ella lo sorprendió con sus condiciones atléticas. Obviamente acostumbraba a hacer ejercicio, y la condición física de Rodrigo hacía mucho que no estaba en un nivel tan alto como ese día. Estuvieron intercambiando raquetazos, sin preocuparse del marcador, durante más de media hora. Reían de sus bromas y Rodrigo, poco a poco, empezó a sentirse más incómodo por la lucha que empezó a gestarse en su interior: una parte de él le decía que no debía pasarla tan bien junto a ella y, por el otro, se esforzaba por agraderle y ganarse su confianza lo más pronto posible. Le hacía sentirse terriblemente mal el conocer anticipadamente el hecho de que pronto tendría que poner una bala dentro del cráneo de su padre y ella quedaría completamente sola.

Con su rostro enrojecido por el radiante sol de mediodía, ella le pidió un receso para tomar alguna bebida. Llevaron sus raquetas y pelotas y se sentaron en una mesa, a la sombra de una inmensa sombrilla, con sus blancas toallas a los hombros.

—Hacía mucho que no me divertía tanto —le dijo ella sin poder ahogar una risita.

—El tenis es divertido, cuando se juega por placer.

—Sí, que bueno que no eres de esos que se aburren si no llevan control de los puntos de cada quien.

—Éso lo hace más emocionante, sin duda. Pero no es indispensable.

—No, no lo es.

Había pocas personas en esa área a pesar de ser un sábado. Más de algún caballero tuvo dificultades desviando la mirada después de haberla enfocado en ella, a quien éso parecía no importarle.

—Que bueno que no trabajas los fines de semana.

—No, sí trabajo. Tengo que estar en la galería los sábados en la mañana —y ante la mirada confusa de Rodrigo, ella añadió:— Hoy pedí permiso.

–¿Pediste permiso para encontrarte conmigo? –le preguntó sorprendido.

–Sí.

–Pues me siento halagado.

–Es que me invitaste con tanta amabilidad... y como he estado algo apagada... creo que me contagié fácilmente de tu entusiasmo.

Después de unos segundos de pausa, durante los cuales les sirvieron las naranjadas con soda que habían ordenado, él continuó la conversación:

–¿Extrañas mucho a tu mamá?

–Sí. Muchísimo. Cada minuto del día... –después de una pausa, en que se armó de valor para continuar hablando sin llorar, agregó:– Éramos muy unidas. Además siento como que me la robaron. Me da mucha cólera.

Rodrigo quiso preguntarle por qué, pero prefirió esperar un minuto más para que ella continuara:

–Mi papá trabajó en el Banco de Guatemala por casi veinticinco años. Pero lo acusaron feamente de haber robado. Sus enemigos, a quienes él les bloqueó unos actos ilícitos que deseaban realizar, inventaron acusaciones falsas y hasta consiguieron testigos... Le dijeron que tenían pruebas en su contra.

>> Nosotros sabíamos que nada de eso era cierto, y él se hubiese quedado para defenderse, pero entonces entró el nuevo gobierno y esos mismos enemigos se quedaron en unos puestos de poder. Tuvimos que dejar toda nuestra vida, de la noche a la mañana, y nos venimos para acá. Mi mamá nunca fue la misma. Todo ese asunto le afectó muchísimo. Estoy segura que el cáncer sólo fue un reflejo de lo que vivía en su alma.

–Qué lo lamento... es una cochinidad eso de la política.

–Sí. La verdad: que es decepcionante.

–¿Y tu papá trabaja mucho?

–Sí, pero no al mismo ritmo que cuando estábamos en Guate. Ha bajado un poco las revoluciones; y me alegro.

–¿Y trabaja todos los días? –prosiguió con su interrogatorio al haber recordado que esa reunión era principalmente para averiguar información que pudiera usar contra su progenitor.

–No. Los Martes por la tarde tiene libre.

–¿Y se dedica a alguna actividad diferente a su cátedra?

–Fíjate que no. Aunque sería buena idea que encontrara algo. En Guate le gustaba mucho el aeromodelismo. A lo mejor lo convengo de que lo intente de nuevo... un día de estos –y muy de repente, cambió de tema:– ¿Y hasta cuándo estarás por acá?

–Esta vez no mucho. Lunes, martes y miércoles... tengo que entrevistarme con unos clientes que están buscando Bienes Raíces en Centro América; jueves vuelo de regreso.

–Y por las noches...¿No tendrás tiempo de que vayamos a ver alguna película o algo así? Hubo un tiempo en que todas las semanas veía hasta dos, y hace muchos meses que pienso que me gustaría volver a hacerlo.

–Me encantaría mucho, Jessica. Por supuesto. ¿Martes te parece bien?

–Sí, fantástico. Gracias.

–Será un honor, la verdad es que me simpatizas muchísimo.

–Sí. Tú también me caes bien –y como si el haber dicho eso la hiciese sentir incómoda, de nuevo volvió a huir prosiguiendo con el tema inconcluso:– Mi papá tuvo que vender nuestra casa cuando lo de mi mamá... Pero ha estado deseando comprar una o dos casas para alquilarlas en Guate, que le den unos mil dólares al mes de renta... ¿Tú podrías ayudarle con eso?

–Me encantaría hacerlo. Ahora que vuelva, déjame ver qué le encuentro para poder ofrecérselo cuando regrese. ¿Te parece?

–Te lo agradeceré muchísimo. Le conté de ti y él fue quien me pidió que te preguntara.

Después de consumir la mitad de sus bebidas, regresaron veinte minutos más a la cancha y después fueron a sus respectivos vestidores para cambiarse y ducharse. Almorzaron juntos allí mismo, y, cuando estaban a punto de despedirse en el parqueo, como a las tres de la tarde, Rodrigo se sorprendió a sí mismo al verse dominado por un fuerte impulso de continuar con ella:

–¿Y estarás muy ocupada... como para que fuésemos al cine hoy?

Jessica sonrió agradecida. Y luego hizo un gesto muy leve de frustración.

–Me encantaría... pero fíjate que no me gustaría dejar todo el día a mi papi solo. Él también extraña mucho a mi mamá y sé que le ayuda que esté con él, aunque sea sólo la mitad de un día tan largo como hoy. Pero si no, me encantaría poder ir al cine contigo.

CAPÍTULO XI

Al día siguiente, lunes por la mañana, Rodrigo decidió que no le convenía tener esa cita con la muchacha. La llamó, dándose aun más importancia, y la canceló diciéndole que sus clientes le habían pedido que los acompañara a Querétaro a ver un condominio. Como ya tenía programado su vuelo, dedicó esos tres días a una inmersión remota total en los sistemas de bases de datos a los que Don Lázaro le había dado acceso. Había enfocado su concentración y esfuerzos en el ex-presidente Antonio Hurtarte, quien estuvo al frente del poder, de manera abusiva y casi dictatorial, durante el último lustro del siglo anterior y había sido derrocado por un golpe de estado a pocos meses del final de su período democrático y constitucional. Para evitar un derramamiento de sangre, los generales que impulsaron el movimiento para arrebatarle el poder le habían ofrecido la opción de exiliarlo a Panamá si firmaba su renuncia. Don Antonio Hurtarte no desaprovechó la oportunidad que le ofrecieron, de salir impunemente de Guatemala, ya que había trasladado a cuentas del exterior muchos millones de dólares que le permitirían vivir como un rey durante el resto de su vida.

Después de casi una década, los panameños habían llegado a aceptarlo, aparentemente sin creer ninguna de las acusaciones que le acompañaron en su salida de Guatemala. Porque no era poco común verlo retratado, junto a su nueva esposa, en las páginas sociales del periódico *La Estrella*. Se le reconocía por ser dueño de un importante porcentaje del equipo *Panamá Metro* de beisbol, el club con más trofeos de campeón de la historia, y accionista mayoritario del *Plaza Amador*, un importante equipo de la liga de fútbol *soccer* panameña. Asimismo tenía fama de ser muy solidario, ya que no eran pocas las

obras de caridad que recibían, eventual y oportunamente, importantes cantidades de dinero salidas de su bolsa.

De sus investigaciones, Rodrigo concluyó que no eran menos de ciento quince millones de dólares estadounidenses los que él había desviado durante los últimos dieciocho meses de su presidencia. Una vez establecido en Panamá, y con una inmensa fortuna a su disposición, se dedicó a bloquear exitosamente cuanto intento de extradición se insinuó en su país. Y pocos años después, parecía que casi todo el mundo se había olvidado de él; pero pronto Rodrigo haría todo lo posible para que volviera a ser noticia.

Cuando ese cálido Sábado del mes de Mayo aterrizó en la ciudad de Panamá, a primeras horas de la mañana, habiendo volado desde la ciudad de Guatemala, ya casi había cerrado, por medio de Internet, el trato para el arrendamiento de una confortable y amplia casa localizada en la misma área residencial donde el ex-presidente Hurtarte había decidido vivir. La renta era de casi dos mil dólares al mes, pero Rodrigo esperaba que, aunque firmaría un contrato de un año, ese pago inicial fuera el único que necesitaría desembolsar.

Con lo que no había tenido mucha suerte era rastreando remotamente las cuentas bancarias. Había descubierto, y eso era algo que sospechaba sólo él sabía por ahora, que tenía una importante participación en la fundación del Casino Central Plaza, uno de los más modernos y lujosos centros de apuestas de Sudamérica.

Cuando se reunió en la casa con el arrendatario, no pudo causarle mejor impresión al empresario panameño. Le presentó sus papeles oficiales, un pasaporte guatemalteco bajo otro nombre y múltiples entradas ficticias a los Estados Unidos. Durante su conversación, tuvo que decir que una importante farmacéutica planeaba

abrir pronto sus operaciones en el país y lo habían contratado para empezar a abrir la brecha que les permitiera expandirse desde Guatemala. No desaprovechó la oportunidad para informarle que, debido a su puesto y a la calidad internacional de la empresa, debería viajar mucho; de esa manera no le parecería sospechoso el que la casa estuviese desocupada la mayor parte del tiempo.

Le extendieron el contrato con toda confianza, agradecidos de haber recibido tanto el pago por el primer mes como un depósito por la misma cantidad. En cuanto el arrendatario se retiró, con el contrato firmado y el dinero en efectivo, Rodrigo estuvo contento de poder arrancarse el traje azul y la corbata que le habían estado apretando el cuello durante las últimas tres horas.

Sólo hubo algo que le inquieto, aunque estuvo consciente que probablemente era un sentimiento totalmente infundado, y fue el comentario del dueño de la casa cuando le dijo: “y le comento que será vecino de su ex-presidente”. Rodrigo no quiso comentar nada, únicamente arqueó las cejas con un gesto de impotencia y de inmediato desvió hábilmente la atención del arrendatario. Calculó que eran mínimas las posibilidades de ser reconocido gracias a los documentos falsos que le amparaban.

De inmediato procedió a desempacar en su nueva “residencia”, y apenas pudo esperar para armar el telescopio de espionaje que recientemente había adquirido; pronto lo colocó en la esquina de la habitación más pequeña del segundo nivel. Desde allí, y a través de su amplio jardín, tenía una visión muy buena de la mayor parte del terreno verde y de construcción que conformaba la residencia de uno de los más nefastos mandatarios que su país había tenido en la historia moderna.

CAPÍTULO XII

Tres días después se había convencido de lo que había temido: la residencia del ex-presidente estaba custodiada, prácticamente las veinticuatro horas del día, por al menos dos guardaespaldas. Asimismo logró identificar un moderno sistema de vigilancia por medio de cámaras y con una alarma siempre activada, que le harían casi imposible el poder incursionar en esa casa, de la misma manera a como había hecho en Izabal.

Por fin logró encontrar una debilidad: el sistema de conexión a Internet era alámbrico y el sistema de cableado estaba accesible sin mucha dificultad. Rodrigo pensó, que si lograba conectarse de alguna manera al cable que llegaba a la residencia, podría ser capaz de encontrar, en las comunicaciones que entraban y salían de allí, algo que pudiera poner al descubierto alguna pista que le permitiera definir un plan para llevar a cabo su misión.

De modo que se puso a trabajar en un aparato de transmisión remota que fuera capaz de retransmitir, de manera nítida y fidedigna, cualquier señal digital que lo atravesara.

Una calurosa tarde de martes estaba concentrado en su minucioso trabajo manual, cuando algo del noticiero,, que tenía sintonizado en su televisor le llamó la atención: un comentarista, después de la presentación musicalizada de “Noticias Internacionales”, empezó a hablar del gobierno guatemalteco...

“En Guatemala, el nuevo presidente de la nación, ha empezado a encontrarse con dificultades en sus intenciones de organizar el gobierno según su criterio, cuando grupos en “pro” de los derechos humanos han organizado una manifestación a la que asistieron no menos de siete mil personas y que se ha

llevado a cabo frente al mismo Palacio Nacional. La decisión que ha motivado tal pronunciamiento, ha sido el nombramiento como Vice-ministro de Gobernación, a uno de los ex-directores de la Policía Nacional Civil durante el gobierno del período 2004-2007, Rigoberto Mijangos, a quien se le ha acusado, en reiteradas ocasiones, de haber secuestrado, torturado y asesinado a ciudadanos de ese país. Tiene pendientes más de cinco acusaciones que lo vinculan al narcotráfico, lavado de dinero y haber creado y dirigido una banda de limpieza social paralela a su equipo oficial.

Asimismo la desaparición del periodista Raúl Abendaño, del matutino El Periódico, uno de los medios impresos de mayor importancia en ese país, arroja una sombra negra sobre el gobierno de Don Lázaro Barrientos, ya que tal investigador había publicado acusaciones en contra de dudosos manejos de fondos por parte del actual Ministro de Finanzas. Ni el presidente, o su vocero oficial, estuvieron disponibles para comentarios al respecto.”

Le tomó una semana terminar de afinar su dispositivo. Logró realizar varias pruebas con el servicio de cable que contrató para su residencia y una noche, completamente vestido de negro, salió a la calle dispuesto a instalarlo.

Como se imaginaba, no le resultó difícil en absoluto. Sólo interrumpió el acceso a Internet durante menos de treinta segundos, y precisamente por eso fue que había decidido hacerlo a las tres de la mañana, horario en que, sabía, todos dormían en el interior y el vigilante que hacía su ronda en bicicleta, en esos momentos, estaría lejos de esa calle.

Gracias a las horas de entrenamiento, a los que se sometió durante los días previos, no tuvo dificultades trepando el poste desde donde salía el cable; una vez arriba, y sujetado firmemente, cortó el cable. Con prontitud conectó ambos extremos a unos adaptadores y los enchufó con rapidez a la diminuta caja, de la cual salía una apenas visible antena y, gracias al fuerte magneto que le había instalado, logró dejarla firmemente adherida al poste de metal de la empresa de cable. Sabía que lo primero que debería hacer, cuando volviera a regresar a Panamá y antes de entrar a su casa, era asegurarse de que su equipo no hubiese sido descubierto. Bajó del poste con el doble de velocidad que el ascenso; quince segundos después estaba de regreso en su jardín.

Al ingresar a su sala encendió inmediatamente el aparato receptor y revisó el monitor de la computadora. Aunque sabía que probablemente no captaría nada, se sintió decepcionado al ver que no se realizaba, en ese momento, ningún tipo de transmisión. Sin embargo su sistema de espionaje empezó a grabar para que quedase registrado todo lo que se transmitiera a través de ese cable. Sabía que quizá el presidente podría tener también acceso a Internet por medio de un módem inalámbrico, pero tuvo la esperanza de que aprovecharse el gran ancho de banda, que tenía arrendado, para realizar con rapidez sus transacciones comerciales.

A la mañana siguiente pudo ver con satisfacción cómo el disco duro de diez terabytes había empezado a registrar transmisiones cibernéticas y, cuando tomó sus maletas para dirigirse al aeropuerto, se marchó con la tranquilidad de que todo lo que atravesara la línea durante los próximos días quedaría registrado para ser analizado a su regreso.

CAPÍTULO XIII

El día había llegado; de nuevo se encontraba hospedado en un modesto hotel de la ciudad de Flores, Petén; la bella ciudad-isla rodeada del inmenso y bello lago de Flores. Eran ya semanas las que habían transcurrido desde que había llegado mentalmente a aceptar, como un hecho, todas las partes de su operación; incluso el asesinato. Durante los primeros días de la misión había llegado a la decisión de que no daría ningún paso hasta que hubiese aceptado internamente, sin la menor sombra de duda, que, cuando llegara el momento, ni siquiera consideraría la posibilidad de perdonar la vida de su objetivo. Conocía como un hecho el que cuando un ser humano, incluso sin darse cuenta de ello, rechaza alguna de las partes de su misión, su inconsciente trabajará, de manera efectiva, para sabotear alguno de los pasos en su camino al éxito. Y ése era un riesgo que él no podía correr, porque podría resultar en la pérdida de su libertad o incluso de su vida.

El alcanzar el estado de paz interior que buscaba, le resultó más difícil de lo que imaginó inicialmente. Después de mucho esfuerzo mental se dio cuenta que se le dificultaba mucho más el racionalizar el acto de homicidio que debía ejecutar porque, a diferencia de las primeras dos ocasiones en que había “tomado” la vida de alguien, ahora su mente racional le decía que en realidad no era indispensable el asesinar para recuperar el dinero robado. Y, si de castigar se trataba, sabía que la justicia era un aspecto de la vida por el que a él no le correspondía, ni le interesaba, preocuparse. Redobló el ataque a sus pensamientos hasta que fue capaz de creer que el evidenciar que se asesinaba como un castigo por haber robado al país —porque tarde o temprano a alguien le iban a parecer sospechosos los suicidios de los ex-mandatarios—,

serviría, en efecto, como un disuasivo para que nadie en el futuro se atreviera a volver a hacerlo sin saber a lo que se arriesgaba.

Por eso estuvo trabajando las últimas semanas sin ninguna prisa. Todos los días daba un paso hacia su objetivo, pero sin apresurarse. Por eso, quizá inconscientemente, había pasado tantas horas disfrutando de la compañía de Jessica, aunque luego de despedirse de ella había sentido náuseas reales cuando se daba cuenta que muy pronto ella lo odiaría más que a ningún otro ser humano sobre el planeta.

De modo que ese día, cinco de junio del dos mil doce, Rodrigo sabía que sería el último en la existencia del ex-presidente López Campollo. Dentro de pocas horas cegaría la vida de uno de los hombres que más deuda tenía con su país. ¿Qué tan mejor estaría Guatemala si en su gobierno no se hubieran dedicado a robar millones y millones de dólares...? Eso era algo de lo que quizá nunca llegaría a estar seguro. Pero tampoco dudaba que lo que ese hombre había hecho constituía una atrocidad. Un acto de crueldad humana que había afectado a tantos miles y miles de personas, en el pasado, en la actualidad y en el futuro, el cual, sinceramente, no debería ser castigado con nada menos que la muerte.

Y él era realmente el único instrumento con que contaba el tan precario sistema de justicia de su país. Él era la única persona que podría, no sólo castigar justamente semejante delito, sino que, además de sentar un precedente con el potencial de evitar similares actos en el futuro, era la única posibilidad con que contaba Guatemala para recuperar parte del dinero que le habían robado a su futuro.

Vio su reloj y se enteró que eran las diez de la noche. Llevaba ya más de dos horas visualizando, recostado en su cama, cada paso de la operación de ese día e imaginándose diferentes escenarios y viéndose manejando todos los

imprevistos de manera satisfactoria, lo que le hacía, cada vez con mayor intensidad, sentir todas las sensaciones positivas que experimentaría en el caso de que de verdad llegara todo a resultarle bien. Sabía qué haría en caso de que los perros no pudieran ingerir el somnífero, o en caso de que no pudiese ingresar con la misma facilidad a la residencia, o cómo respondería si fuese sorprendido por alguno de los agentes de la SAAS, el cuerpo de seguridad al que todos los presidentes y ex-presidentes tienen derecho de forma vitalicia.

Decidió dormir un par de horas. La hora de salida estaba programada para las dos de la mañana. Una hora después debería estar dentro de la casa, listo para poner a dormir a la esposa de López Campollo, y darle los buenos días al ex-presidente.

CAPÍTULO XIV

El clima de mediados de año le facilitó mucho la sumersión y el acercamiento al mismo punto que la primera vez. Volvió a dejar su *kayak* más o menos en el mismo punto y los perros se acercaron curiosos igual que la vez anterior. Les lanzó el alimento con el somnífero y volvió a esperar pacientemente mientras lo consumían.

Las dos noches previas, en que había estado espiando el *chalet* desde un yate, para asegurarse que nada en los procedimientos de seguridad había cambiado, comprobó que la misma rutina de la primera incursión podría brindarle el mismo éxito. De modo que el plan era básicamente el mismo.

Cuando pudo comprobar visualmente que los animales estaban ya inconscientes, empezó a movilizarse dentro del agua con una gran lentitud; cinco minutos después sacó el traje seco de su bolsa y se lo colocó. Todo empezaba según lo planeado.

Esa vez avanzó con mucha mayor lentitud, quizá debido a la confianza que le proporcionaba el saber que ya antes había logrado entrar y salir sin ningún contratiempo. Quizá le tomó cinco minutos estar de nuevo frente a la puerta de la cocina. Cuando llegó ya llevaba sus instrumentos para violar la puerta en la mano. Se arrodilló y esta vez logró abrirla incluso más rápido que la primera vez.

La cerró tras de sí y guardó silencio un poco menos de tres minutos, lo suficiente para esta completamente seguro que no había ningún ser humano despierto dentro de la casa. Caminó hasta donde la habitación principal, ya con sus lentes de visión nocturna en funcionamiento, y, después de un minuto de observar la otrora pareja presidencial, y ya con la pistola en una mano y el frasco de éter en la otra, se fue acercando al lado de la casi anciana mujer,

prácticamente como si fuese una escena en cámara lenta, lo que fue facilitado por los ejercicios de *Tai Chi* que llevaba realizando desde hacía tres semanas, y una vez junto a la mesita de noche, volvió a convertirse en una estatua humana por otros dos minutos.

En cuanto tuvo la certeza de que estaban profundamente dormidos, colocó el revólver sobre la mesita y humedeció el pañuelo con el que pensaba poner fuera de la ecuación a la esposa del ex-presidente. Cerró el frasco, dejándolo sobre la mesita, y con un movimiento lento, acercó la tela a la nariz de la ex-Primera Dama y la dejó olerlo directamente, quizá durante un minuto. Después de eso lo colocó directamente sobre su nariz y lo dejó allí mientras medía las pulsaciones de la mujer. Un minuto después lo retiró, con la certeza de que nada en este mundo podría despertarla antes de quince minutos.

Inmediatamente tomó su arma, la apuntó a la cabeza de la mujer y acercó su mano al interruptor de la luz en la mesita de noche de la pareja del ex-presidente; listo para sacar de su sueño al ex-mandatario más corrupto de Guatemala, y de quien tan pocas pruebas en contra habían sido capaces de recolectar, en el pasado, las instituciones dedicadas a la investigación policíaca en la nación.

—Don Rómulo —inició susurrando. Y, de manera calculada, continuó alzando la voz cada vez un poco más, sin saber cuál sería el volumen de su voz que lo despertaría:— Don Rómulo... ¡Don Rómulo...! ¡¡Don Rómulo!!

Poco a poco, el sexagenario hombre empezó a salir de su sopor y entró a la realidad. En ese momento Rodrigo encendió la luz y le habló a gritos:

—¡Si se mueve mato a su mujer, ahora mismo!

Rodrigo sabía que debía ser muy precavido con el ex-militar. A pesar de su edad, sus años de entrenamiento podrían convertirlo en un rival de riesgo.

Pasó quizá un minuto en lo que Don Rómulo se tornaba totalmente conciente de la situación. Vio a Rodrigo con su máscara pasamontañas e instantáneamente supo que probablemente no lo mataría. Vio la pistola colocada a escasos milímetros de la frente de su esposa y decidió esperar y seguir las instrucciones que, sin duda, recibiría en un momento.

Cuando Rodrigo estimó que estaba lo bastante conciente, procedió a darle sus indicaciones:

–Lentamente, quiero que se levante. Póngase sus lentes, las pantuflas y siéntese en esa silla –dijo señalándole la silla de madera frente al amplio escritorio– y no intente ninguna locura. O su esposa se muere.

El hombre se levantó con gesto de fastidiado, se colocó los anteojos, metió los pies en las pantuflas y, con su amplia pijama blanca y de rayas azules, caminó como se le ordenó y se sentó. Una vez allí, fijó su mirada en la mujer.

–¿Qué le hizo? –quiso saber.

–Sólo está durmiendo, no se preocupe. Nada va a pasarle a ella –y, mientras le colocaba un silenciador a su pistola, añadió:– por otra parte, lo que le suceda a usted dependerá únicamente de qué tan bien siga las instrucciones que le daré.

Sin dejar de apuntarle, se dirigió al armario en donde, sabía, estaba la caja fuerte cuya combinación había memorizado. Se puso de rodillas, retirando la vista sólo durante un par de segundos a la vez, y en poco tiempo tuvo en sus manos la computadora portátil que allí estaba escondida. Intentó que el anciano no notara que también había tomado el viejo revólver cargado que estaba en la caja fuerte y lo guardó en su espalda, asegurándolo con el cincho que usaba sobre el traje y que a la vez sostenía la bolsa con todo el material que Rodrigo calculó que podría

necesitar durante la operación, incluyendo una tolva adicional con catorce proyectiles.

–Vamos al estudio –le dijo haciéndole señas con su arma de que se moviera.

Una vez que el hombre cruzó la puerta de la habitación, Rodrigo encendió la luz detrás de él y lo empujó con cierta consideración en dirección al amplio y antiguo escritorio.

–Siéntese y mantenga las manos donde yo pueda verlas.

–¿Qué es lo que quiere?

–Que haga lo que le digo... Y nada más.

Con gran cautela, y sin dejar de amenazarle con la pistola, le colocó la *laptop* enfrente.

–Ábrala y enciéndala –le ordenó.

Notoriamente disgustado, el ex-presidente hizo lo que se le pedía. Un par de minutos después, la computadora estaba esperando instrucciones.

–Vamos a visitar su banco de Suiza.

El presidente le miró con gran sorpresa.

–Empiece.

–No sé de qué me está hablando...

Rodrigo apuntó en dirección a su habitación mientras le decía:

–Vuelve a mentirme y su mujer se muere. Y si volviera a hacerlo, usted.

Inmediatamente puso una hoja de papel frente a él y el hombre no tuvo dificultades leyendo el nombre del banco y de inmediato reconoció el número de cuenta. Dándole tiempo a recuperarse, añadió, señalando con la punta de la pistola, el ícono que había sido instalado con el software que el banco da a sus clientes:

–*Doble click* aquí, rápido.

Sin salir de su asombro, hizo exactamente eso y, después de unos cinco segundos, apareció una ventana con

su nombre de usuario solicitándole que digitara un código personal y un *password*. Al ver su vacilación, Rodrigo le dijo:

–Va a matar a Doña Mildred si no se apresura.

Rodrigo vio con satisfacción cómo el hombre procedía a completar su *login* en el banco y, por encima de su hombro, reconoció el *link* que le permitiría ver qué cantidad de dinero tenía allí escondido.

–Haga *click* donde dice *saldo*.

Lo que vio, luego de que Don Rómulo le obedeciera, lo dejó sin aliento: cuarenta y cuatro millones de dólares. Cuando se recuperó, le mintió:

–Vamos a trasladar cien mil dólares a otra cuenta de ese mismo banco. Ahora haga *click* en *transacciones*.

Y esperó hasta que tuvo frente a sí las opciones. Al identificar la que necesitaba, le ordenó, mientras trasladaba una de las sillas colocadas frente al escritorio casi al centro de la habitación:

–Siéntese aquí. Desde este punto ya no necesito de su ayuda. Así que si intenta algo, lo mato sin vacilar.

Se retiró y lo vio obedecerle. Rodrigo estaba un poco sorprendido al darse cuenta de la facilidad con que todo estaba resultándole.

Una vez seguro de que el hombre estaba inmóvil, donde él lo quería, colocó el arma a un lado de la computadora y, después de dedicarle una mirada amenazadora, procedió a iniciar la transacción.

Sacó un papel emplastado de su bolsa y copió de éste el número de cuenta, nombre del banco y el código necesario para mover todo ese dinero hacia su dueño legal, el Estado de Guatemala.

Cuando llegó el momento de indicar la cantidad a transferir, vaciló unos pocos segundos pensando cuánto de ese dinero pertenecería legalmente a esa pareja. Decidió dejar medio millón de dólares en la cuenta. Y después de

digitalar con cierta incomodidad, debido a los guantes de caucho que usaba, con un *click* transfirió US\$ 43.790,000.00 a la cuenta de banco que Don Lázaro le proporcionó.

Realizó la rutina obligatoria para salir de los dominios del banco y reinició la computadora. Mientras el sistema volvía a arrancar, guardó los datos escritos y tomó el arma. Una vez pudo hacerlo, abrió el software Word de Microsoft y, en una hoja en blanco, procedió a teclear la nota de suicidio que había memorizado; racionalizando el cargo de consciencia por sus actos como mandatario que habían ensombrecido su vida como ex-presidente. Cuando terminó, tomó el arma con la mano izquierda y llevó la derecha hasta sentir la culata de la pistola con que el otro hombre se “suicidaría”.

Se levantó y le indicó a Don Rómulo que ocupase esa silla, sin dejar de apuntarle. Don Rómulo vio la pantalla de la computadora pero no pudo leer nada, Rodrigo había ocultado el texto presionando *enter* un número suficiente de veces.

Confirmó, en el reloj de la pared, que Doña Mildred estaría ya prácticamente sin los efectos del somnífero gaseoso. Repasó mentalmente lo que tendría que hacer para huir de la casa y, cuando estuvo seguro de todos los pasos, sacó el revólver del ex-presidente y en menos de un segundo lo llevó a la cien de este y disparó sin vacilación. La cabeza del muerto rebotó en dirección a Rodrigo y, empujándolo con violencia sobre la computadora, evitó que cayera al suelo. Percibiendo los latidos acelerados de su corazón, colocó la mano inerte alrededor de la culata de la pistola y corrió hacia la cocina activando sus gafas de visión nocturna en cuanto traspasó la puerta del estudio, donde dejó la luz encendida. Cuatro segundos después ya había entrado a la cocina y, con gran rapidez, salió de la casa, corriendo por el sendero donde, había calculado, sería

menos visible por los guardaespaldas que, sin duda, estarían ya a punto de salir de sus habitaciones.

Cuando había ya recorrido la mitad de la distancia hacia el agua, escuchó el ladrido de un perro y, de reojo, pudo ver que uno de los animales se le acercaba a gran velocidad. Se preparó mentalmente para dispararle, en caso de que le alcanzara, pero se alegró de que no fuese necesario. Cuando el animal alcanzó la orilla, él ya estaba unos diez metros adentro del agua, nadando sin preocuparse del ruido que hiciera, ya que los guardaespaldas ya estaban haciendo suficiente alboroto con gritos y pisadas como para que alguien pudiese preocuparse del casi imperceptible sonido del agua chapoteando a su alrededor.

CAPÍTULO XV

Lo primero que hizo, cuando estuvo de vuelta en el hotel, fue enviar un mensaje de texto, con el código que había acordado de antemano con el Presidente, por medio del cual ponía, a Don Lázaro Barrientos, al tanto del primer paso exitoso de la operación: "los primeros 40 pajaritos han regresado a la jaula".

Esa noche de miércoles tuvo problemas para dormir, lo que le molestó mucho porque, temprano por la mañana, tenía programado conducir de regreso a la capital, en donde pretendía descansar por la noche para tomar un avión en la madrugada del viernes, con destino a México, Distrito Federal. Una y otra vez visualizaba el momento en que le arrebatara la vida al ex-presidente y cerca de las siete de la mañana, ya con la claridad entrando por las ventanas de su lujoso hotel, tuvo que ir a vaciar el estómago al no poder contener el ataque de náuseas que había estado experimentando desde que regresó.

Desde muy temprano había estado escuchando las noticias de la televisión, esperando escuchar algo acerca de lo que había hecho. Diez minutos antes de abandonar la habitación, un poco después del mediodía, vio el primer reporte como una noticia de última hora, escuchando con completa atención la agradable y bien modulada voz de la guapa periodista que informaba:

"Hemos recibido un reporte, proveniente de la Sala de Prensa del presidente, donde se nos informa del fallecimiento, a primeras horas de esta madrugada, del ex-presidente López Campollo. Según se ha dicho, el ex-mandatario habría terminado con su propia vida habiendo dejado una nota escrita en su computadora, cuyo contenido la familia ha decidido mantener en secreto. El cuerpo sin vida del ex-mandatario fue encontrado en su

residencia, localizada a orillas de Río Dulce, Izabal, y se espera que sea trasladado más tarde en el día para rendirle honras fúnebres como ex-mandatario.

El ex-presidente López Campollo llegó al poder a mediados de la década de 1980 por medio de un Golpe de Estado y permaneció como mandatario durante tres años, período en que organizó y solidificó el proceso democrático que se mantiene vigente hasta nuestros días. Durante su Gobierno también se redactó la constitución actual y se sentaron las bases que permitieron el proceso que, eventualmente, llevó al fin de la guerra interna del país.

Al ex-presidente le sobrevive Doña Mildred Aycinena, también de setenta y dos años de edad, con quien sostuvo un matrimonio que abarcó más de 50 años."

Después de que la emisora se fue a comerciales, Rodrigo apagó el televisor sintiéndose satisfecho de que su plan hubiese funcionado tan perfectamente. Nadie sospechaba absolutamente nada. Antes de salir de la habitación del hotel, con su única valija como equipaje, deseó que el resto de las partes de la operación le funcionasen igual de bien y se prometió que, si en esta ocasión había ido sumamente cuidadoso, en todas las oportunidades futuras sería el doble de meticoloso.

Aproximadamente a mitad de camino en la carretera entre Izabal y Guatemala, empezó a ser consciente de lo que en realidad significaba para él lo que había hecho la noche anterior: era rico. Del dinero que había trasladado a la cuenta secreta del Estado, le correspondían a él un poco

más de dos millones de dólares. ¡Dos millones de dólares libres de impuesto! Apenas podía creerlo. Poco a poco la seriedad que le había envuelto desde que concluyó la operación se fue esfumando y dio paso a una alegría que hacía muchos meses no conocía. Con semejante cantidad podría no sólo asegurar que tendría un futuro con pocas preocupaciones económicas, si mantenía viviendo en una residencia de bajo perfil en un país con un costo de vida relativamente bajo como Guatemala, sino que también podría proveerle suficiente dinero a sus padres para que vivieran el resto de sus vidas de una manera muy cómoda y con la mejor atención médica disponible. Incluso estaría en capacidad de realmente ayudar a su hermana, una mujer divorciada criando a dos niños y que frecuentemente le pedía algún tipo de asistencia económica –lo que a él le daba mucha satisfacción poder hacer–, quizá incluso le permitiría que trabajase menos horas para dedicarle más tiempo a la crianza de sus sobrinos.

Era maravilloso todo lo que podía significar lo que estaba haciendo. Por primera vez se sintió contento de haber sido involucrado por Don Lázaro en semejante embrollo, y hasta empezó a percibir cierto grado de agradecimiento hacia él.

Además estaba el hecho de que Guatemala había recuperado una cantidad importante de dinero. Cierto que se rumoró, en su momento, que el ex-presidente López Campollo había robado más de cien millones de dólares, pero era poco realista esperar que se recuperara todo después de tanto tiempo. ¡Pero cuántas cosas beneficiosas podrían ahora hacerse en su país con esa cantidad de dinero! Podrían construirse escuelas, puestos de salud, contratar a más policías o mejores métodos de investigación. La verdad es que empezó a emocionarse. Y podía aun lograr mucho más que eso. Los personajes de su lista, más contemporáneos que López Campollo, se

pensaba que había robado mucho más dinero que eso. Así que no sólo podría beneficiar incluso más a su país, sino que él mismo podría, dentro de pocos meses o años, empezar a vivir una vida de ensueño rodeado de todas las comodidades imaginables.

Así que, inspirado por los resultados, continuó, durante el resto del camino y mientras conducía la camioneta *Trailblazer* negra que había alquilado, revisando cada detalle de lo que sería la operación que le permitiría despojar al padre de Jessica de todo el dinero que le habían robado al país.

CAPÍTULO XVI

Rodrigo volvió a sentirse sumamente incómodo cuando, aún dentro del aeropuerto de la ciudad de México, se dio cuenta de que le emocionaba marcar el número telefónico de Jessica desde el celular que acababa de alquilar; tenía que llegar a ser capaz de extinguir cualquier tipo de sentimientos hacia esa muchacha, o de lo contrario podría resultar peligroso para él. Sabía perfectamente que no tenía que haber nada en su subconsciente que estuviese alineado de distinta manera que la parte de su mente que había creado el plan para asesinar al padre de esa chica que le simpatizaba tanto.

—Hola, ¿Jessica? Te habla Rogelio —mintió—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Qué gusto. ¿Estás en México?

—Aún en el aeropuerto...

—Ah la... ¿y qué planes tienes? Te quedarás en la ciudad o vas de escala?

—Tengo vuelo de regreso a Guate para mañana por la noche. Y una reunión casi todo el día.

—Ah la... qué rápido.

—Pero hoy estoy libre. Y se me ocurrió que quizá podríamos comer juntos.

—¿Hoy...? —le respondió sin intentar evitar su decepción.

—¿Tienes planes?

—Fíjate que acompañaré a mi papá a una cena de confianza en la casa del Decano de la facultad en donde trabaja... —y antes de que Rodrigo pudiese decirle nada, agregó:— ¡Pero se me ocurre una idea! Mi papá está por llegar a la casa. Pero en dos horas tenemos que salir, por el tránsito. Pero me encantaría que lo conocieras. ¿No podrías venir directo para que te lo presente?

Rodrigo no podía creer que estuviese con tanta suerte. Ésa era precisamente la razón por la que estaba de nuevo en el país: conocer al ex-gerente general del Banco de Guatemala.

—Por supuesto. Encantado. Estaré allí en un poco más de media hora. El hotel donde me quedo está camino a tu apartamento. Paso tirando mis maletas y bajo de inmediato.

—Fantástico. Te espero, entonces. Avisaré en la recepción para que te dejen subir.

Y cortaron la comunicación. De hecho el hotel que había elegido estaba a un par de calles de la casa de la muchacha. Por supuesto, si lo había elegido por su cercanía a la casa donde, y temía que así fuera, tendría que segar la vida de el Lic. Ardón y, muy probablemente, destrozará la poca esperanza que Jessica aún sentía por la humanidad.

La imagen que mentalmente se había formado del padre de Jessica estaba totalmente alejada de la realidad. Don Pablo resultó ser un hombre sumamente agradable y sencillo. Aproximadamente de la misma estatura que su hija; una frente amplia acorralaba a su liso cabello gris, mejillas rubicundas y una sonrisa siempre lista a aparecer como respuesta refleja a la persona a la que le dirige la palabra, aunque, cuando desviaba la mirada de su interlocutor, inmediatamente se reflejaba en su rostro la tristeza que, sin duda, habitaba constantemente en su corazón.

Efectivamente, Rodrigo pudo darse cuenta que ambos estaban en las etapas finales de su preparación para salir. El padre aún sin corbata pero con su saco listo, colgado junto a la sencilla puerta de madera de la entrada; obviamente se acababa de rasurar porque Rodrigo pudo

percibir el aroma de una loción *aftershave*. Por su parte, Jessica, lucía más encantadora que nunca. Sus oscuros zapatos de tacón hacían contraste con sus blancas piernas y su sobrio vestido rojo. Lo recibió con un cálido abrazo y un beso en la mejilla.

Un par de minutos después de saludarle, el padre se excusó y desapareció de la sala rumbo a su habitación. El apartamento impresionó a Rodrigo, tanto por su sencillez como por su acogedor estilo. Sin duda Jessica había sido la persona encargada de decorarlo; varios cuadros de muy buen gusto colgaban de las paredes, aunque con marcos bastante sencillos.

–Te traje las novelas de *Paolo Coelho* que te ofrecí –le dijo Rodrigo, mostrándole un *flash drive* estándar, en un momento en que la conversación de cortesía que sostenían se interrumpió.

–Ah, gracias Rogelio... Déjame ir por mi computadora –le respondió mientras se levantaba y se perdía por el mismo corredor por el que su padre había salido.

Regresó a los pocos segundos llevando una *powerbook* blanca, que dejó frente a Rodrigo.

–Qué bonita computadora. ¿Es tuya o de tu papá? –quiso averiguar.

–Pues en realidad es la que yo uso, aunque mi papá la compró, él tiene una *notebook* aunque un poco más viejita –explicó. Luego añadió:– ¿No me haces el favor de copiármelos en el *escritorio*? En lo que termino de arreglarme.

–Con gusto.

Y no pudo evitar sonreír cuando la chica lo dejó solo. Introdujo la memoria *USB* en uno de los puertos, mientras rápidamente sacó el *Super Flash Drive* con el que esperaba tener tiempo suficiente para *clonar* la computadora antes de que Jessica regresara.

Mientras su dispositivo hacía su trabajo, se preparó para trasladar los *PDFs* ofrecidos a donde la muchacha deseaba tenerlos. Un poco más de un minuto después, gracias a que había modificado el aparato para que ignorara los archivos de video que encontrara, se encendió la luz verde que le indicaba que había trasladado todo el contenido de la *portátil*, incluido los archivos ocultos y borrados, a su interior. Rodrigo lo retiró y lo guardó en su bolsillo; la visita ya había valido la pena.

Cuando Jessica regresó, ya había retirado también el *flash drive* normal y le anunció que ya podía leer los libros de su autor favorito, lo que la emocionó mucho.

–Bueno –dijo Rodrigo, dándose cuenta que Jessica prefería que se despidieran ya debido a que se acercaba la hora en que debía partir hacia su reunión–, me retiro. No quiero retrasarles.

–Vaya, tú –le dijo sonriendo en el mismo instante en que su padre aparecía por el corredor, sin duda después de oír, sin poder evitarlo debido a la pequeñez del apartamento, que su invitado estaba a punto de dejarlos.

–Me despido Don Pablo –le dijo ofreciéndole la mano para estrechársela.

–De acuerdo, Rogelio, mucho gusto en conocerte. Y a ver cuándo tienes tiempo de buscarme algunas propiedades para poder elegir alguna en la capital. Me comentó Jessica que te compartió mi interés por empezar a invertir un poco, y qué mejor que hacerlo en mi *tierra*. Quién sabe... a lo mejor algún día las condiciones cambien y tengamos la oportunidad de regresar a Guate.

–Con mucho gusto lo haré, Don Pablo. Le prometo que, la próxima vez que ande en México, le tendré listo algo para poder mostrarle.

–Pues te lo agradeceré mucho. Y, aprovechando que hablamos, aunque sé que Jessica te lo pedirá, te quiero molestar con que me hagas el favor de poder llevar una

cajita con alguna tonterías para una tía que tengo en la capital... si no fuera mucha molestia...

—Al contrario. Me dará mucho gusto poder hacerlo —le dijo sabiendo que nunca la entregaría, fuese lo que fuese lo que deseaban enviar.

El Licenciado Pablo Ardón volvió a retirarse y los dos jóvenes caminaron hacia la puerta.

—Vamos, te acompaño al *lobby* —le ofreció Jessica.

Cuando descendían en el elevador guardaron silencio, ya que estaban acompañados de una pareja de ancianos. Una vez en el lobby, se colocaron frente a frente.

—Bueno, qué gusto haberte visto. Gracias por haber venido.

—Me dio mucho gusto conocer a tu papá.

—Estoy seguro que le caíste rebién.

—Eso espero... Lo noté muy triste cuando habló de regresar algún día a Guatemala.

—Sí, claro. Aunque le ilusiona la idea de volver... sabe que no será lo mismo sin mi mamá. A los dos nos hará mucha falta, pero sé que no importará en dónde vivamos. Yo no estoy tan atada a México, aunque me gusta, así que no tendría problema en mudarme si él así lo quiere, a cualquier parte del mundo.

—¿Y crees que es factible regresar?

—Pues todo dependerá de la situación política. Con el presidente de ahorita, ni pensarlo. Creo que considera a mi papá como su enemigo mortal... porque mi papá quiso acusarlo de algunas ilegalidades que hizo cuando era Ministro de Gobernación.

—¿Ah sí...? —le dijo Rodrigo, sinceramente interesado.

—Sí... tiene que ver con un par de los amigos de mi papá que están actualmente encarcelados. Era dos subgerentes del Banco, y según mi papá: injustamente; no tiene duda... Así que, por ahora, ni él ni yo tenemos la menor fe en la justicia de Guate. Ojalá algún día cambie, pero no sé

si sucederá lo suficientemente pronto... antes de que hayamos echado raíces profundas en otro lugar.

–Bueno, esperemos que, poco a poco, vaya viéndose un poco más de luz al final del túnel.

–Primero Dios.

Se vieron un par de segundos y Rodrigo sintió un fuerte deseo de estrecharla y besarla. Le infundía una profunda ternura. En lugar de éso, le sonrió.

–Bueno, te dejo.

–Adiós, Rogelio. Me hubiera encantado poder invitarte a que nos acompañaras pero no tengo la suficiente confianza con esa gente.

–Además me siento un poco cansado. Pero ojalá mañana podamos vernos.

–Ah, eso sin duda. Llámame en la tarde para ponernos de acuerdo, ¿ok?

–Ok.

Y ella le envolvió con un caluroso abrazo mientras le daba un tierno beso en la mejilla.

–Adiós –le susurró.

Y Rodrigo no pudo decirle nada, totalmente convencido de que estaba en completa desventaja en esa relación. La situación le agradaba pero no le gustaba nada. Era lo peor que podría pasarle, en vista de lo que muy pronto tendría que hacer.

CAPÍTULO XVII

Una vez de vuelta en su habitación de hotel, Rodrigo se sumergió en internet, aprovechando el acceso privilegiado a las fuentes de información con que contaba, para averiguar algo más acerca de los comentarios que la muchacha le había dicho. Eso de que su papá era enemigo de Don Lázaro, y esas personas que estaban injustamente en prisión, le intrigó sobremanera.

Después de dos horas, mucho había cambiado en él. La muchacha tenía razón. Los dos sub-gerentes del Banco de Guatemala, que actualmente estaban cumpliendo condenas de veinticinco años, parecían haber sido acusados con pocas bases legales; lo cual pareció que no les importó en absoluto a los jueces que los condenaron.

Asimismo comprobó que, luego de que ellos fueron arrestados y antes de que se completara el juicio, el padre de Jessica había intentado defenderlos presentando acusaciones en contra Don Lázaro pero que no habían tenido ningún eco. Fue entonces cuando se inició la persecución contra el ex-gerente del Banco y Don Pablo tuvo que huir del país. Sin lugar a dudas hubiera terminado también en prisión, aunque las acusaciones eran tan vagas que en ningún sistema de justicia serio hubiesen sido tomadas en consideración. Sin embargo, en Guatemala, parece importar más quién presenta las acusaciones que la historia que las pruebas podrían contar. Sin lugar a duda, Don Pablo había hecho muy bien en huir del país.

Un par de horas después, mientras revisaba el contenido de la computadora de Jessica y veía un canal local de noticias, se enteró de algo que le incomodó terriblemente. El Ministro de Finanzas de Guatemala había huido del país después de que el Ministerio Público

redactara una orden de aprensión en su contra, acusándolo de haber trasladado doscientos setenta y cinco millones de dólares a una cuenta privada en Suiza. Aparentemente le habían notificado de antemano acerca de la acusación y voló en un *jet* de un empresario amigo de la familia presidencial junto a toda su familia, hacia Panamá. Era obvio que dentro del mismo gobierno le habían facilitado todas las condiciones para que escapara. No encontró nada que le interesara en la información de la computadora de la muchacha; debería idear la manera de robar los datos de la máquina del padre.

El resto de la noche la dedicó a empezar a juntar información que pudiera servirle para perseguir a la persona que había ocupado el cargo de Ministro de Finanzas dos gobiernos antes que el de Don Lázaro, alguien a quien él no había tenido oportunidad de conocer mientras sirvió en el gobierno.

Más tarde, por la madrugada, tomó una decisión. Envío dos correos electrónicos. Uno para Jessica, desde su cuenta de correo ficticia, en donde le pedía disculpas porque no podría verla como habían acordado, ya que tenía que regresar de inmediato a Guatemala por una emergencia familiar. El otro, desde su cuenta de correo protegida, y después de que le confirmaran el cambio de su vuelo de regreso para el día siguiente, fue para el Presidente de Guatemala. Le dijo que urgía que se reunieran y que llegaría a Casa Presidencial dentro de dos días.

CAPÍTULO XVIII

Su segunda visita a la Casa Presidencial, durante el mandato de Don Lázaro Barrientos, fue de lo más inesperada. Le había enviado un mensaje de texto al presidente pidiéndole le indicara la hora a la que podía visitarlo; recibió el texto 1545.

De modo que, un poco después de las tres y media de la tarde, estaba conversando cordialmente con Jacky, la asistente de su ex-jefe; le informó que el Presidente estaba atrasado pero pronto llegaría. Un par de minutos después, ambos vieron cómo la puerta del despacho presidencial se abrió y se asomaba Sofí, la única hija del mandatario. Ésta corrió hacia Rodrigo y le dio un fuerte abrazo mientras le gritaba “Hola, Rodri...”.

Rodrigo la saludo cordialmente y pensó que ella se retiraría, pero, en su lugar, invitó a Rodrigo a entrar a la oficina de su padre. Éste no supo cómo reaccionar, así que buscó la aprobación de Jacky, dirigiéndole una mirada de incertidumbre.

—No creo que haya ningún problema, Rodrigo. Don Lázaro estará aquí en un par de minutos.

Así que, encantado, pasó adelante. La niña deseaba que la viera cómo avanzaba por las pistas de *Mario Kart* de su *Nintendo Wii*.

Sabiendo que tenía pocos segundos, y con la certeza de que no habían aún instalado cámaras de video, se colocó de pie frente a la parte frontal del escritorio presidencial y se acercó a donde estaba el moderno *CPU* de la computadora del presidente. Las luces parpadeantes le indicaban que estaba encendida.

Mientras fingía observar la pericia de la niña con su juego de video, sacó el *Super Flash Drive* de la bolsa frontal de su pantalón y lo introdujo en uno de los puertos

USB que vio libres y pidió a Dios tener suficiente tiempo para clonar el contenido de la computadora del hombre más poderoso del país.

Pero no tuvo el tiempo suficiente. Cuando llevaba unos veinte segundos de operación, la puerta lateral del despacho se abrió y Don Lázaro ingresó acompañado de un asistente masculino que llevaba varias carpetas consigo. El presidente lo saludó cordialmente pero con seriedad y, mientras el otro hombre abandonaba la habitación y Rodrigo tomaba asiento frente al escritorio, pidiéndole a Dios que al mandatario no se le ocurriera mirar en dirección al *CPU*, Don Lázaro fue a saludar con un beso y un abrazo a su pequeña hija.

—Sofi es muy hábil para las carreras —comentó Rodrigo intentando distraerlo y volteando a ver a la niña, quien apenas se dio por enterada del comentario—, quizá cuando sea mayor la miraremos en el autódromo.

Don Lázaro tampoco se dio por enterado del comentario pero Rodrigo se sintió satisfecho de haberle obligado a verle a los ojos mientras le hablaba, reduciendo las posibilidades de que mirase en otra dirección mientras recorría el camino hacia su escritorio. Se sentó en el sillón y fue directo al grano:

—¿Qué pasa?

—Su Ministro de Finanzas... ¿Cómo pudo pasar eso? Una cuenta secreta... ¿en el mismo banco en donde yo te deposito?

—Coincidencia. Si no se nos escapa, estuviera en el bote.

—Si no hubiese escapado en un avión del gobierno —le presionó Rodrigo, mientras que de reojo captó la luz verde de su dispositivo anunciándolo que estaba listo para ser retirado.

—No era del gobierno. Sí lo hemos usado pero es de un amigo; es privado. No controlo el acceso a él.

–Son muchas coincidencias.

–¿A qué viene eso? Simplemente añádelo a tu listado. Pero no muy arriba. Por cierto, dijo mientras garabateaba algo en un papel, lapso que Rodrigo aprovechó para llevar discretamente la mano hacia el *Super Flash Drive* y desconectarlo en un movimiento fluido y libre de sospechas. Lo guardó en la palma de su mano y, poco a poco, durante el resto de la conversación lo llevó hacia la bolsa delantera del pantalón y lo guardó; sintiéndose agradecido de haber tenido la oportunidad de completar ese procedimiento que sin duda le sería de mucho valor para comprobar la veracidad de todo lo que Don Lázaro le había dicho durante las últimas semanas. Cuando el Presidente terminó de escribir, arrancó la hoja amarilla del block de *post its* y se lo entregó mientras le decía:

–Necesito que adelantés al *top* cinco a este individuo.

Rodrigo lo recibió y asintió sin siquiera verlo. Lo guardó en la bolsa de su camisa.

–Todo va bien con Hurtarte y con Pablo Ardón, pero necesito que modifiquemos el plan. Le quitaré a Ardón lo que nos debe pero lo dejaré vivo.

Don Lázaro lo miró con intriga y seriedad, arqueando las cejas en señal de interrogación.

–Conocí a su hija y no quisiera hacerle eso a ella.

Don Lázaro lo continuó meditando y, como toda respuesta, en cuanto supo qué es lo que estaba pasando por la mente del muchacho, dijo:

–Ella también se va.

CAPÍTULO XIX

Coordinó su programa para aterrizar en México un lunes por la mañana, ya que había averiguado que el padre de Jessica estaba libre los martes por la tarde. Su plan era llamar a Jessica y decirle que, aunque iba a estar demasiado ocupado en ese viaje como para poder verla, tenía un par de horas libres al día siguiente, y que le gustaría aprovecharlo para mostrarle las fotografías de algunas propiedades que quizá le podrían interesar a su padre. La llamada resultó como esperaba. Jessica lamentó la premura de su horario pero le dio el número celular de Don Pablo. Así que esa misma noche concertó la cita para el día siguiente, con la esperanza de llegar a tener la oportunidad de clonar la computadora del hombre y avanzar un poco en el rastreo del dinero que había robado del gobierno.

A pesar de las exigencias descabelladas de Don Lázaro, su reunión había concluido sin ningún altercado de importancia. El presidente quería que Rodrigo matara también a la muchacha pero fue algo que Rodrigo ni siquiera llegó a considerar. Se dio cuenta de inmediato que de nada serviría discutirlo con él, así que prácticamente lo ignoró. Ni siquiera insistió en buscar la autorización para perdonar la vida de Don Pablo. Después de un par de días de meditación y análisis había llegado a la conclusión de que no iba a permitir que ni la dulzura que la muchacha le demostraba, ni el sentimiento que ella estaba despertando en él, tendrían alguna importancia a la hora de llevar a cabo sus planes.

Desde un principio sabía que iba a acabar con las vidas de aquellos que se habían atrevido a traicionar a su patria. Y el padre de ella no era la excepción. Sí, le perdonaría la vida a Jessica pero su padre iba a pagar por todo lo que

había hecho. Iba a permitirle a la joven continuar con su vida, y él iba a recuperar la mayor cantidad de dinero posible.

No le importaba lo que Don Lázaro deseara en ese sentido, él era quien tomaba las decisiones de la misión y hasta se arrepintió de haber consultado eso con el mandatario. Porque cuarenta y ocho horas después de la reunión en Casa Presidencial, ya había cambiado de opinión. Sabía que asesinaría al hombre y que su hija jamás lo iba a perdonar; de hecho estaba seguro que se convertiría en la persona que ella más odiaría en el mundo, ya que la relación de ellos, tan sembrada de mentiras como estaba, era algo imposible de sostener bajo ninguna circunstancia.

De nuevo el Licenciado Ardón se comportó de manera respetuosa y humilde. Le ofreció una taza de café y la bebieron juntos, conversando acerca del tránsito y la contaminación ambiental de México, pero el padre de Jessica no pudo ocultar su admiración por un pueblo que ha logrado cosas tan grandes a pesar de tener las limitaciones de todo país latinoamericano. La *notebook* de Jessica estaba sobre el escritorio y Rodrigo tenía que idear algo para lograr robar los datos de la computadora personal del licenciado.

—Esa es la computadora de Jessica, ¿verdad?

—Así es. Le cuesta separarse de ella; creo que la dejó sólo para que pudiéramos usarla, si la necesitábamos.

—¿Usted tiene una también?

—Sí, claro. Me sirve mucho en la universidad.

—¿Y también es Macintosh?

—No, es una Windows. Algo viejita pero me sirve lo suficiente.

–¿Y será que podemos usarla? Fíjese que mi memoria USB no es compatible con Macintosh –mintió Rodrigo, con la esperanza de que Don Pablo no fuera lo suficientemente versado en computación como para detectar su mentira.

–Claro –le respondió amablemente–, déjame ir por ella.

El resto de la reunión ocurrió como Rodrigo la planeó. Le mostró varias casas que había pirateado de varios sitios *web* de Bienes Raíces y las unificó, con una misma apariencia, en una presentación con algunos detalles inventados. Terminó rápido su café y le preguntó si podría tener una taza adicional. Cuando el padre de Jessica iba camino a la cocina, con ambas tazas, Rodrigo insertó el *Super Flash Drive*, colocó su chumpa de manera que lo bloqueaba de la vista y lo siguió, con la intención de entretenerlo.

En la cocina empezó a hablar acerca de Bienes Raíces y el licenciado le comentó que le parecía que esas propiedades estaban fuera de su alcance. Que le daba pena molestarlo pero que le iba a agradecer que le consiguiese algo más económico y en zonas no tan exclusivas como las que le estaba mostrando. Ello desconcertó a Rodrigo, pero educadamente quiso asegurarse de que verdaderamente le parecían fuera de alcance. Porque no creía que ninguna de las personas de su lista pudiera considerar esas casas como demasiado costosas.

En lugar de ceder, el licenciado Ardón empezó a decirle que le gustaría poder adquirir, en los próximos cinco años, cinco casas que tuviesen un valor de alrededor de setenta mil dólares cada una, ya que tenía la certeza de que podría disponer del treinta por ciento de enganche, y las cuales pretendía alquilar, quizá por medio del mismo Rodrigo, a personas que pagaran un poco más de lo que serían las cuotas del financiamiento de veinticinco a treinta años.

—¿Pero no cree... —le preguntó astutamente el joven— que si comprara las propiedades al contado... podría obtener un mayor beneficio al venderlas rápidamente?

—La verdad es que prefiero establecer algunas fuentes de ingreso constantes, aunque no sean tan extravagantes.

Sin poder dar crédito a sus oídos, Rodrigo bebió el resto de la taza de café y se la entregó al licenciado, con la esperanza de tener tiempo suficiente para regresar a la sala, en lo que él colocaba la taza vacía en el lavadero, y retirar su dispositivo espía sin que el otro hombre notase nada extraño.

Efectivamente todo aconteció de ese modo. Se despidieron cordialmente y Rodrigo le prometió que empezaría a trabajar según las indicaciones que había recibido.

Cuando llegó a su hotel, avisó que se retiraba al día siguiente y llamó a Jessica para comentarle favorablemente de la reunión. Le mintió diciéndole que volaría al día siguiente hacia Querétaro pero, añadió, esperaba poder regresar en pocos días al Distrito Federal. La verdad es que saldría de regreso hacia Guatemala y apenas podía contener las ansias por escudriñar el contenido de la computadora del Profesor; la clonación que había realizado de la computadora de Don Lázaro aún debería esperar un poco más, ya que la cantidad de archivos que había clonado eran suficientes para mantenerlo ocupado, descifrándolos, durante al menos cinco días.

CAPÍTULO XX

El calor normal de la ciudad de Panamá se había vuelto aun más sofocante después de la lluvia de media mañana.

Por medio de los pasos que había dado, desde que descubrió, por medio de la información que logró robar, de las comunicaciones que sostenía y las páginas web que el presidente visitaba con más frecuencia, se enteró que el presidente estaba interesado en comprar caballos raza *Morgan* de carrera. Una vez seguro de ello, y sabiendo en qué club la hija menor del ex-mandatario estaba recibiendo clases de equitación, se las arregló para inscribirse y estar dentro del club alrededor de los horarios en que la hija llegaba, con la esperanza de que el ex-presidente se apareciera alguno de esos días e iniciar el contacto.

Sólo tuvo que esperar cuatro días, un fresco viernes de noviembre se acercó a donde estaba el mandatario, rodeado de dos guardaespaldas, y lo saludó, fingiendo la mayor admiración que era capaz de representar. Aunque sabía lo que iba a suceder, no dejó de impresionarse al darse cuenta de lo bien que había calculado todo. Al verle acercarse a él, los dos hombres dieron un paso en dirección de su patrón, sólo para regresar a sus posiciones originales al percatarse que Rodrigo se acercaba con la palma de la mano abierta y solicitando un saludo de don Antonio Hurtarte. Cuando el ex-presidente estrechó su mano, los guardaespaldas se relajaron más, y automáticamente se alejaron otro paso más.

—Presidente Hurtarte, qué gran honor conocerle. Cuando vivía en Guatemala le apoyé dándole mi voto, yo y mi familia. Cómo lamento que hasta ahora nadie haya sido capaz de apreciar lo mucho que hizo por nuestro país.

—Pues encantado, mucho gusto.

—Con permiso— dijo empezando a retirarse—. No quiero importunarle —le dijo fingiendo respeto; sonriendo

se alejó en una magnífica representación de una persona sumisa.

El martes siguiente, fue el mismo ex-mandatario quien se le acercó al verlo solo, bebiendo una piña colada en el bar del club. Después de algunos comentarios superficiales acerca del clima y los caballos, el ex-mandatario sintió curiosidad:

–¿Y a qué se dedica, Francisco?

–Pues estoy empezando en el negocio de los caballos... –le contestó Rodrigo, suspirando aliviado de ver la puerta abierta para la realización de sus planes.

–¿Ah sí? ¿Qué clase de negocio?

–Pues quiero establecerme en Centro América como *agente de Morgans*. Tengo ya un par de clientes en Costa Rica que me compraron un pura sangre hace poco menos de seis meses. Y me encargaron que les consiguiese dos caballos de carrera con descendencia de campeones.

–¿En serio? –dijo sin poder ocultar su interés.

–Sí. Aunque me he dado cuenta que no es una raza de la que los dueños quieran deshacerse muy fácilmente. Aunque he querido dar precios competitivos, me los han subido demasiado como para que me sean rentables.

–Y si no es mucha indiscreción... ¿en cuánto aproximadamente ha vendido los *Morgans*

–Pues más o menos el promedio ha sido de ocho mil dólares.

–Bueno... a mí el precio me parece razonable. Y qué gran coincidencia que me haya contado eso, porque últimamente he estado considerando añadir un par de *Morgans* a mi establo –y después de una corta pausa, en la que Rodrigo intentó fingir cierto desinterés, el ex-presidente añadió:– ¿De casualidad tendrá algunos animales disponibles ahora?

–Pues... bueno... –fingió titubear– La verdad es que sí, pero en dos días salgo rumbo a Costa Rica, para mostrarle las fotos y los datos de los animales a uno de mis clientes allá.

–¿Y más o menos espera que le paguen la cifra que me acaba de mencionar?

–Pues intentaré un poquito más, ahora que me he dado cuenta que no es tan sencillo como inicialmente calculé, pero me sentiré satisfecho si recibo más o menos eso.

–¿Y por qué no se evita el viaje? ¿No le gustaría recibir... digamos... un veinticinco por ciento más? Claro, suponiendo que llenen las características que estamos buscando.

–Pues le confieso que es muy tentador... pero, la verdad, es que me sentiría muy mal haciéndole eso a mis clientes. Me están esperando desde hace mucho. Pero también es cierto que no son mis paisanos... ni les tengo aún tanto aprecio. Sería de pensarlo.

–Bueno. No, está bien, le comprendo. Hagamos una cosa: ¿por qué no va con sus clientes... les pide lo que yo puedo pagarles y, si no se lo dan, regresa a buscarme?

–Pues si me permitiera hacer eso, Don Antonio, me sentiría privilegiado de poder servirle. Y le prometo otra cosa: si me quedo sin los animales en este viaje, me voy directo a Guatemala, con un cliente vendedor, y le traigo los mejores *Morgans* que pueda encontrar. Y le daré un buen precio. Qué más me gustaría poder decirle a la gente que uno de mis clientes es el ex-presidente de Guatemala... es decir: a menos que a usted le interese que mantengamos confidencial la información –le aclaró Rodrigo, sabiendo del gran ego de que gozaba el ex-mandatario.

–Por supuesto que no, no ando ocultando nada.

Horas más tarde, voló de regreso a su país, sintiéndose sumamente satisfecho y contento de saber que él estaba resultando tan apropiado para la persona que, se supone,

podría llevar a buen término una misión como esa. Sentía tanta repulsión por ese hombre, que tanto daño le había hecho a su país, que deseó que solamente fuera necesario verlo una vez más antes de quitarle la mayor cantidad de dinero posible y volarle la cabeza.

CAPÍTULO XXI

Aparte de la alegría que le producía el haber logrado embaucar al ex-presidente Hurtarte en su operación, se sentía contento de, finalmente, contar con el tiempo suficiente para escudriñar toda la información que había robado de la computadora del padre de Jessica.

Cuando ingresó a su apartamento en Guatemala, su sorpresa no hubiese podido ser mayor. Casi desde la puerta de la entrada vio, descansando sobre la mesa central de la sala, con toda la indiferencia del mundo, cuatro maletines de cuero, del tipo de los que usaban los médicos de antaño pero de color café oscuro. El corazón de Rodrigo se aceleró mientras entraba a la sala mirando en todas direcciones. Abrió uno de los maletines y apenas pudo contener una expresión de sorpresa. Docenas de fajos de billetes de cien dólares inflaban cada uno de los maletines. Sabía lo que era: Don Lázaro había cumplido su parte. Nunca había visto tanto dinero junto. No tuvo que contarlos en ese momento, aunque durante la mañana del día siguiente lo verificaría, pero supo que eran sus bien ganados dos millones de dólares.

Un par de horas más tarde, cuando hubo pasado la sensación de embriaguez que le causó el dinero, y después de verificar las grabaciones de video de su apartamento y constatar que las dos personas que habían ingresado con los maletines y el dinero a su apartamento ni siquiera se habían acercado a su equipo de cómputo, se sentó en su computadora principal y se dio cuenta de que el análisis y descubrimiento de archivos ocultos o borrados de la computadora de Don Lázaro había concluido más de cuarenta y ocho horas antes. Ya tenía, entonces, la posibilidad de indagar en esos archivos y confirmar si de verdad Don Lázaro estaba siendo honesto con él.

Pero era muy tarde, casi media noche, y no había podido conciliar el sueño en el avión. Le preocupaba la forma en que debería proceder con el ex-presidente Hurtarte una vez que hubiese regresado a Panamá. El perfil de Don Antonio era diferente que el del ex-presidente López Campollo, un anciano prácticamente olvidado por la vida, mientras que el ex-presidente Hurtarte aún permanecía en el ojo público y, por ende, su seguridad reflejaba el riesgo que corría con sus actividades. Si iba a matarlo en su casa de la ciudad de Panamá, tendría que idear un plan que le permitiera escapar sin que su cuerpo de seguridad lo capturase o asesinara.

De modo que supo que tendría que dedicar dos o tres días a planear el escape de la mansión panameña. De poco le valdría tener éxito en trasladar los millones de dólares que pudiesen haber en las cuentas de los bancos donde, ya había averiguado, el presidente constantemente depositaba y transfería dinero, si en el proceso iba a perder la vida. Claro que el bien para su país estaría hecho sólo con la recuperación del dinero, pero si quería seguir multiplicando ese impacto positivo, tendría que escenificar un suicidio convincente.

Ahora ya había decidido que acabaría con la vida del papá de Jessica cuando ella no estuviese presente. No quería involucrarla en todo eso. Sí estaba incluso dispuesto a utilizar la amenaza de la vida de ella como persuasivo con el padre, pero, resultara lo que resultara, a ella le iba a perdonar la vida. No temía en nada a Don Lázaro, y sabía que su decisión no provocaría ninguna reacción en él. Nunca la volvería a ver, y eso le dolía, pero lo importante es que castigaría a un ladrón y recuperaría buena parte del botín sustraído de las arcas nacionales.

Antes de terminar su día, entró al sitio web en donde *amazon.com* le depositaba sus regalías y se dio cuenta que tenía aproximadamente cuatro mil dólares más que cuando

empezó con la operación. En otros tiempos se hubiera alegrado de saber que podría vivir otro par de meses con mucha comodidad, pero ahora poco significaba una cantidad como esa. Se impresionó al comprobar, una vez más, la rapidez con que cambian las condiciones de vida de las personas. Apagó todos sus aparatos para darles un descanso y se dispuso a hacer lo mismo por él. Se retiró a su habitación y, rápidamente, se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO XXII

Cuando su vuelo hubo aterrizado en la ciudad de México, la noche anterior, Rodrigo se sorprendió del nivel de nerviosismo que experimentó. Odiaba tener que hacer lo que iba a realizar pero no tenía alternativa. A pesar de que se las había arreglado para enterrar, lo más que pudo, los sentimientos de simpatía hacia Jessica, se daba cuenta de que, aun desde su subconsciente, éstos continuaban enviándole señales inequívocas de que no debería de hacer lo que tenía planeado.

Estuvo dos días enteros revisando la información clonada de la computadora de Don Pablo, y su frustración había alcanzado niveles intolerables. No encontró nada que pudiera servirle para saber por dónde guiar la operación. Ningún archivo le había parecido tan siquiera sospechoso. Incluso había sido capaz de ingresar a su cuenta de correo personal y se dio cuenta, por el *historial* de la computadora, que no utilizaba ninguna otra cuenta. Ningún correo, incluso los borrados y los más antiguos, fue capaz de indicarle que había algo que estuviera encubriendo. De modo que tendría que forzarlo a que le confesara en dónde estaba el dinero que había robado.

Su plan consistía en empezar la sustracción del dinero en un horario cuando Jessica se suponía que no estaría en casa; pero lo suficientemente cerca al momento en que ella llegaría, con dos objetivos: uno, que le diera tiempo a retirarse antes de que ella regresara si todo le salía bien, y dos, que no tuviese que esperar mucho a Jessica en caso de que no tuviera otra opción más que utilizar la a ella para que el padre cediera a sus exigencias.

Cinco segundos después de que el padre de Jessica se sentara frente a él, mientras colocaba su computador sobre

la mesa que los separaba, en la sala de su apartamento, Rodrigo, para no dar lugar a inequívocos, abrió su chumpa de cuero, sacó el revólver que había comprado esa mañana en el mercado negro y lo colocó en dicha mesa, cerca de él. Don Pablo enmudeció, intentando comprender qué podía estar sucediendo y cuál era la razón por la que el pretendiente de su hija se había puesto unos guantes de hule.

—Que quede claro —empezó el joven—: no me llamo Rogelio y no me dedico a los Bienes Raíces. La única razón por la que estoy en México, es porque tengo la misión de recuperar la mayor cantidad posible del dinero que usted le robó a Guatemala.

Hubo silencio. Rodrigo deseó que el hombre dijera algo para que pudiese continuar con su plan pero lo que escuchó casi lo saca de balance:

—¿Y Jessica?

—¿Qué con ella?

—¿Hizo que se enamorara de usted sólo para poder tener acceso a mí?

Rodrigo no supo cómo manejar esa pregunta. No esperaba oír tal confesión

—Tengo una misión y la voy a cumplir.

—Es usted un maldito. Jugar con los sentimientos de una muchacha tan pura como ella... sólo por dinero. ¡Dígame para quién trabaja!

—Eso a usted no le importa. Quiero que me diga en qué banco depositó el dinero que se robó de nuestro país.

—Es Lázaro Barrientos, ¿verdad? —continuó, ignorándolo— Ese maldito lo puso en contra mía. ¡Confíese! —le gritó casi perdiendo el control.

—Aquí el único que va a confesar es usted. Y ahora mismo.

—¿Cómo pudo confiar en ese desgraciado?

Rodrigo tomó el revólver y lo apuntó en dirección del inmutable hombre, quien reaccionó echándose un poco hacia atrás.

—Encienda su computador y empecemos.

Pero al ver que el hombre no se movía, Rodrigo acercó su brazo a la máquina y la activó. Guardaron silencio hasta después que el sonido de la misma les indicó que *Windows* estaba listo para trabajar.

—¿Necesita ir a buscar su usuario o *password*?

No le respondió nada.

—Empiece entonces. Vamos a ver cuánto dinero sustrajo del Banco de Guatemala.

—Lo han embaucado, Rogelio. O como se llame. Siempre fui totalmente inocente. Nunca he robado nada en mi vida. Todo fue una trampa de ese desgraciado que tiene ahora el país como presidente.

Rodrigo no pudo evitar continuar prestándole atención a lo que el hombre le decía:

—Cuando intenté descubrir a dos compinches de Barrientos, él me atacó con falsas pruebas. Y si huí de Guatemala, no fue porque quisiera vivir como un rey lejos de mi patria, sino porque el sistema de justicia está tan corrupto, que hay más probabilidades de terminar en la cárcel si se es inocente que si se ha cometido un delito.

Rodrigo abasteció la recámara de su pistola 1911 calibre 45, accionando la corredera con rapidez, en un intento de atemorizar a su prisionero. Se levantó y fue a sentarse a la derecha del licenciado Ardón, mientras intentaba parecer lo más intimidante posible:

—¡Basta de mentiras! Ahora mismo me muestra la cantidad de dinero que tiene escondida, o le vuelo la tapa de los sesos.

—¿No ves cómo vivimos? ¿No te das cuenta que tenemos muchas restricciones económicas? ¿Cómo es posible que crea que puedo estar trabajando para una

universidad tan poco importante, y mi hija trabajando más allá del límite de sus energías, sin tener la posibilidad de continuar estudiando su carrera... si yo hubiera robado algo de dinero?

>> Si hemos podido subsistir, hasta ahora, ha sido por el excelente salario que tuve como funcionario público por más de quince años. Sí, tengo ahorros, pero no de la cantidad que pudiera interesarle a usted... o a Don Lázaro Barrientos. Mire –dijo mientras empezaba a teclear algo en el navegador de su computadora, y Rodrigo miró con mucha atención–, le voy a mostrar el dinero que tengo para sobrevivir y para invertir. Lo tenemos en dos cuentas separadas en el mismo banco. ¡Mire! ¡Está perdiendo su tiempo!

Rodrigo tomó el computador y fue a sentarse, de nuevo, frente a él. Durante un par de minutos escudriñó los datos y no pudo dar crédito a sus ojos: un poco menos de cincuenta mil dólares estadounidenses. ¿Qué era eso? ¿Sería posible que Don Lázaro se hubiese equivocado? ¿O estaría tratando de continuar con la venganza que tenía pendiente contra ese hombre... y lo estaba utilizando como una pieza de su juego?

Consultó su reloj y supo que Jessica estaba por volver. Dejó la máquina frente a él y se quedó mirándolo muy serio. Cuando don Pablo tuvo la intención de hablar, lo silenció llevando el arma a sus labios y callándolo con un *shh*.

No habían aún transcurrido cinco minutos cuando quiso darle una última oportunidad a Jessica:

–Su hija está por venir. ¿Por qué no me dice la verdad y le evita a ella pasar por este mal momento? En el instante en que ella atravesara esa puerta, le colocaré el revólver en la cabeza y no lo retiraré hasta que me enseñe en dónde está el dinero. Pero el silencio se prolongó quizá por otros cinco minutos más.

Rodrigo nunca detestó tanto un ruido como aquel que escucharon, después de ese incómodo silencio, cuando la puerta del apartamento se abrió. Sintió un nudo en el estómago: era hora de terminar con toda la farsa y romper el corazón de esa hermosa jovencita.

La sonrisa de Jessica no duró ni dos segundos. Inmediatamente se borró al interpretar la seriedad, que leyó en los rostros de los dos hombres, como una señal inequívoca de que algo estaba terriblemente mal.

En cuanto la muchacha cerró la puerta, Rodrigo brincó el sillón y ágilmente se colocó detrás de ella, a la vez que le sujetaba el cuello con el brazo izquierdo. Jessica dejó caer los libros y el maletín que llevaba, con su *notebook* adentro.

—Rogelio... —alcanzó a decir antes de que Rodrigo la silenciara colocándole el arma delante del rostro, sólo con la intención de impresionarla.

El padre, sin hacer el menor intento de moverse de su lugar, decidió actuar con rapidez, intentando que esa experiencia fuese lo menos traumática posible para su hija.

—No se llama Rogelio; no vende Bienes Raíces... y no le importamos, absolutamente nada, como personas.

—Pero...

Rodrigo la soltó y le señaló el sillón que estaba a la derecha de su padre.

—Siéntate allí y, por favor, no hables.

La muchacha obedeció en silencio, mientras las lágrimas empezaban a rodar por su afligido rostro. Rodrigo, sin poder evitar conmoverse, se le acercó, y, con el arma en la mano izquierda, estaba a punto de decirle algo cuando ella lo congeló con su pregunta:

—¿Quién eres?

Le tomó algunos segundos el poder armar una respuesta en su mente:

—Trabajo para el gobierno de Guatemala. Tengo una misión: recuperar la mayor cantidad posible del dinero que

tu papá le robó al país. Y tengo que hacerlo hoy, a como dé lugar.

Igualmente, ella necesitó algunos segundos para dejar que esa nueva realidad borrara todo lo que recordaba de su relación con ese joven.

—Mi papá no robó nada, ya te lo expliqué.

—Oí lo que tu padre te contó, lo que él quiere que creas. Pero hoy te darás cuenta de la clase de persona que él realmente es. Lo lamento.

—¿Trabajas para el Presidente? —le dijo ella sin poder dar crédito a sus oídos.

—La inteligencia con que contamos no sólo proviene de él...

—¡Te dejaste engañar por ese maldito! Creí que eras más inteligente.

—Tranquila, nena. No te va a creer. Barrientos le lavó el cerebro, ya lo comprobé. Ese desgraciado es capaz de hipnotizar a cualquiera. Si engañó a dos millones de personas, ¿cómo no iba a engañar a una más?

—Esta es la situación... —les interrumpió mientras caminaba hacia atrás de la muchacha, a la vez que enroscaba un silenciador en el extremo de su arma.

Con el dolor de su corazón, le puso el cañón del revólver en la cabeza y les dijo:

—Si en cinco minutos no hemos hecho la transferencia de por lo menos diez millones de dólares, su hija va a morir.

Jessica se puso sumamente tensa. Ya no lloraba. Rodrigo le puso la mano libre sobre el hombro.

—Muchacho... —le dijo el otro hombre— Ya le explique que no tengo nada que devolverle a mi país. Si hay alguien a quien se le robó es a nosotros, a nuestra familia. Nos robaron mis prestaciones, nuestras profesiones, nuestra tranquilidad y nuestra felicidad. No le debo nada a nadie. ¿Cómo puedo hacerle entender? ¿Qué

fue lo que le dijo Barrientos? ¿De qué dinero habla y cómo se supone que me lo robé? –y al no obtener respuesta, continuó:– Me imagino que tiene acceso privilegiado a algunas bases de datos de acceso restringido... ¿Por qué no revisa qué dinero se movió de las cuentas de las que Barrientos me acusó? Compruebe que de verdad desapareció dinero en la época en la que yo tuve posibilidades de robarlo. Le garantizo que se dará cuenta de que a ambos nos han tendido una trampa. Barrientos sabe que no recuperará nada de dinero de mí... porque sabe que no robé nada. Lo que desea es que me mate. Me considera su enemigo y sabe que yo, si me lo propongo, podría ponerlo en evidencia ante todo el mundo, estableciendo lo corrupto que en realidad es.

–Mire Don Pablo. Aquí va a pasar una de tres cosas: que haga lo que le digo y me vea desaparecer para siempre, o que le meta una bala a su hija en la cabeza... y si eso no funciona, finalmente deberé matarle a usted. Esas son mis opciones, lo que me ordenaron... y no tengo la menor intención de dejar de cumplirlo. Así que tiene treinta segundos para establecer la conexión con su banco, o explicarme en dónde tiene el dinero para que yo pueda comprobarlo.

Rodrigo vio su reloj caminar y cuando hubieron transcurrido treinta segundos, procedió a amartillar el arma y colocó el silenciador sobre el parietal derecho de Jessica. El joven podía sentir la humedad acumulándose dentro de los guantes que estaba usando.

–Déjeme preguntarle algo, muchacho: ¿Ya verificó quién realmente tiene acceso a esa cuenta a la que le ordenaron transfiriera el dinero?

–Su hija va a morir. Usted la va a matar.

Y en vano esperó una reacción positiva del padre de Jessica. Éste se le quedó viendo fijamente, desafiándolo,

como si tuviese la certeza de que no sería capaz de proceder como lo estaba amenazando.

Después de casi tres minutos de permanecer todos sin moverse, Rodrigo decidió internamente que era suficiente. Su mente giraba a velocidades astronómicas y tuvo miedo de experimentar vértigo físico. No podía proceder, no sin asegurarse de lo que acababa de escuchar de la boca del viejo.

Retiró la pistola de la cabeza de la joven, la guardó en la cartuchera debajo de su chumpa y sacó un grueso *tape* café.

—Me voy a ir ahora. Por favor no intenten nada. Voy a hacer lo que me dice, Don Pablo. Pero si descubro que me mintió, no le daré otra oportunidad. Primero voy a matar a Jessica y le daré cuarenta y ocho horas para que transfiera el dinero a una cuenta extranjera. Y después de eso, si no obtengo lo que quiero, usted también morirá.

En completo silencio, solamente roto por el ocasional sollozo involuntario de la joven, Rodrigo fijó la pierna del hombre a una de las patas de la mesa central, dándole, con gran rapidez y destreza, innumerables vueltas al *tape*.

Entonces se acercó a Jessica y, sobre la manga del pantalón celeste que vestía, empezó a fijarla a otra de las patas de la mesa. Justo antes de romper la cinta, la miró a los ojos y le dijo:

—Perdón. Eres una maravillosa muchacha, pero yo soy un profesional.

Rodrigo se quedó paralizado, incapaz de irse porque sabía, por la expresión reflejada en el rostro de la bella joven, que iba a decirle algo. Unos diez segundos después, escuchó su dulce voz y caso no pudo creer lo que escuchó:

—¿Cuál es tu nombre...?

—Rodrigo —le respondió dos segundos después, incapaz de mentirle una vez más.

Guardó la cinta en su chumpa, la cerró y salió del apartamento. Decidió bajar las gradas de los cinco niveles que le separaban del *lobby*, sabiendo que aún pasarían varios minutos más después de que hubiese salido del edificio sin que ellos logaran liberarse.

Suspirando y sintiéndose terriblemente mal, se perdió entre la muchedumbre de la inmensa capital mexicana.

CAPÍTULO XXIII

Como sabía que sucedería, apenas llegó al aeropuerto con la suficiente antelación para abordar el avión que lo llevaría a Honduras. Consideró que, de organizarse de manera inmediata, algún tipo de persecución en su contra, era bastante posible que a alguien se le ocurriera capturarlo mientras abordaba un vuelo hacia Guatemala. Creyó que Jessica o su padre podrían haber alertado a la policía y estos pudieran intentar buscarle en el aeropuerto. Así que decidió hacer una escala en Honduras y volar hacia allí como si fuese su destino final.

Una vez aterrizó, utilizando otra identidad falsa, fue a comprar un boleto a Guatemala; el cual abordó dos horas después.

Al llegar a su hogar, durante veinticuatro horas fue incapaz de hacer prácticamente nada. Su mente analizaba incesantemente todo lo que acababa de ocurrir y trataba de hacerlo encajar dentro del panorama general de todo lo que había estado haciendo.

En un noticiero local pudo darse cuenta que el gobierno de Don Lázaro empezaba a verse mal; se le acusaba de haber apoyado al Director del Instituto Guatemalteco de Seguridad Social para que abandonara al país, justo antes de que se evidenciara un desfalco multimillonario. A los periodistas les preocupaba que fuera lo mismo que habían hecho con el ex-ministro de Finanzas y se preguntaban si el presidente no tendría algún interés económico en tales malversaciones de fondos. Al cambiar de canal pudo ver a otro periodista entrevistando a un representante de los Derechos Humanos en Guatemala, quien cuestionaba fuertemente la injerencia del mandatario en los cada vez más numerosos casos de miembros de pandillas asesinados en las cárceles y en las calles del la

capital y lo calificaba como una limpieza social. Asimismo resumieron las ocho manifestaciones que se habían realizado en el país durante los anteriores quince días; era, decía, el reflejo de que la poca paciencia que el pueblo le tenía reservada al Presidente, se había esfumado en tan sólo ocho meses de mandato.

En el mismo noticiero, un representante del sindicato de maestros acusó al Presidente de traición, ya que, decía, en sus promesas electorales había ofrecido mejorar las prestaciones del Magisterio y ahora, al contrario, estaba apoyando una iniciativa de ley en el Congreso en donde se estaba buscando aumentar la edad de retiro y reducir los beneficios que se le dan a los familiares después del fallecimiento de cualquier miembro del Ministerio de Educación.

Afortunadamente, la muerte del ex-presidente Rómulo López Campollo hacía semanas que había quedado olvidada y archivada como un suicidio. Y nadie había sospechado absolutamente nada; era tal como lo había anticipado, era imposible ir atando cabos hasta que aconteciesen otras dos o tres muertes en condiciones similares.

Cuando estuvo más calmado, puso manos a la obra. Sabía que lo que debía de hacer, antes que nada, era verificar todo lo que el padre de Jessica le había dicho y descubrir si era él quien mentía, o si en verdad Don Lázaro lo estaba manipulando.

Así que se sentó frente a su equipo de computación, un sábado cerca de las diez de la noche, y no se levantó sino hasta después de las cuatro de la mañana.

Lo que descubrió, lo alteró muchísimo. Se sintió tan enfadado que creía que en cualquier momento iba a perder

el control y haría añicos todo lo que había en su apartamento.

Pero, poco a poco, se fue sosegando y ya bien entrada la tarde, después de una siesta reparadora, empezó a ver, cada vez con mayor claridad, lo que debería hacer.

Supo que no tendría más alternativa que confrontar a Don Lázaro con toda la información que había logrado averiguar.

En primer lugar, pudo recuperar un par de correos electrónicos que habían sido borrados por el Presidente; en uno de ellos hacía referencia a que había logrado convencer a alguien, sumamente calificado para la misión, de que empezara a recuperar el dinero robado y no había tenido mayores sospechas de sus verdaderas intenciones. En el otro mensaje, se dirigía al vice-presidente con un tono altamente amenazador, en donde le daba órdenes de no interferir en los asuntos que no fueran de la incumbencia de sus funciones.

En segundo lugar, logró rastrear la cuenta del banco en Suiza a donde había transferido el dinero y se dio cuenta, gracias al *password* que logró recuperar de un correo electrónico que el Presidente se había enviado a sí mismo, que el dinero depositado aún permanecía íntegramente en esa cuenta. Es más, pudo corroborar que, aparte de los cuarenta millones facilitados por él, había depósitos anteriores y posteriores que totalizaban doscientos setenta y cinco millones de dólares. Y nadie más que Don Lázaro tenía acceso al dinero; le pareció altamente sospechoso que tal transacción coincidiera con la cantidad que había desaparecido del Ministerio de Finanzas.

Pero lo que le abrió los ojos totalmente, fue el hecho que Don Lázaro había abierto dos cuentas más durante las últimas dos semanas; una en la misma Suiza y la otra en la Islas Caimán. Y había ya transferido a ellas más de

noventa millones de dólares. Era obvio que Don Lázaro no era otra cosa más que un ladrón y quizá nada de lo que le había dicho era cierto.

De tal manera, el Lunes por la tarde, después de meditarlo profundamente, le envió un mensaje de texto al actual presidente de Guatemala, en donde le decía que era urgente reunirse durante al menos veinte minutos. Un par de horas después, recibió la confirmación con el lugar, fecha y hora de la reunión.

CAPÍTULO XXIV

Antes de partir hacia su reunión con el Presidente, Rodrigo sacó el dinero de su apartamento, lo distribuyó en las cajillas de seguridad de tres bancos distintos y trasladó toda la información comprometedoras que hubiese podido estar alojada en sus ordenadores, hacia su espacio rentado en el *iCloud*. Allí nadie más que él podría tener acceso.

Esta vez había decidido no llevar su automóvil en caso de que Don Lázaro ordenara que lo siguieran, y, a diferencia de las ocasiones anteriores, debió esperar más de una hora para que Don Lázaro le recibiese. Y, cuando lo hizo, se dio cuenta de que estaba muy serio y preocupado.

–Qué tal, Don Lázaro. ¿Cómo le va?

–Está trompuda la cosa, Rodrigo. Tengo demasiados enemigos y pocos cerebros en mi gabinete. ¿Cómo vas con aquello?

–Pues me encontré con algunos obstáculos que me tienen paralizado. Las cuentas de Suiza, por ejemplo. Veo que el dinero que ha trasladado de la cuenta, no ha regresado a Guatemala, aún...

–Pronto lo haremos. Quiero tener un poco de cautela.

–Pues quizá el exceso de cautela es lo que está haciendo que los Ministros estén desapareciendo... ¿no cree?

–No me preocupo por ellos. Vamos a rastrearlos y a recuperar lo que supuestamente se ha desaparecido – después de unos segundos de meditar, añadió:– ¿Cómo sabes lo de la cuenta de Suiza? No me digas que me *hackeaste*.

–Usted sabe de lo que soy capaz con un poco de acceso...

–¿De qué más te has enterado?

–Usted ya sabe –le dijo mirándolo con una gran seriedad, con la seguridad de que no era necesario

explicarle que sabía que estaba trasladando dinero a sus cuentas personales.

Después de unos treinta segundos de silencio, por fin el Presidente lo rompió:

—Las cosas no han salido como las había planeado, Rodrigo. Debes de haberte dado cuenta, si has seguido las noticias. Es mucho más difícil, de lo que había pensado, el luchar contra la corrupción, la delincuencia y las drogas... dentro del marco de la ley. Ahora sé que muchos van a robar, no puedo evitarlo.

—¿Y eso quiere decir que usted hará lo mismo?

—Tenemos que asegurar nuestro futuro. Yo te estoy facilitando hacer eso para ti. ¿No creés que yo tenga derecho a hacer lo mismo?

—La diferencia es que yo no prometí otra cosa; usted sí.

—¿Y qué vas a hacer, ahora que lo sabes?

—Ahora dudo de todo lo que me ha dicho. ¿Cómo sé que los ex-ministros y ex-presidentes que estamos persiguiendo, realmente robaron y actuaron ilegalmente? Al menos con el Licenciado Ardón... ya sé que lo estoy persiguiendo sólo porque es su enemigo. ¿Me está usando de esa forma con alguien más de la lista?

—Por supuesto que no. Y si no lograste encontrar el dinero que se robó ese maldito, tené la certeza de que es porque debe haberlo escondido muy bien.

—No, Don Lázaro. No hay dinero. Lo investigué e interrogué profundamente y están viviendo al nivel de la clase media.

—Pero es una oportunidad. La gente nunca sabrá eso, todos piensan que es un corrupto. Y cuando se sepa de la muerte de los otros ladrones, el impacto que tendrá sobre los funcionarios de mi gobierno, y de gobiernos futuros, será igual de beneficioso. Ya que no localizaste el dinero, te daré un millón de dólares si acabás con él. Con él y su hija.

—¿Y qué voy a hacer con usted? Le advertí que le haría lo mismo si intentaba hacer algo así de sucio.

Don Lázaro se encendió de la furia.

—Mirá, patojo... —le dijo, comiéndose el último adjetivo por si aún hubiese posibilidad de salvar la relación— Te di tanto dinero que tendrás problemas explicando cómo lo obtuviste. ¿No te das cuenta de que no estás en posición de amenazarme? ¿...que no tienes la menor posibilidad de tocarme...? ¿Nunca?

—Yo sólo le recuerdo el trato que hicimos, no estoy inventando nada.

—¡Quiero saber, ahora mismo, si vas a continuar con nuestro arreglo. Necesito saber si puedo confiar en vos. Si no me vas a traicionar...!

Rodrigo tardó unos segundos en armar su respuesta, luego de los cuales le dijo, mientras se ponía de pie y se dirigía a la puerta:

—Yo nunca lo voy a traicionar... ni tampoco a mí mismo.

Y salió de la oficina presidencial sintiendo la fuerza con que latía su acelerado corazón. Se despidió de la asistente, con la misma cordialidad y respeto de siempre, y se dirigió al pasillo que lo dirigiría a la calle.

CAPÍTULO XXV

Esa noche, había planeado caminar desde Casa Presidencial hasta el hotel tres estrellas donde estaba alojado. Fueron once las calles que tuvo que atravesar, pero, cuando llegó, tuvo la certeza de que nadie en el mundo sabía en dónde estaba pernoctando.

Fue directamente hasta la cómoda habitación que le habían asignado, temprano esa tarde, utilizando una identificación falsa que aún conservaba de su paso por el Ministerio de Gobernación.

Sacó su computadora portátil del maletín de viaje que había llevado consigo y la encendió dejándola sobre el escritorio. Activó el *browser Safari* y aguardó.

Mientras esperaba, abrió su mini-hielera y extrajo el par de *sándwiches* que había preparado ese mediodía y los consumió mientras continuó esperando.

Apenas había dado la segunda mordida a su pan con frijoles, cuando sucedió. Sintió que el mundo se le venía encima porque comprendió que se había creado al peor enemigo que podía tener.

Ingresaron con violencia y sin ninguna contemplación.

Tres hombres vestidos con traje negro y corbata roja, entraron con sus armas desenfundadas, apuntando en todas direcciones y listos para disparar en cuanto logran identificarlo.

Los hombres empezaron a revolver todo el apartamento, sin duda en búsqueda del dinero que Don Lázaro le había entregado. Afortunadamente Rodrigo se encontraba a cinco kilómetros de distancia. Desde el monitor de su computadora, pudo captar las imágenes que grababan las cámaras de seguridad de su apartamento y le retransmitían vía internet.

Después de quince minutos los intrusos, convencidos de que no había nada, hablaron con alguien por teléfono y,

sin duda, recibieron instrucciones de destruir todo el equipo de computación que encontrarán, porque eso fue exactamente a lo que se dedicaron durante los siguientes cuatro minutos.

Los hombres se retiraron y Rodrigo se preguntó qué habían hecho con los encargados de la seguridad en su edificio. ¿Les habrían enseñado alguna identificación oficial, o simplemente les habían amenazado con matarlos si se interponían en su misión? Su apartamento terminó siendo un desastre total. Irreconocible. Pero él estaba bien; la información que quizá necesitaría en el futuro estaba segura; y su dinero estaba escondido en lugares lejos de cualquier mano enemiga.

Esa fue otra noche de desvelo. Sabía que, al menos mientras no abandonase su habitación de hotel, estaba seguro; pero se sentía amenazado.

¿Habrían llegado esos hombres con la intención de eliminarlo? ¿O solamente iban por el dinero?

Después de recordar las cantidades tan grandes que Don Lázaro había ya trasladado a sus cuentas, estuvo convencido de que tan poco dinero no podría importarle tanto. Lo quería muerto. Y necesitaba asegurarse de que no existirían evidencias contra él. Pero Rodrigo había ido un paso adelante... lo malo es que ahora no sabía muy bien qué hacer.

Estaba consciente de que lo único que evitaba que se sintiera un completo idiota, del quien se acababan de aprovechar como si fuese un ingenuo, eran los dos millones de dólares que tenía escondidos. Sólo esperaba que, durante los próximos días, su única preocupación fuese encontrar la manera de abandonar el país con tanto dinero sin que nadie sospechara que habían sido ganados de una manera ilegal. Nunca podría declararlos, o depositarlos en

una cuenta de banco, porque inmediatamente despertaría grandes sospechas y más de alguien sentiría la suficiente curiosidad como para desear averiguar cuál era su procedencia.

Su primera selección, como destino de viaje y posiblemente el lugar apropiado para establecerse definitivamente, eran los Estados Unidos de Norte América. Allí uno podía gastar dinero, de tantas formas diferentes, que alguien como él, sin el menor deseo de vivir de inmediato una vida de lujo sino, al contrario, intentar vivir con un perfil bajo, podría pasar muchos meses, y quizá años, sin llamar la atención de nadie.

Tampoco pudo dejar de pensar en Jessica. Se le partía el corazón cada vez que la recordaba sollozando, quizá sintiéndose igual de tonta que lo que él se sentía ahora. Se arrepentía de haber asesinado al ex-presidente López Campollo pero ni siquiera la mitad de lo que lamentaba haber dejado que esa muchacha se encariñara tanto con él. Además se daba cuenta de que, lo más probable, fuese que el ex-mandatario realmente sí mereciera su destino final, pero, sabiendo lo que sabe ahora, seguramente no se habría atrevido a proceder con la ciega confianza con que actuó; suponía que no le quitaría la vida a nadie más de esa nefasta lista.

Pero Jessica... ¿Sería ella capaz de perdonarlo algún día? ¿Podría ser posible que lo que él había llegado a sentir por ella fuese algo más que cariño? Pensaba mucho en ella. La extrañaba... y se sentía miserable por haberla hecho experimentar esa oscura tarde. Se arrepintió por no haberle hecho caso a su propio instinto y de no haber creído que el padre era en verdad un hombre de bien, alguien que, como había podido comprobar ya, había sido blanco del odio de Don Lázaro, un hombre por quien ya no sentía nada más que desprecio.

Finalmente se quedó dormido cuando ya casi había diseñado una manera lo suficientemente segura como para sacar del país dos millones de dólares; sólo le faltaba encontrar a alguna persona, en un lugar clave, que pudiera ayudarle con algunos de los detalles burocráticos de su plan..

CAPÍTULO XXVI

Rodrigo no recordaba haberse sentido tan nervioso desde hacía muchísimo tiempo. El cielo de la ciudad de México estaba nublado y parecía que, en cualquier momento, se desataría una tempestad. Llevaba más de veinte minutos esperando discretamente frente al edificio en donde vivía Jessica, el frío de fin de año ya había logrado atravesar completamente su apropiada vestimenta.

Después de tres días de agonizar sobre la idea de olvidarse de la chica, supo que tendría que darse por vencido. No era capaz de terminar su relación con ella sin hablarle al menos una vez más. Los lazos que, sin ninguna intención, había creado entre ambos, eran demasiado poderosos y especiales como para continuar viviendo como si ella nunca hubiese existido.

No estaba seguro de cuál sería la reacción de ella al tenerlo de pie, frente a ella, de repente, totalmente desarmado y en busca de su perdón. Se dio cuenta de que estaba enamorado de ella y que la consideraba la mujer más especial que hubiese conocido jamás. Y también sabía que en ella habían nacido sentimientos sinceros hacia él. Y aunque creía que lo más probable era que tales sentimientos hubiesen sido destruidos por la manera tan brutal en la que él actuó, le quedaba una minúscula esperanza de que aún existiese la posibilidad de que ella le perdonase. Pero incluso de eso, que ya era algo muy remoto, a pensar en la posibilidad de continuar, o incluso afianzar, una relación más seria, le parecía que más que esperanza, lo que tenía era un cargo de consciencia terrible; el cual necesitaba, a toda costa, quitarse de encima. Quizá lo único que lograría es que ella causase tal escándalo para atraer la atención de algún policía en un intento por atrapararlo y, posteriormente, acusarle.

Un poco antes de la hora que él había calculado, ella salió vistiendo un grueso suéter rosa y guantes negros; llevaba una sombrilla corta y aún cerrada entre sus manos. Apenas pudo contener el aliento al reconocer la belleza que le había cautivado. Cruzó hacia donde él sabía que seguiría, y, a unos seis metros de distancia, ella lo reconoció. Se detuvo en seco. Cinco segundos... y continuó caminando, aunque con más lentitud, como si fueran los únicos en esa congestionada área peatonal. Lo miró directamente a los ojos, sin miedo ni vacilación. ¿Era esa la insinuación de una sonrisa? No estuvo seguro. Y, cuando estuvo frente a él, volvió a sorprenderlo:

–Sabía que volvería a verte, sólo que nunca imaginé que sucedería tan pronto.

–Jessica... yo... ¿Cómo podías estar tan segura?

–Investigaste todo lo que mi papá te dijo, ¿verdad? –y después de que él asintiera, ella continuó:– Mi papá me dijo que te darías cuenta de que no somos de la clase de gente a la que te dedicas a cazar, y que estaba seguro de que te habían engañado.

–Sí, eso hice. Y sí, también sé que tu padre es un hombre honorable. Pero aun así... –no pudo continuar, pero no fue necesario. Ella sabía.

–Tus sentimientos por mí no fueron un engaño, ¿verdad?

–No, Jessica. Y por éso me siento tan terriblemente mal. Hubiera preferido pegarme un balazo a mí mismo que hacerte pasar por eso.

Ella lo miró y le sonrió, transmitiéndole la certeza de que le comprendía. Que no era necesario que volviese a pedirle su perdón. Pero no pudo evitar decir las palabras:

–Perdóname Jessica, por favor...

Rodrigo casi cae desmayado cuando ella se le acercó y le besó tiernamente la boca, mostrándose más íntima de lo que habían compartido hasta entonces. Casi de inmediato

Jessica volvió a crear físicamente, entre ellos, la distancia que los había estado separando.

—Y Rodrigo me gusta más que Rogelio.

—Jessica...¿de verdad me disculpas por todo lo que te hice pasar?

—Creo que nunca consideré que fueras a ser capaz de hacernos daño. Verdaderamente nunca, ni por un segundo siquiera, pensé que estuviésemos en peligro. Algo dentro de mí me gritaba que estabas actuando en contra de tu voluntad, que todo era un error. Cuando te fuiste dejándonos vivos, después de las amenazas que habías lanzado, sólo fue la confirmación de lo que sentía con tanta certeza.

—Pero...

—Ahora no quiero hablar más de eso. Pero sí quiero que continuemos conversando. ¿Estás en un hotel? —él asintió a su pregunta— ¿Podemos ir allí? Necesito que estemos juntos un poco más.

Cuando estuvieron solos, lejos del intenso ruido de la gigantesca ciudad, ella continuó con el control de la situación:

—Tú mataste al presidente López Campollo ¿verdad?

Rodrigo fue incapaz de responderle, pero su turbación fue la respuesta positiva que la chica sabía que obtendría.

—Mi papá me lo comentó dos días después de esa tarde. Me dijo que ahora tenía sentido el que una persona, que vivía en medio de tanta opulencia e impunidad, simplemente decidiera terminar con su vida. ¿Le quitaste algo de su dinero antes?

—Sí. Aunque no tanto como me había imaginado que tendría.

—Seguro que habrá despilfarrado mucho de lo que robó. ¿A cuántas personas has matado en tu vida?

Después de casi medio minuto de meditación, durante el cual decidió que, si creía que de verdad la relación entre ambos tenía alguna oportunidad de florecer, debía ser lo más honesto sincero que le fuese posible. Que ella decidiera si el verdadero y auténtico Rodrigo Dávila era una persona con la que ella deseaba pasar tiempo a su lado.

–Siete.

–¿Tantas? ¿Qué te hicieron?

Rodrigo la invitó a que se sentaran y ella eligió el borde de la cama de esa habitación en el piso número ocho del lujoso hotel que alquilaba. Y le contó la razón y circunstancias de cada una de las vidas que había segado. Jessica lo escuchó con total atención, intentando decidir si la persona de la que estaba enamorada era alguien que valía la pena y si no se trataba nada más que de un asesino a sueldo incapaz de permitir crecer dentro de él los bellos sentimientos del amor. Poco a poco se alegró de lo correcto que había estado su instinto. Cuando él terminó su narración, ella se sorprendió porque, de alguna manera, su admiración por él acababa de crecer un poco más.

–Mi papá mató a dos personas una vez. Un día, yendo armado en una céntrica calle, conmigo en los brazos, me quisieron secuestrar. Yo apenas tenía cuatro años, y te juro que lo recuerdo como si hubiese sido ayer. Hasta la fecha creemos que, si él no hubiese actuado como lo hizo, yo hubiera desaparecido de su vida para siempre. Nos parece que fue algo al azar lo que esos hombres decidieron hacer. Mi papá les ofreció su celular, su dinero, su vehículo... pero ellos estaban decididos. Lo que querían llevarse era a mí. Mi papá, sin dejarse intimidar por las pistolas que le enseñaban, fingió que iba a dejarme ir de sus brazos pero en un parpadeo los mató a ambos.

>> Salió corriendo, conmigo en sus brazos, y al otro día nos enteramos que, de hecho, eran unos delincuentes con múltiples ingresos a la cárcel por toda clase de

atrocidades. Así que, ya ves... por eso siempre he sabido que el quitarle la vida a alguien no necesariamente significa que se es una mala persona. A veces uno se topa con gente que vive pidiendo a gritos que alguien les ayude a terminar su tiempo aquí en la tierra. Es verdad el dicho que dice... el que a hierro vive, a hierro muere.

–Sí...

–Pero dime más. Háblame de qué piensas hacer de ahora en adelante, que es realmente lo único que importa.

Y Rodrigo le contó absolutamente todo lo que soñaba para su futuro. Aproximadamente a la mitad de su relato, ella le tomó las manos y lo envolvió con una gran dulzura y empatía. Él continuó hablando, ahora narrando desde el día en que Don Lázaro Barrientos volvió a entrar a su vida, continuó con la reunión que sostuvo unos días antes en Casa Presidencial y de cómo había llegado a la conclusión de que nunca más regresaría a Guatemala.

–Vaya... –le confesó ella– qué historia tan aventurera.

–No creas que me siento orgulloso.

–Barrientos te tendió una trampa. Igual que lo hizo con nosotros; y otra historia sería si no hubiera sido por el vice-presidente Cárdenas, quien es un hombre noble y honesto que nunca dudó de mi papá, y quien nos facilitó el escape sólo unas horas antes de que lo encarcelaran injustamente. Tú actuaste pensando que de verdad estabas haciendo algo positivo por nuestro país. Y creo que te amo.

–Jessica... –le dijo titubeando– yo no puedo dejar de pensar en ti.

Y se besaron nuevamente, esta vez con una pasión que fue creciendo instante con instante hasta convertirse en un intenso deseo. Abrazados, cayeron sobre la cama y se acariciaron y besaron hasta que Jessica le susurró al oído:

–Hagamos el amor.

Él la besó como respuesta. Después de otro par de minutos, ella se puso de pie, alcanzó su bolso sacó un preservativo y se lo mostró con picardía. Rodrigo lo tomó, divertido.

Aún abrazados, cuando sus niveles pasionales hubieron disminuido a niveles agradables, y mientras se decían lo mucho que significaban el uno al otro, Rodrigo le dijo:

–Lo único que me sorprende es que una chica como tú, cargue algo como eso dentro de su bolso.

–Lo compré después de la primera vez que salimos, cuando empecé a desear que estuviésemos juntos.

Poco a poco fueron quedándose dormidos, uno en los brazos del otro. Se sentían inmensamente felices de haberse encontrado, a pesar de las circunstancias. Ambos tenían la sensación de que podría tratarse de algo con buenas posibilidades de perpetuarse.

Después de un par de horas de descanso, y súbitamente, Jessica se despertó y se colocó sobre uno de sus codos con tal velocidad que le ocasionó a Rodrigo un acceso de taquicardia; abrió los ojos inmediatamente y la escuchó decir:

–¡Creo que ya sé que es lo que debemos hacer!

CAPÍTULO XXVII

Tres semanas después, a finales del mes de enero, Jessica y Rodrigo se encontraba en la bella ciudad de Cobán, Alta Verapaz, en Guatemala. El persistente nublado, y la casi imperceptible llovizna, hacía que el clima se sintiera sumamente frío, a pesar de que estaban cerca del mediodía.

La Cumbre Centroamericana de Vice-presidentes estaba a punto de entrar en un receso, previo a las actividades del almuerzo, y ambos iban a hacer lo posible por conseguir algunos minutos de la agenda del Lic. Sebastián Cárdenas, en un intento por ganarlo como aliado.

En esos días el gobierno del Don Lázaro Barrientos había perdido mucho de su imagen en el extranjero, especialmente por la reciente y rápida absolución de dos líderes narcotraficantes capturados *in fraganti*. Pero lo que más ensombreció su mandato fue un incendio, en una de las cárceles más grandes del país, en el que fallecieron más de ciento cincuenta y dos reclusos que fueron identificados por medio de los símbolos de sus pandillas tatuados en la piel casi carbonizada; la mayoría de ellos sin condenas o aun en espera del inicio de su juicio. Se trató de un acontecimiento que, muchos creían, había sido provocado siguiendo las órdenes directas del Presidente o del Ministro de Gobernación.

Dos días antes los jóvenes se habían hospedado en el Hotel Villa Aurora, en San Pedro Carchá, y estuvieron merodeando, por las noches, frente al Hotel Posada Don Francisco, en las cercanías de Cobán, con la esperanza de que el vice-presidente de Guatemala los viera y se acercara a saludarlos, brindándoles, de esa manera, la oportunidad de echar a andar el plan que había sido concebido casi exclusivamente por Jessica. No tuvieron éxito, ni siquiera pudieron verlo de lejos.

Así que ese día, tercero de cuatro que duraría la cumbre, volvieron a acercarse con sendas cámaras fotográficas colgadas del cuello, interpretando, lo mejor que podían, a fotógrafos locales en busca de alguna imagen para publicar en sus sitios web.

Rodrigo se había colocado un bigote y unos anteojos sin graduación; se le empezaba a notar ya su barba y usaba un sombrero que disimulaba aun más su ya casi irreconocible imagen. Jessica no se había preocupado tanto por su apariencia, sabía que poca gente podría reconocerla.

Ambos habían atravesado la frontera de Tapachula con un pase temporal que no despertó sospechas. Simplemente informaron que deseaban pasar un par de noches en el parque temático Xocomil, y nadie les objetó nada. Jessica tenía un pasaporte mexicano y Rodrigo había utilizado la misma identificación que utilizó para registrarse en el hotel el día que se enfrentó a Don Lázaro. Era la misma frontera que había cruzado unos días antes, cuando fue a buscar a Jessica, ya que había preferido, en esa ocasión, no volar para despertar menos sospechas.

Por fin, como a las cinco de la tarde de ese día, el vicepresidente se acercó a la puerta principal del evento. Venía conversando con un diputado de su partido político y Rodrigo escondió su cámara bajo el brazo y se quitó los lentes y el falso bigote mientras se acercaba a él. Lo miró atentamente y, en cuanto percibió que sus miradas se cruzaron, Rodrigo lo saludó con un gesto y el vicepresidente lo reconoció de inmediato, sonriéndole en respuesta y confirmación de que le había visto.

La conversación de los otros dos hombres se prolongó unos tres minutos más, y, mientras tanto, Rodrigo fue acercándosele lentamente de manera que, cuando ellos se despidieran, el Licenciado Cárdenas no tuviese más alternativa que intercambiar algunas palabras con él, aunque fuese sólo a modo de cortesía.

Efectivamente, cuando concluyeron la conversación, el otro hombre no evidenció la menor intención de retirarse. Lo que Rodrigo aprovechó para recorrer, con la mano lista para estrechar la suya, los últimos dos metros que los separaban. Se saludaron cordialmente. Bromearon acerca del aspecto del joven. En un momento dado, cuando parecía que la breve conversación no iba ya hacia ningún lado, Rodrigo le hizo una señal a Jessica y adoptó un tono grave.

–Licenciado, ella es Jessica Ardón, hija de don Pablo.

El vice-presidente se sorprendió pero la saludó con mucha amabilidad.

–Qué alegría verte. ¿Cómo está tu papá?

–Aún en México. Gracias a su amigo.

–Sí. Ya sé. Dile que aguante. Algún día cambiarán las cosas; y que se mantenga en contacto, en cualquier cosa que pueda ayudarle, será más que un placer. Jamás he dudado de tu padre, pero hay cosas que están fuera de mi alcance –se defendió con sinceridad.

–Pero hay otras cosas importantes... –intervino Rodrigo– que pueden suceder y que sí dependen de usted, señor vice-presidente.

Esas palabras, y la seriedad con que las dijo, captaron la atención total del hombre. Se le quedó viendo a Rodrigo y esperó información adicional. Decidió dársela:

–He hecho algunas cosas, y han ocurrido otras, que sólo Don Lázaro y yo conocemos. Pero creo que usted tiene que conocerlas. Es una historia larga y necesito de treinta minutos de su tiempo y de absoluta privacidad.

El otro hombre permaneció viéndolo mientras analizaba la situación y finalmente asintió.

–Hoy por la noche. Once en punto, en mi habitación. Dejaré órdenes de que te escolten. Allí podremos platicar, Rodrigo. Entonces podrás contarme.

–Gracias Licenciado. Esto es importante.

Se despidieron con un estrechón de manos y el vicepresidente abrazó y besó en la mejilla a la joven hija de su amigo. Ambos se alejaron con rapidez, esperando que nadie los hubiese reconocido.

CAPÍTULO XXVIII

Dos meses después, estando Rodrigo y Jessica ya en una casa que alquilaban en la ciudad de Miami, llegó la llamada que ambos habían estado esperando durante más de tres semanas.

La situación de Guatemala se había deteriorado notablemente y ya habían corrido fuertes rumores de que en cualquier momento podría ocurrir un Golpe de Estado; pero esa clase de rumores, que casi nunca se convierten en realidad, no son nada fuera de lo común en el país.

Jessica corrió a tomar el celular que siempre mantenía cerca de ella, esperando que llegara ese momento. No identificó el número pero sabía que sólo había una persona en todo el mundo que lo conocía y sólo podía significar una cosa: Don Lázaro Barrientos, el presidente más impopular de la historia de Guatemala, había caído en la trampa.

La noche que conversaron con el vice-presidente, en la ciudad de Cobán, parecía ya muy lejana. Ambos habían decidido vivir juntos y el padre de Jessica les dio rápidamente su bendición. Después de que ella le confirmó a su padre todo lo que ya habían sospechado de Rodrigo, no hubo problema para que él confiara totalmente en el muchacho. Cuando se vieron por primera vez después del fuerte evento, se fundieron en un honesto abrazo y decidieron olvidar ese episodio tan traumático de sus vidas. Don Pablo sabía que su hija estaba en buenas manos. Se mudaron a Miami, consiguieron un bello apartamento frente a la playa y dedicaron el tiempo a continuar conociéndose. Hubiera sido tan fácil para ellos simplemente olvidarse de todo el asunto, disfrutar del dinero que tenían ya a su disposición en los Estados Unidos, gracias a la influencia del vice-presidente, y dejar

que Guatemala sufriera las consecuencias del voto despreocupado que le habían dado a su Presidente. Pero no, ambos sentían un profundo amor por su tierra y sabían que Don Lázaro estaba hundiéndola cada día más. A ese hombre no le importaba más que ostentar del poder de que gozaba y disfrutar de cada momento disponible, mientras amasaba una fortuna que no conocía límites.

El vice-presidente les creyó todo. Sabía que la situación no podía hacer más que empeorar y les comentó muchas cosas que ellos no sólo desconocían sino que ni imaginaban. Había que hacer algo para detener a ese dictador de la democracia. Y ahora que Rodrigo le había puesto al tanto de hasta dónde había llegado su ambición, el vice-presidente les confesó que estaba decidido a todo con tal de ponerle un alto a esa situación.

Después de que analizaran infinidad de veces los detalles del plan que había surgido en el subconsciente de la joven, fruto de una gestación de demasiado tiempo en sufrimiento injusto, les pidió que lo visitaran de nuevo al día siguiente, a las ocho de la noche, hora en que la cumbre de vice-presidentes ya debía de haber terminado, para repasar una vez más los pasos de los posibles caminos a seguir.

Fue esa segunda noche cuando él les dio la solución para trasladar todo el dinero que tenía fuera de Guatemala ya que, reconoció, ninguno de los dos podía continuar viviendo en su país sin poner en gran riesgo sus vidas. Ya llegaría su momento de regresar, pero ahora debían actuar a la sombra de la vida pública.

Al vice-presidente se le ocurrió que Jessica podría ser parte importante para tenderle la trampa a Don Lázaro. Él Presidente no la conocía y la enfermedad de la codicia y la lujuria que se había apoderado de él serían una combinación perfecta para acorralarlo donde no pudiese hacer otra cosa más que ofrecerse a sí mismo en bandeja de

plata. Además conocía el hecho de que Don Lázaro estaba obsesionado con hallar la manera de poder disfrutar de más de diez millones de dólares estadounidenses en Bonos del Tesoro en los que había puesto sus manos y los cuáles no sabía cómo aprovechar.

Y así procedieron. En la reunión de presidentes, que se celebró diez días después en la ciudad de Monterrey, México, el vice-presidente le presentó a Jessica al presidente de Guatemala. La belleza de Jessica fue intensamente admirada por Don Lázaro y su interés casi se desborda cuando su vice-presidente le dijo casi al oído:

—Ella puede ayudarle a dejar limpia cualquier pieza que necesite ser lavada.

El presidente entendió perfectamente. Supo que el vice-presidente le estaba ofreciendo la solución a su problema con los bonos y guardó celosamente la tarjeta que Jessica le ofreció con el número de teléfono al que, esperaban, don Lázaro pronto llamaría.

Así que cuando finalmente se estableció la comunicación telefónica con el Presidente, Jessica sintió mucho nerviosismo pero a la vez una liberación a la ansiedad que había venido acumulándose día a día, tiempo en el que ninguno de los dos dejaba de preguntarse si Don Lázaro mordería el anzuelo. Su llamada les confirmó la clase tan vil de persona con la que estaban enfrentándose.

—¿Rebeca Barillas? —oyó decir al hombre, pronunciando el nombre falso que habían escrito en la tarjeta.

—A las órdenes.

—Es con respecto a nuestra reunión de hace un par de meses en Monterrey.

—Por supuesto, no tiene que decirme más, señor. ¿En qué puedo servirle? ¿Tiene alguna prenda que necesite

limpiar? –le dijo con naturalidad pero sin improvisar ni una sola letra.

–El próximo jueves a las diez treinta de la noche. Hotel Camino Real en mi ciudad. Pregunte por Alfonso Murallas, alguien le guiará a mi habitación para que platiquemos.

–Hasta entonces –y colgó sin vacilación.

Rodrigo la abrazó y, después de un minuto, al percibir la tensión de sus hombros, le dijo:

–Lo hiciste muy bien. Pronto terminará todo.

CAPÍTULO XXIX

Por fin había llegado el día decisivo para la culminación, aunque imprevisible en su inicio, de la misión que Rodrigo había iniciado casi un año y medio antes. Tanto Jessica como él, comprendían lo delicado y peligroso de la situación que, voluntariamente, se habían asignado a sí mismos, pero también entendían que era un cierre necesario para ambos, sin cuya ejecución posiblemente sus vidas nunca volverían a tener la paz y normalidad de la que habían disfrutado antes de que Don Lázaro Barrientos se cruzara en sus caminos.

Jessica se vistió de una manera sobria pero atractiva, y había sellado su apariencia con unas gotas de uno de los perfumes más caros y seductores que alguna vez hubiese utilizado. Rodrigo había entrado clandestinamente al sistema del hotel y había averiguado todo lo que necesitaba para culminar la operación.

Unos minutos antes de la hora acordada, el empleado del hotel, que le atendió muy amablemente, le dio la poco común autorización para que ingresara al elevador que la llevaría al nivel que ocupada el presidente de Guatemala. Sin duda habrían pensado que se trataba de una más de las exclusivas prostitutas que Don Lázaro frecuentemente citaba en ese lugar, y lucía lo suficientemente discreta como para no incomodar a ninguno de sus huéspedes regulares.

Si Jessica no hubiese sabido ya, exactamente, cuál era la habitación del mandatario, hubiese podido adivinarlo muy fácilmente, ya que la entrada estaba custodiada por dos hombres obviamente fuertemente armados. Dos agentes más hacían guardia en el pasillo que conducía a su lugar de destino. La observaron minuciosamente y supieron, por lo ajustado de sus prendas, que era imposible que ocultase un arma; estaban en lo correcto.

Después de identificarla como la mujer que esperaba el Presidente, tocaron dos veces la puerta y a los pocos segundos la abrió una de las asistentes del mandatario. Le invitó a pasar mientras ella cerraba la puerta desde afuera. Lo primero que Jessica percibió fue el fuerte aroma a tabaco rancio mezclado con el humo fresco de un cigarrillo que se extinguía en el cenicero sobre una de las dos mesas de la habitación, luego vio a Don Lázaro sentado frente a esa mesa, llena de papeles, y lo saludó con la mejor sonrisa de que le fue posible.

—Qué tal, Rebeca —le saludó con amabilidad mientras se ponía de pie y la encontraba a medio camino para saludarla con un beso en la mejilla.

—Señor Presidente —le respondió como habían planeado.

—Siéntese, por favor —le dijo mientras movía hacia atrás una de las otras dos sillas que rodeaban la redonda mesa de madera.

Jessica se sentó sin agradecerle mientras Don Lázaro ocupaba la misma silla que había estado utilizando.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó revelándole que, obviamente, había averiguado que el celular al que había llamado fue contestado en los Estados Unidos.

—Largo. Pero dentro de tres días vuelo hacia Costa Rica, así que era un paso que de todas maneras tenía que dar.

—Bueno. Si quiere hablemos de nuestro asunto. Espero que, después, podamos brindar un par de copas para celebrar el inicio de una mutuamente fructífera relación de negocios.

—Me encantaría —le respondió seductoramente.

—¿Sabe qué son los Bonos del Tesoro?

—¿Guatemaltecos?

—Así es. Me he vuelto el dueño de más de diez millones de dólares de esos Bonos y, por razones que no

tengo libertad de revelarle, preferiría que nunca se me relacionara personalmente con ellos. Necesito que me ayude a convertirlos en moneda y transferirlos a una cuenta en Suiza. El vice-presidente Cárdenas me ha dicho que esa es su especialidad. ¿Puede confirmármelo?

—No creo que tenga ninguna dificultad en ayudarlo. Siempre y cuando, de verdad, los haya adquirido de manera legal, a su nombre

—Si fuese así, querida mía... ¿para qué necesitaría de sus servicios?

—¿Son robados?

—Claro que no —mintió—. Pertenecían a tres personas que ya no los necesitarán más, y de cuya historia nadie más está enterado. No tienen un dueño legítimo pero creo que yo soy quien mejor uso puede hacer de ellos.

—¿Están muertos?

—Los tres.

—¿Y qué me dice de los familiares? ¿No tienen derecho ellos a heredarlos? ¿No cree que en un momento dado podrían reclamarlos?

—No se atreverán. Después de la forma en que sus familiares dejaron este mundo, nunca lo harían. Además... si usted hace bien su trabajo, no habrá forma de que los relacionen conmigo, jamás. ¿O cree que no puede ayudarme con eso?

—¿Hay alguna posibilidad de que lo relacionen con las muertes de esos “caballeros”?

—Claro que no. Yo no meto las manos en cosas sucias. Para eso soy “el Presidente”. Tengo gente que hace esas cosas.

Jessica no podía creer lo que estaba escuchando. Sabía que tenía lo suficiente pero necesitaba algo más, intentó ir por ello:

–Si alguien hiciera alguna investigación profunda... ¿habría forma de que lo relacionaran con el robo que supuestamente hizo su Ministro de Finanzas?

–En absoluto.

–¿O de que él mismo, alguna vez, pudiera volverse en su contra y prestarse como testigo en su contra?

–Nunca se atrevería. Yo sé hacer las cosas, mi niña. Pero ¿qué tiene eso que ver con nuestro negocio?

–Se lo comento porque sé que el ex-gerente del Banco de Guatemala, Pablo Ardón, ha iniciado algunas acciones en México que podrían terminar formalizándose en una acusación en su contra.

–¿Acusándome de qué? Mirá, muchachita... que te quede muy claro. La forma en que yo estoy manejando todo en mi gobierno, no permitirá que quede ningún clavo suelto. Por ejemplo ese “tipejo” que me mencionas... fue de lo más tonto. Al huir, automáticamente les dijo a todos que las acusaciones que nos inventamos eran ciertas. Ya no tiene ninguna credibilidad. Y si intenta hacer algo en mi contra, como me estás diciendo, voy a pedirle a mi gente que le inventen más cargos de los que actualmente tiene. Nadie me puede tocar. Así que deja de preocuparte por los otros tres difuntos. Están bien enterrados y así se van a quedar.

–Pues si es así... perfecto –dijo mientras se levantaba.

Y, como habían acordado, se dirigió a la puerta de madera que les separaba de la otra habitación y antes de que Don Lázaro pudiera reaccionar, Rodrigo ingresó con un mini-monitor en la mano izquierda y la pistola más grande que pudo conseguir en la otra. Le apuntaba directamente a la cabeza.

CAPÍTULO XXX

—Muy bien, Don Lázaro. Bienvenido a cámara *in fraganti*. Antes de que el Presidente pudiera decir nada, Rodrigo empezó a reproducir la primera parte de su conversación con él. Don Lázaro se quedó mudo.

Jessica regresó de la otra habitación con un fólter amarillo en una mano y una *notebook* abierta en la otra. Puso ambos frente a Don Lázaro y se alejó con rapidez para evitar que quisiera intentar algo. Luego volvió a abandonar el cuarto y, mientras Rodrigo terminaba de aclararle todo al otro hombre, regresó con una máquina de fax moderna y realizó las conexiones necesarias en el *módem* con el que contaba la habitación.

—Escuche bien lo que le voy a decir. Y usted sabe bien que soy capaz de esto: su confesión acaba de quedar grabada en un canal privado de *YouTube*. Dentro de cuatro minutos, a menos que firme su renuncia, desde la cuenta de correo del vice-presidente de Guatemala se enviará un *tweet* a sus cinco mil seguidores, invitándolos a ver la reciente confesión de los delitos del presidente por medio de un *password*. Claro, a menos que yo bloquee ese proceso automático, por medio de esta computadora que tiene frente a usted.

—¿Que renuncie...?

Ambos asintieron mientras Rodrigo le ponía un silenciador a su arma.

—¿Pero cómo podés pedirme esto? ¿Qué estás intentando hacer? ¿Querés que ese fulanita de Cárdenas quede al frente del gobierno?

—No me importa quién quede, Don Lázaro. Necesito sacarlo a usted. No puedo permitirle que le haga a Guatemala el mismo daño que tantos funcionarios le hicieron en el pasado. Esa misma gente a la cual usted, malvadamente, me puso a perseguir.

–Pero Rodrigo... ¡Hay aún tantas oportunidades! ¡Y puedo hacerlos a los dos mucho más ricos que en sus más locos sueños...?

–Nosotros no soñamos con eso –intervino Jessica–. Lo que queremos es una Guatemala a la que no se le roben sus justas oportunidades a quienes todos los días se esfuerzan por ellos mismos, por sus familias y por nuestra patria. Usted traicionó a todos y no merece continuar.

–No se preocupe –le dijo Rodrigo–. No puedo hacerle daño. Sería un suicidio intentar matarlo aquí. Su carta de renuncia, como puede ver, viene en el papel membretado oficial de la Presidencia. Y básicamente dice que, por razones de salud, no puede seguir a cargo del gobierno. Vamos a *faxear* esa carta inmediatamente y usted llamará ordenando una Conferencia de Prensa en el Palacio Nacional para dentro de sesenta minutos. Y allí podrá decir que le han diagnosticado un cáncer y debe abandonar el país para obtener tratamiento. Podrá irse impunemente y disfrutar de casi todo el dinero que ya se robó, pero ni de un centavo más. Además le prometo que no lo perseguiré. Me doy por satisfecho con que obtenga lo que se merece.

–¿Por qué voy a creerte? Sé de lo que sos capaz.

–No tiene alternativa. En dos minutos cinco mil guatemaltecos, y todos los medios de comunicación, recibirán el *link* y el *password* para escuchar lo que acaba de confesarle a Jessica.

–Rodrigo. Les ofrezco veinte millones de dólares a cada uno. Se los doy mañana mismo, en efectivo, o se los deposito en cualquier banco que me indiquen... –y al notar la imperturbabilidad en el rostro de ambos, añadió:– Hazlo por Ramón, mi hijo, tu amigo...

–Un minuto –le advirtió él.

Don Lázaro empezó a sentir un terrible dolor en la nuca. Se hizo evidente su nerviosismo por un leve temblor

en su labio inferior. Tomó la carta entre sus manos y la miró sin ser capaz de leerla.

–No tendré tiempo de detenerlo si no firma ahora –le presionó.

–Bueno –dijo el mandatario viéndolos con una carga menor de cólera que hace unos segundos y empezando, casi instantáneamente, a sentirse mejor–, creo que deberé conformarme con lo que tengo. Deberá ser suficiente.

Tomó la pluma, firmó la hoja y se la entregó a Rodrigo, quien después de analizarla y confirmar que, en efecto, se trataba de la firma real del Presidente, se la dio a Jessica quien, mientras él tomaba la *notebook* y fingía desactivar el *tweet* programado, lo que Don Lázaro ignoraba que era una amenaza imposible de materializar, introdujo la carta en la máquina de *fax* y vio cómo, realmente, el documento era enviado a las salas de redacción de casi todos los medios periodísticos del país y algunos de los más importantes del mundo.

Rodrigo tomó el celular del Presidente, que siempre estuvo sobre la mesa a la vista de todos, y digitó el número de la principal asistente presidencial. Se lo entregó a Don Lázaro, antes que la muchacha atendiera, diciéndole:

– Dígale a Jacky que organice el evento, que todos los medios ya están enterados. Tiene cincuenta y cinco minutos antes de que todos lleguen al Palacio.

Rodrigo vio a Jessica con satisfacción, sintiéndose casi incapaz de demorar el abrazo de celebración que se moría por darle. Cuando el Presidente concluyó con las instrucciones, se puso de pie cuando Rodrigo le dijo que debían partir de inmediato. La chica se le acercó, lo enfrentó y, un instante antes de darle una poderosa bofetada en la mejilla derecha, le dijo:

–Esto es por la forma en que arruinó la vida del hombre más honesto con el que se ha cruzado en su vida. Maldito.

Cuando Don Lázaro se hubo repuesto de la sorpresa, y comprendiera el porqué no había podido comprarlos con dinero, Rodrigo le dijo que pidiera su limusina lista frente al hotel en un minuto. Abrió la puerta y vio cómo todo acontecía casi exactamente como lo habían imaginado tantas veces en las últimas semanas.

CAPÍTULO XXXI

Bajaron los tres juntos por el ascensor; Jessica llevaba la computadora portátil. Para sorpresa de Don Lázaro, el vice-presidente estaba esperándole en el lobby. Casi no pudo entender cuando éste, en vez de verle y hablarle directamente a él, le dedicó un leve asentimiento de confirmación a la persona que acababa de robarle el puesto con el que había soñado durante tantos años de su vida; el joven supo que Don Sebastián Cárdenas había escuchado todo lo acontecido en la habitación.

Rodrigo guió a Don Lázaro a su auto y entraron a él después de Jessica. El vice-presidente cerró la puerta y le dio instrucciones al chofer de hacia dónde debía dirigirse. Éste rodeó el automóvil y entró al vehículo justo en el momento en que Rodrigo le ordenaba, al ahora ex-presidente, que pidiera que cerraran la ventana que los separaba de la parte delantera del vehículo.

Pronto estaban en marcha por las casi desiertas y frías calles de la ciudad de Guatemala, custodiados por dos *trailblazer* negras por delante, dos por detrás y sendos *picops* con soldados, fuertemente armados, en ambos extremos. Nadie hubiera podido imaginarse que lo que iba a suceder en pocos instantes tuviese la más pequeña posibilidad de ser llevado a cabo.

—Vamos a recoger a alguien—le anunció Rodrigo—. Dé instrucciones que nos detengamos debajo del Puente Olímpico.

Don Lázaro, sin sentir ya el menor interés por lo que pudiera ocurrir, tomó el teléfono del auto y dio la orden solicitada.

Todo sucedió tan rápido, que el chofer y los guarda-espaldas del presidente apenas supieron cómo reaccionar. Sin duda repitió por teléfono la instrucción de su jefe porque toda la comitiva se detuvo sincrónicamente debajo

del puente, con el vehículo presidencial exactamente en el centro. Transcurrieron quizá tres minutos sin que ninguno de los automóviles se moviera. El vice-presidente fue el único que bajó, y se quedó de pie, esperando, junto a su automóvil.

Todos los vehículos se vaciaron cuando escucharon la fuerte detonación y vieron el fogonazo del disparo proveniente del vehículo del Presidente. Pero nadie llegó antes que Don Esteban quien, con un gesto, evitó que el chofer del Presidente abriera la puerta. Éste dio un par de pasos atrás, con un arma en la mano y vio cómo el segundo al mando abría la puerta e ingresaba al auto. Pocos segundos después salió junto a los dos jóvenes, quienes caminaron hacia la base del puente y ascendieron sin que nadie se acercara a ellos. Pronto estuvieron fuera de la vista y nadie notó sus ropas salpicadas de sangre.

El vice-presidente se acercó Luis González, coordinador de seguridad de la comitiva, portando un fólter manila amarillo y una hoja de papel, quien estaba de pie junto al chofer y le entregó una hoja de papel escrita a mano mientras le informaba:

—Esta es la nota de suicidio del Presidente. Acaba de terminar con su vida. En el fólter están los documentos de su oncólogo, en donde se establece que sufría de un cáncer pancreático terminal. ¿Alguna observación?

Después de un titubeo, González le dio su respuesta:

—No, señor Presidente. Sólo dígame qué tengo que hacer.

EPÍLOGO

Dos días después, Rodrigo y Jessica estaban frente al televisor, en su apartamento de Miami, viendo un informe noticioso en vivo en el que estaban reportando las honras fúnebres ofrecidas en honor de Don Lázaro Barrientos. No pudieron evitar sonreír al ver la compostura que mostraba el nuevo Presidente de Guatemala, el licenciado Sebastián Cárdenas.

Ambos sintieron cierta esperanza de que las cosas en su país pudieran aún enderezarse y se sintieron orgullosos del papel que, en casi total anonimato, habían cumplido con tanto profesionalismo.

Y lo que más satisfacción le daba, era el hecho de que unos segundos antes de terminar con la vida de Don Lázaro, éste les había proporcionado el código de acceso a su cuenta bancaria principal en Suiza y lograron transferir el noventa y cinco por ciento de varios cientos de millones de dólares a una de las cuentas del Gobierno de Guatemala. El otro porcentaje restante, fue ingeniosamente transferido a varias cuentas bancarias en el extranjero a la que sólo ellos tenían acceso.

Además, lo que era más importante aun para Jessica, contaban con la parte de la confesión grabada de Don Lázaro, en la que prácticamente absolvía a su padre de todas las acusaciones, y que utilizarían cuando se presentara al Ministerio Público de la nación para rebatir las pruebas presentadas en su contra.

El único problema que por el momento tenían, era proceder con la mayor precaución posible al ir lavando, poco a poco, los millones de dólares que ahora poseían. Tenían ya planes específicos para invertir en algunos negocios en México y Guatemala, a donde ya podían entrar

y salir con completa libertad y utilizando sus verdaderas identidades.

Adicionalmente, el vice-presidente les había garantizado una fuente de ingresos como asesores ficticios del gobierno, y los gigantescos salarios, que ambos devengarían, vendrían directamente del dinero de ellos mismos.

Se miraron y volvieron a besarse una vez más. No sabían si permanecerían juntos en el futuro, pero, por ahora, no podían imaginarse sin uno al lado del otro. Además tenían la certeza de que ambos contaban con el suficiente dinero para vivir, sin preocupaciones económicas, durante el resto de sus vidas.

FIN

**Otros títulos producidos por
ServiciosGT.com**

Héctor Arriola

3ra.
edición

INABROCAIDOS

SERVICIOSCY
www.servicioscy.com



FINALISTA

"...la novela... revela un poderoso don de observación y habilidad para comunicar estados de ánimo y emociones muy complejas"

Luis Alfredo Arango

"Con una intensidad poco común, el argumento envuelve al lector en la conciencia de los personajes..." "...un libro que todos deberíamos leer..."

Dina Fernández

"...puede ser llevada a la televisión por la fuerza de las pasiones en que se ven envueltos los personajes y las circunstancias lamentables del hecho que se narra, cuya sombra se cieme constante sobre los seres humanos."

Juan Fernando Cifuentes H.

¿Es verídico o sólo producto de la imaginación? De lo que si estará seguro es que la historia podría repetirse y este adolescente que vive esta pesadilla podría ser su amigo, su vecino, su pariente... quizás su hermano.

"**Marcados**" es la primera novela de Héctor Arriola, quien es Médico y Cirujano guatemalteco y residente en Guatemala. Es autor también de "**6 semanas de ilusiones**", llevada al cine por el autor, y de "**Hombres Valientes**", que gira alrededor del conflicto armado reciente de su país.

Marcados cubre importantes hechos ocurridos durante la primera visita del *Papa Juan Pablo II* a Guatemala, durante la época en que ejercía el poder el controversial General Efraín Ríos Montt.

Arriola obtuvo, con esta obra y a los 21 años de edad, el tercer lugar en el **Premio Guatemalteco de Novela** promovido por la Fundación Guatemalteca para las Letras.

SERVICIOSGT
www.serviciogt.com

ISBN 9781441406934



9 781441 406934

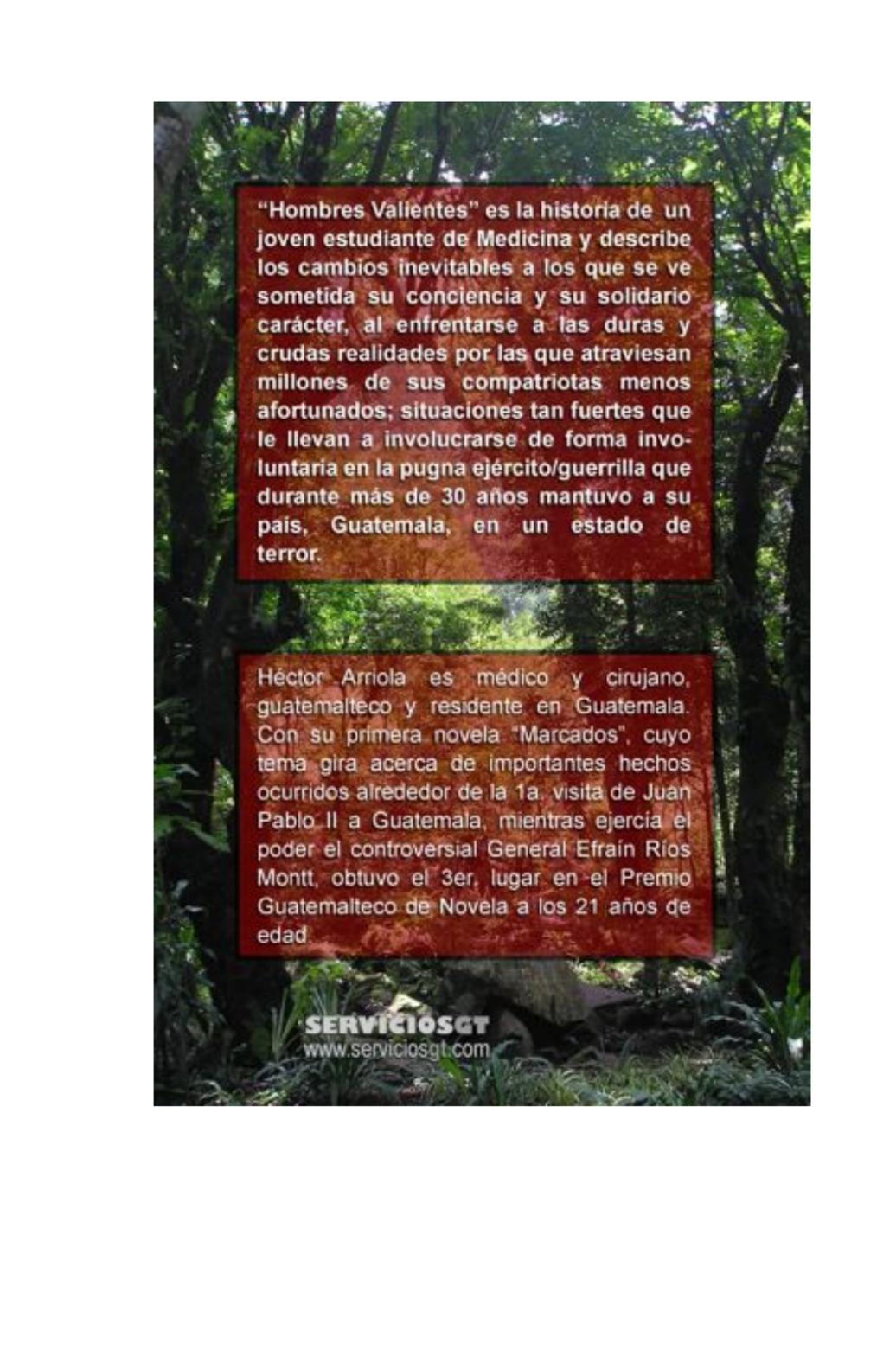
90000 >



SERVICIOSGT
www.serviciosgt.com

HOMBRES VALIENTES

Héctor Arriola
autor de "Marcados"



“Hombres Valientes” es la historia de un joven estudiante de Medicina y describe los cambios inevitables a los que se ve sometida su conciencia y su solidario carácter, al enfrentarse a las duras y crudas realidades por las que atraviesan millones de sus compatriotas menos afortunados; situaciones tan fuertes que le llevan a involucrarse de forma involuntaria en la pugna ejército/guerrilla que durante más de 30 años mantuvo a su país, Guatemala, en un estado de terror.

Héctor Arriola es médico y cirujano, guatemalteco y residente en Guatemala. Con su primera novela “Marcados”, cuyo tema gira acerca de importantes hechos ocurridos alrededor de la 1a. visita de Juan Pablo II a Guatemala, mientras ejercía el poder el controversial General Efraín Ríos Montt, obtuvo el 3er. lugar en el Premio Guatemalteco de Novela a los 21 años de edad.

HÉCTOR ARRIOLA

Semanas de Ilusiones

*“A veces las complicaciones del amor
obligan a los corazones jóvenes a tomar
decisiones reservadas a los adultos”*



SERVICIOSGT
www.serviciosgt.com

6 semanas de ilusiones

Nancy es una jovencita que busca experimentar el amor en su vida. Durante la época de sus vacaciones conoce a su amor imposible y al percatarse que él también se siente atraído por ella, se desarrolla una lucha entre su conciencia y su corazón, la cual finalmente desencadena en una relación con mucha más intensidad que la que buscaba.

El drama que se desarrolla, luego que se entera del inicio de su embarazo, es una mezcla de sus sentimientos, oportunidades, decisiones y consecuencias, que refleja los miedos y deseos de una jovencita viviendo en una Guatemala que, aunque moderna, está llena de prejuicios e hipocresías que complican su existencia ya plagada de represiones, complejos y sentimientos de inferioridad; circunstancias que finalmente la llevan al momento en que debe tomar la decisión entre proteger su estilo de vida o respetar la existencia de un nuevo ser.



ESCENAS
DE
LA
PELÍCULA

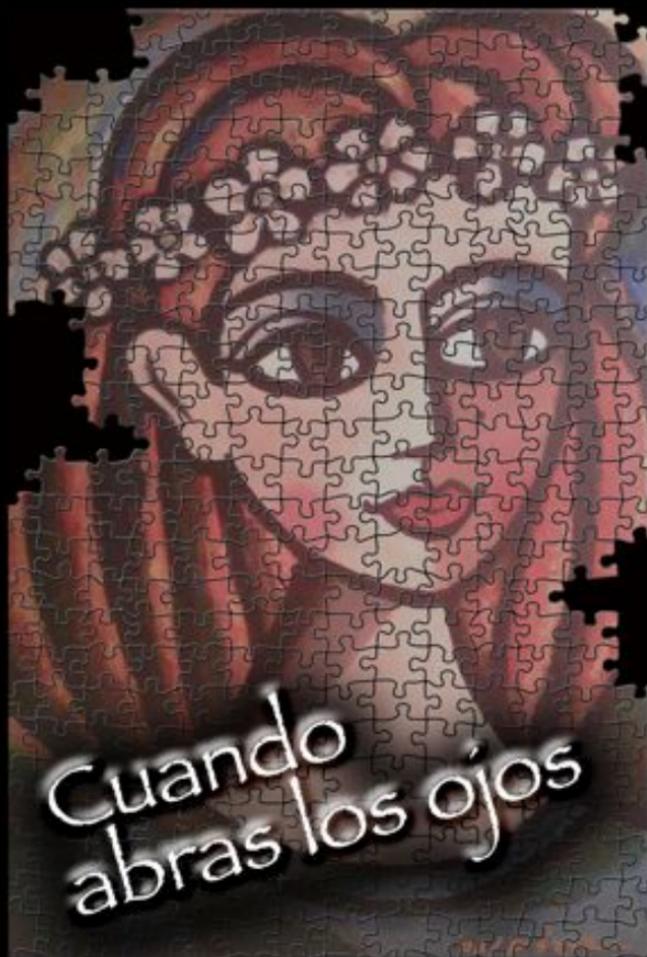
6SEMANAS.COM

6 semanas de ilusiones es la segunda novela de Héctor Arriola, médico y cirujano, guatemalteco y residente en la ciudad de Guatemala. Esta novela es la base del guión, escrito por él mismo, con que se filmó la película del mismo nombre (dirigida y editada por el autor) como un proyecto de bajo presupuesto y que se exhibió en los cines de Guatemala a principios del 2007.

Su primera novela "Marcados", cuyo tema gira alrededor de importantes hechos ocurridos durante la 1a. visita de Juan Pablo II a Guatemala, mientras ejercía el poder el controversial General Efraín Ríos Montt, obtuvo el tercer lugar en el **Premio Guatemalteco de Novela** a los 21 años de edad.

www.serviciosgt.com

Héctor Arriola



**Quando
abras los ojos**

SERVICIOSGT

Cuando abras los ojos

Al abrirse camino a través de las páginas de esta novela, el lector experimentará, junto a *Javier*, el co-protagonista de la HISTORIA, un recorrido dentro de los sorprendentes recodos mentales que cristalizan la existencia de *Joanna*, la singular y hermosa joven por cuya MENTE y ALMA *Javier* se siente *incomprensiblemente* atraído, aunque, debido a su diferencia de edades, QUIZÁ de manera indebida y vana.

Tal drama le acorralará de tal manera, que hará *inevitable* una dramática evaluación de sus propios puntos de vista y, al comparar sus conceptos con las *creencias* de *Joanna* (lo que SUCEDERÁ de manera simultánea al drama que los envolverá) llegará a cuestionar los valores heredados o adquiridos con que rige su existencia *terrenal* y le permitirá comprender, bajo una perspectiva apasionadamente diferente, los motivos detrás de sus *creencias* personales... y ello podría impactar drásticamente las decisiones que tome y las conductas que seguirá durante EL RESTO de su vida.

Héctor Arriola, escritor guatemalteco residente en Guatemala, es también autor de las novelas "Probidad", "6 semanas de ilusiones" y "Hombres Valientes".

Con su primera obra "Marcados", obtuvo el tercer lugar en el Premio Guatemalteco de Novela a los 21 años de edad.

SERVICIOSGT

www.serviciosgt.com

ISBN 978-1441437587 -7



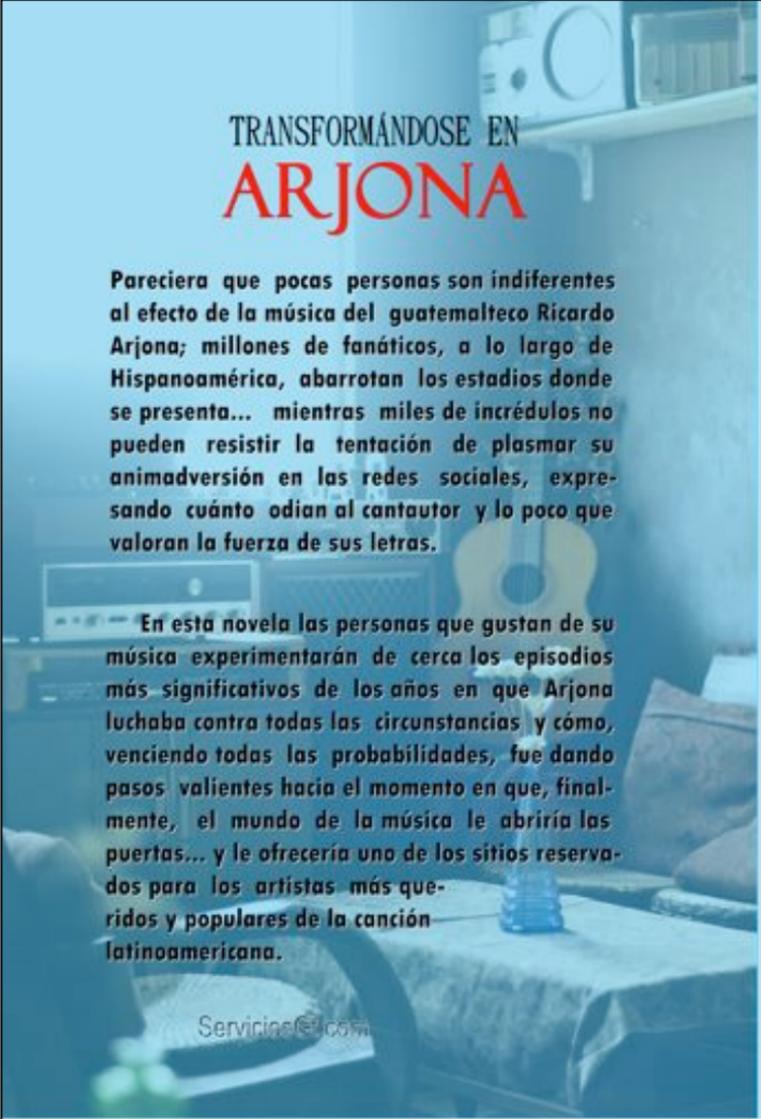
9 781441 437587 >



Una novela biográfica no autorizada sobre
la máxima estrella pop de Centro América

TRANSFORMÁNDOSE EN
ARJONA

Héctor Arriola
ServiciosGT.com



TRANSFORMÁNDOSE EN ARJONA

Pareciera que pocas personas son indiferentes al efecto de la música del guatemalteco Ricardo Arjona; millones de fanáticos, a lo largo de Hispanoamérica, abarrotan los estadios donde se presenta... mientras miles de incrédulos no pueden resistir la tentación de plasmar su animadversión en las redes sociales, expresando cuánto odian al cantautor y lo poco que valoran la fuerza de sus letras.

En esta novela las personas que gustan de su música experimentarán de cerca los episodios más significativos de los años en que Arjona luchaba contra todas las circunstancias y cómo, venciendo todas las probabilidades, fue dando pasos valientes hacia el momento en que, finalmente, el mundo de la música le abriría las puertas... y le ofrecería uno de los sitios reservados para los artistas más queridos y populares de la canción latinoamericana.



[Facebook.com/LibrosGuatemaltecos](https://www.facebook.com/LibrosGuatemaltecos)